

JOSÉ MARIA IGUAL
CATEDRÁTICO
CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

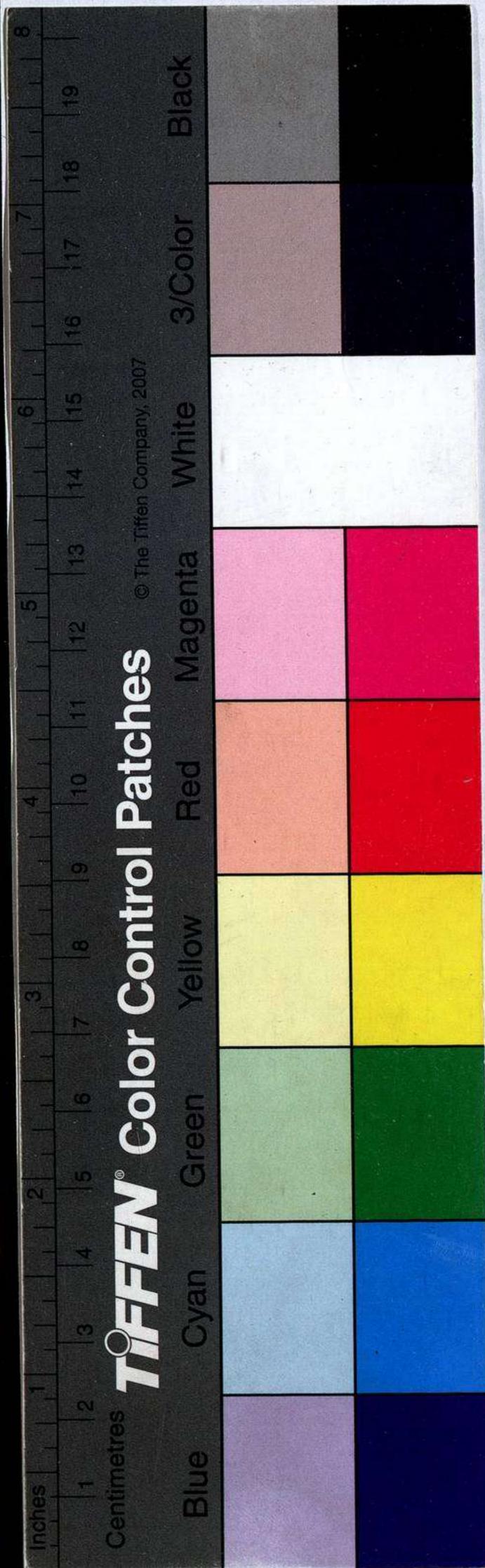
**Estudios sobre la geografía
antigua del Mediterráneo**



M A D R I D
M. CM. XXXIV

BIB J/7 (bis)

ESTUDIOS SOBRE LA GEOGRAFÍA
ANTIGUA DEL MEDITERRÁNEO



JOSÉ MARÍA IGUAL
CATEDRÁTICO
CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA

Estudios sobre la geografía antigua del Mediterráneo



M A D R I D
M. CM. XXXIV

Introducción

Intentaremos presentar en una serie de fascículos los problemas más importantes de la Geografía antigua del Mediterráneo, especialmente en lo que tenga conexión más próxima con la Península Ibérica.

El contenido de estos estudios será los problemas de las glaciaciones cuaternarias y la transformación durante estos períodos de la cuenca del Mediterráneo; la apertura del Estrecho de Gibraltar y la inundación de la gran hoya interna; las terrazas marítimas y fluviales y su cronología; la interpretación de los viejos mitos en su ambiente geográfico—de lo cual modernamente han aparecido ensayos interesantes como los de Zambonini y Mucke—; la determinación geográfica de numerosos textos de historiadores, geógrafos y mitógrafos que aun hoy aparecen dudosamente interpretados, y el estudio arqueológico de las relaciones de los distintos pueblos a quienes el Mediterráneo impone fisonomías propias.

Ningún motivo más impresionante para iniciar estos estudios, por la multitud de sugerencias que motiva, que el relato del divino Platón sobre la vieja Atlantis—probable Cerne de los libios—que luchó en los albores de la Historia con una Atenas antidiluviana conocida de los sacerdotes egipcios.

El interés que ha despertado siempre este emocionante relato platónico tiene también su fundamento en la convicción que muchos poseen que algún día será posible encontrar el fundamento de la narración del Timeo y del Critias, sospechando que se trata de un verdadero círculo cultural hoy desconocido.

Desde que el neoplatónico Plotino soñó realizar de manera viviente en su Platonópolis la bella utopía del filósofo heleno en su República, más de un autor se ha inspirado en el relato platónico

del Critias para una ciudad ideal. Así lo hizo Francisco Bacon en su "New Atlantis", donde unos navegantes llegan a una isla del Atlántico. que los naturales llamaban Bensalem, y en este ambiente, Bacon canta los progresos científicos y los medios de aprovecharse la humanidad de ellos.

En el poema de Frascator, del siglo XVI, la cuna de los Atlantes es América. Cristóbal Colón, que llena con su nombre el siglo, emerge entre los versos latinos.

"The Apostate; or Atlantis destroyed" es una tragedia en cinco actos en verso de John Galt.

También en América la soñó Olegario Víctor Andrade en su "Canto al porvenir de la raza latina en América", mal llamado la "Atlántida":

¡ Siglos pasaron sobre el mundo, y siglos
guardaron el secreto!
¡ Lo presintió Platón cuando sentado
en las rocas de Engina contemplaba
las sombras que en silencio descendían
a posarse en las cumbres del Himeto;
y el misterioso diálogo entablaba
con las olas inquietas
que a sus pies se arrastraban y gemían!
¡ Adivinó su nombre, hija postrera
del tiempo, destinada
a celebrar las bodas del futuro
en sus campos de eterna primavera,
y la llamó la Atlántida soñada!

Pero Dios reservaba
la empresa ruda al genio renaciente
de la latina raza, domadora
de pueblos, combatiente
de las grandes batallas de la historia.
Y cuando fué la hora,
Colón apareció sobre la nave
del destino del mundo portadora.

Y la nave avanzó. ¡Y el Oceano,
huraño y turbulento,
lanzó al encuentro del bajel latino
los negros aquilones,
y a su frente rugiendo el torbellino
jinete en el relámpago sangriento!
¡Pero la nave fué, y el hondo arcano
cayó roto en pedazos,
y despertó la Atlántida soñada
de un pobre visionario entre los brazos!

Es Nepomuceno Lemercier quien en su "Atlántide" ha cantado con los nombres de Psycolia, Barithya... las fuerzas físicas de la naturaleza en vez de los dioses de la Mitología.

Mas el verdadero cantor de Atlantis ha sido Mosén Jacinto Verdaguer, que en su inspirado poema "La Atlántida" supo aunar las venerandas tradiciones de su patria, con los recuerdos del viejo continente atlánteo (1). Es interesante el resumen de la obra del inmortal poeta catalán.

Introducción:

Dos naves luchan sobre el Hercúleo Mar, frente a la Bética. Del encarnizado combate sólo se salva un naufrago, que es Cristóbal Colón. Este consigue llegar a tierra, donde un anciano le recoge y conforta. Una tarde en que se halla Colón pensativo le cuenta el anciano... (2).

Canto primero:

Estalla voraz incendio en los Pirineos; Hércules, después de vencer a los gigantes de la Crau, salva a Pirene de las llamas y ésta le cuenta que la última descendiente de Túbal acaba de ser destrozada

(1) Creemos que el mejor estudio sobre el poema del Sr. Verdaguer es la obra de Mons. José Tolra de Bordas, titulada "Une épopée catalane au XIX siècle.—L'Atlántide, de D. Jacinte Verdaguer". En esta obra se estudian las fuentes del poema, que son, según el citado autor: Primera, la Mitología, Hesiodo; segunda, la Geología, Relato de Platón. También trata de "la Nueva Atlántida", de Bacon, y de la "Atlantide", de Lemercier.

(2) Vide la trad. de D. M. de Palau (prosa) y la de D. F. Díaz Carmona (verso).

por Gerión, que es quien ha incendiado los Pirineos para que pereciese. Muere Pirene, y Alcides le levanta un mausoleo de rocas en la extremidad de la cordillera. Después baja hacia Monjuich y se embarca prometiendo fundar una ciudad digna de él en aquellas sierras.

Canto segundo:

Hércules se dirige contra Gerión y éste, para deshacerse de él, le habla del reino de Atlantes y de su reina Hésperis, así como del retoño del naranjo, que tiene que presentarle quien la desee por esposa. Hércules lleva a cabo la hazaña matando también al dragón que custodiaba el naranjo. Las hermanas recuerdan que Atlas dijo al morir que las postrimerías del imperio de los atlantes serían con la muerte del dragón.

Canto tercero:

Los Atlantes se congregan en el templo de Neptuno, donde después de razonar el caudillo llegan enviados de otras comarcas y las noticias que traen auguran la destrucción del pueblo Atlanteo. Entra repentinamente Hércules en la asamblea, y los Atlantes, convirtiendo en armas los árboles y las columnas, le atacan, y el héroe se defiende con su clava, y

En sangre de sus hijos Atlántida se baña
y de un extremo a otro retiembla como caña,
de tajos, tumbos, llantos al hórrido fragor.

Canto cuarto:

Impelido Hércules por fuerza sobrehumana, vuelve las espaldas a sus enemigos. Planta cerca de Gádes el tallo del naranjo. Sube a Calpe, montaña extrema de la Atlántida, y al partirla con su clava, advierte que el Exterminador es quien dirige su brazo. El Angel, airado, le muestra el combate de los elementos contra la gran víctima. El Omnipotente condena a la Atlántida a ser borrada del mundo, y a éste partido en continentes. Hércules penetra, juntamente con el mar, en la tierra condenada.

Canto quinto:

El poeta invoca el genio del exterminio para cantar el hundi-

miento de la Atlántida. La tierra gime anegada por las aguas, éstas se precipitan por la brecha del Calpe y se revuelven con los despojos de aquel continente. Hércules, a través de campos y marismas, va en busca de Hésperis, llevando por antorcha un árbol encendido. Al verle venir, ella se despide de sus hijos.

Canto sexto:

Los atlantes suben a la cima de la sierra y allí construyen un gran edificio donde poder guarecerse del diluvio. Hésperis sale al encuentro del héroe, a quien cuenta sus amores y desposorio con Atlas, sus penas y sufrimientos. Hércules la toma por esposa, y atravesando el mar, se la lleva a Gádes. Cuando los titanes están para terminar su edificio, advierten la huída de su madre con el héroe griego, y con los fragmentos del ciclópeo edificio que le arrojan, le impelen monte abajo. Sigue la inundación, el rayo enciende la ciudad de los Atlantes, y ellos, guiados por su fulgor, casi dan alcance a Hércules.

Canto séptimo:

Ensánchase el Estrecho de Gibraltar y el mar Interior deja fluir más aceleradamente sus aguas, descubriendo nuevas islas y continentes. Las Cícladas, las Equinades, etc. Renacimiento. Apoteosis de Hércules.

Canto octavo:

Las aguas cubren las alturas, y se desposan para siempre las aguas del mar del Norte con las del Sur, las del Occidente con las del Mediterráneo. Hércules se aproxima al muro de Gades. Gerión, después de tomar Hésperis de los hombros de Hércules, precipita una roca sobre el héroe.

Pero Hércules se levanta de entre las olas y da muerte al traidor, y nace el árbol drago, que llora sangre junto a su sepulcro. Hésperis contempla desde un peñasco la tierra que se hunde, la envía triste despedida y cae en fantaseador delirio. Alcides, cuando llega al promontorio, mata al gigante Anteo, y, armado de su cadáver, acomete y destruye la casta de las Arpías, Gorgonas y Estinfálidas.

Canto noveno:

Medio destruídos los Atlantes, alcanzan una sierra no conmovida

aún por las olas. Sin esperanza de llegar a Cádiz para escaparse del diluvio, prueban a escalar el cielo. Cuando sólo falta dos dedos para alcanzar el cielo, la torre viene a tierra, y entre horribles imprecaciones, arrojan los escombros del edificio contra Dios. El exterminador impele contra ellos los elementos y con su tajante acaba de abrir el abismo de la Atlántida en la tierra. Húndense en él los Titanes y de sus sepulcros brota el volcán de Tenerife. El Angel se remonta a las nubes y se despide del resto de los continentes hasta el día del Juicio. Resuena en las alturas un cántico de gloria al Altísimo. El Angel de la Atlántida, al volver al cielo, entrega al Angel de España, que descende, la corona de la que fué reina de los mundos. La voz del Teyde. Terremotos en las islas Atlántidas.

Canto décimo:

Sueño de Hésperis, que reconoce el ramo de naranjo plantado por Hércules. Suspira por la tierra sumergida. En España renace el huerto de las naranjas de oro. Las siete Hespérides convertidas en astros. El canto del cisne. Héspero. Los hijos de Hércules y de Hésperis. La reina destronada. La torre de Hércules en La Coruña. Elcano. Lusitania. Sagunto. Balada de Mallorca. Fundación de Barcelona. La voz del Táber. Hispalis. El ignoto Dios y su templo de Gades. Hércules coloca por linderos de la tierra las columnas del *Non plus ultra*.

Conclusión:

Las palabras del anciano hacen nacer un nuevo mundo en la mente del genovés. Ofertas de Colón a Génova, Venecia y Portugal. El sueño de Isabel. Con el valor de las joyas de la reina, Colón se procura naves. El anacoreta desde el promontorio le mira volar a la más grande de las empresas

Ve alzarse al lado del hispano imperio
la Santa Cruz en un nuevo hemisferio,
y al orbe hermosas flores producir.
Y encarándose en él celeste ciencia,
dice a quien se sublima en su presencia:
¡Vuela Colón... ya puedo yo morir!

Así termina el hermoso canto provenzal.

Armando Vasseur es autor de otro poema sobre Atlantis. Así también la Colombiada de Ciro Bayo y el poema del marqués de Pimodan.

Pero el número de novelas, algunas muy bellas, sobre el continente perdido es mayor.

Creo que ha sido el iniciador Cutcliffe Hyne. A esta novela hay que añadir: "Oú dorment les Atlantes? Paysages brésiliens", de Charles Bernard; "Ce fut l'Atlantide", de madame Villete, y "La fin d'Atlantes, ou le grand soir", de Jean Carrère, donde imagina a los Atlantes familiarizados con toda clase de maravillas científicas, como aviación, electricidad, explosivos, etc. Sus vicios trajeron la caída de Atlantis; la demagogia y las luchas civiles se enseñorearon de la isla. El sabio Oreus no puede dominar la rebelión de Melena y los negros; el lanzamiento de bombas por aviones sobre los rebeldes desencadena por la fuerza de la dinamita terremotos y desbordamientos que destruyen la isla.

Pero la más famosa de todas las novelas sobre Atlantis es la de Pierre Benoit "L'Atlantide", donde nos presenta en Antinea la nueva Atlante, la última descendiente del dios Poseidón, raro ejemplo femenino que sabe "restablecer en provecho de su sexo la ley hegeliana de las oscilaciones. Separada del mundo ario por la formidable precaución de Neptuno, evoca hacia ella los hombres más jóvenes y los más valerosos. Su cuerpo es condescendiente, aunque su alma es inexorable. De estos jóvenes audaces tomo lo que la pueden dar. Les presta su cuerpo mientras les domina con el alma. Es la primera soberana a quien la pasión no ha hecho al mismo tiempo una esclava... Es la sola mujer que ha conseguido la separación de estas dos cosas inextricables, el amor y la voluptuosidad." Antinea mora en el macizo de Hoggar, pues Atlantis no ha desaparecido bajo las aguas, y su genealogía se narra en la continuación del Critias—perdido para nosotros—, cuidadosamente guardado lo mismo que otros libros antiguos, tales como el famoso "Viaje a la Atlántida" del mitógrafo Dionisio de Mileto.

La base científica de la novela está tomada del libro "Les Atlantes: historie de l'Atlantis et de l'Atlas primitif", del profesor Berlioux.

El atractivo del nombre evocador de Atlántida ha motivado capítulos de novelas, como en una famosa de Julio Verne, e incluso el título de otras obras, como la del raid Citroën al Africa. También modernamente inspira el nombre de una novela de Gerardo Hauptmann y el bello ensayo de José Ortega y Gasset "Las Atlántidas" sobre el afán escrutador de nuestros días desenterrando viejas culturas.

*
* * *

La bibliografía sobre Atlantis aportada en este fascículo no pretende agotar la materia. Tampoco desea ser una muestra de erudición. Es tan sólo una perspectiva para la más amplia comprensión del bloque todavía virgen que Platón pensó terminar, pero que resta inconcluso para desesperanza de algunos y para ilusión de otros, que cuando contemplan algo lleno de misterio lo piensan llenos de promesas.

Una bibliografía amplia sobre el asunto se hallará en el trabajo reciente sobre este tema de Gattefossé y Roux. Comenzados mis estudios, hace más de diez años, en la Universidad, he podido aportar nuevas notas a esta bibliografía. Los estudios modernos de los comentaristas de Platón, aunque en general se muestran contrarios a la existencia de Atlantis, han ido deslindando el problema al mostrar qué elementos extraños integran el relato platónico respecto a otros de mera ficción o tomados por Platón en el mundo griego.

Esto va haciendo posible un estudio serio del sorprendente relato. Al mismo tiempo se percibe una tendencia a situar el problema de manera totalmente opuesta a la concepción de una Atlantis continental hundida en pleno Océano. A esta idea ha sucedido otra más crítica y probable, situándola en la periferia del antiguo mundo griego en sus inicios. Sería lastimoso que después de los estudios de los españoles como Badía Lebich y Joaquín Costa, y de extranjeros como Berlioux, Rutot, Borchardt, Vivarez, Butavand y Roux, desatendiéramos el estudio del Africa menor, tan llena de interés para nosotros. Estos estudios míos se proponen que nuestros especialistas se incorporen al interés que la región del Atlas y de las Sirtes empieza a despertar como posible centro cultural durante el segundo milenio antes de nuestra era.

La reunión de textos de geógrafos e historiadores antiguos sobre Atlantis tiene por objeto ofrecer una visión conjunta de lo que conocemos sobre ella. Si se compara con lo que se sabía de la Creta minoica antes de su descubrimiento por los arqueólogos, se verá que Atlantis gana en probabilidad de existencia. No he pretendido agotar los textos; la falta de algunos es debido a considerarlos dudosos, otros serán utilizados en la crítica del problema y en sus cuestiones conexas: Erythia, Tartesos, columnas de Herakles, etc., y en el estudio crítico de la genealogía de los textos.

Fascículo I. Atlantis

TEXTOS RESPECTO DE ATLANTIS DURANTE LA ANTIGÜEDAD

Hesiodo.

Dice el autor de los "Trabajos y los Días" que vivía junto a las Hespérides Atlas hijo de una Oceanida, es decir, en el extremo occidental, próximo a las islas de los bienaventurados, situadas en el Océano (1).

Este pequeño detalle es importantísimo por ser una de las primeras indicaciones de los antiguos acerca de los pueblos occidentales. El mismo Homero en la Iliada y en la Odisea no hace mención—según el P. Alemany (2)—de Iberia, y las noticias más antiguas, además de las de Hesiodo, hay que buscarlas en un periplo griego de autor desconocido, que se aprovechó de noticias en su mayor parte fenicias, y da noticias sobre el Occidente de Europa en el siglo VI antes de J. C. Sus datos están contenidos en el primer libro de Rufo Festo Avieno titulado "Ora marítica" (3).

Los jardines de las Hespérides, o sea de las Hespérides que antes hemos hablado, son—según algunos, las regiones fértiles de Andalucía más bien que la estéril costa de Africa.

El libro de los Jubileos.

En el libro de los Jubileos, obra apócrifa del Antiguo Testamento, se da el nombre de Bahratel—o mar de Atala—al lago Tritón. Este

(1) Teogonia.

(2) La geografía de la Península Ibérica en los textos de los escritores griegos. (Rev. de Arc. Bib. y Mus. 1909 y 1910.)

(3) Avieno tomó detalles de Hecateo Milesio, lo mismo que Herodoto. Para Schulten (Fontes Hispaniae antiquae, 1922 y Tartessos. 1922). la principal fuente es el periplo de un navegante massaliota de fines del siglo VI.

libro tiene como fuente un mapamundi fenicio-hebraico aproximadamente del año 630 antes de J. C. (1).

Solón.

Las más antiguas noticias acerca de la Atlántida se remontan a seiscientos años antes de J. C., y fueron recogidas por Solón, uno de los siete sabios de Grecia, en su viaje a Egipto, donde se detuvo, como él mismo dijo:

Del Nilo en la anchurosa embocadura,
y junto a la ribera de Canope.

Allí filosofó con Psenofis de Heliópolis y con Sonquis de Sais, y uno de aquellos sacerdotes hubo de decirle: “Oh, Solón, Solón; vosotros los griegos seréis siempre niños; no hay ancianos en Grecia. Nuestros libros cuentan que Atenas destruyó a una poderosa armada, que, habiendo salido del Atlántico, invadió como un torrente a Europa y Asia...” (2). A Solón le pareció a propósito el asunto para un poema y, ya viejo, emprendió su obra por creer que convenía a los atenienses, pero hubo de abandonar aquel trabajo, no por sus ocupaciones, como dice Platón, sino por la vejez, acobardado con lo grande de la empresa; porque la sobra que tenía de ocio lo indica aquella expresión:

“Me hago anciano aprendiendo cada día” (3).

Se cree que Solón murió en tiempo del arconte Hegestrato (según Fánias).

Tucydides.

Menciona Tucydides la isla Atalante, que fué destruída hacia la Olimpiada 88. Aparece esta isla mencionada también por Séneca (4) y por Strabón (5). Esta isla fué confundida con la Atlántida por Fernando Colón (Vida del Almirante), error no explicable, pues Fernando Colón conocía suficiente este punto para saber que la Ata-

(1) Véase Borchardt “Das Erdbild der Juden nach dem Buche der Jubilaen-ein Handelsstrasseproblem” (Peterm. Mitt. 1925).

(2) Platón.—Timeo.

(3) Plutarco.—Solón (Vidas paralelas).

(4) Tucydides ait, circa Peloponnesiaci belli tempus (anno sexto) Atalantam insulam aut totam aut certe maxima ex parte supresam.

(5) Alm: lib. I.

lante era la isla situada frente a la Eubea y no la que menciona Platón.

Herodoto.

El verídico padre de la Historia, dice que más allá de los Garamantes, “a diez leguas de camino, se ve un cerro de sal, agua y otros hombres a quienes dan el nombre de Atlantes; y más allá otra colina de sal y en ella su agua y gentes que allí viven. Con estas cordilleras de sal está pegado un monte que tiene por nombre Atlante, monte delgado, por todas partes redondo, y a lo que se dice tan elevado que no alcanza la vista a su cumbre por estar en verano como en invierno siempre cubierta de nieve, y de él dicen los naturales que es la columna del cielo; de él toman el nombre sus vecinos, llamándose los Atlantes, de quienes se cuenta que no comen cosa que haya animada, ni durmiendo sueñan jamás (1).

Platón.

Así como Sócrates no escribió nada y sin embargo todo su pensamiento se encuentra en las obras de sus discípulos, así también todo lo referente a la Atlántida que supo Solón (que nada escribió) se encuentra en dos de los diálogos de Platón, el Homero de la filosofía, como le llama Duruy (2), que nació en 430 y murió en 348; nieto de un hermano de Solón, fué el continuador (como hemos dicho) de la leyenda recogida por el gran legislador de Atenas, “y al exordio le puso tan magníficas portadas y tales muros y patios, cuales no los tuvo nunca ninguna relación, o fábula, o poema; mas lo emprendió tarde, y antes que con la obra acabó con la vida, dejándonos tanto más deseosos e incomodados por lo que falta, cuanto más divierte y recrea lo que alcanzó a escribir; porque así como la ciudad de Atenas, entre sus grandes obras, sólo dejó imperfecto el templo de Júpiter Olímpico, de la misma manera la sabiduría de Platón sólo dejó sin acabar la obra de la Atlántida” (3).

Platón dice en el Timeo, texto el más importante para la determinación geográfica: “Más allá del Estrecho, que conocieron los griegos

(1) Los nueve libros de la historia.—Trad. del P. Pou, Lib. IV, cap. 184.

(2) Víctor Duruy.—Historia de los griegos, t. III.

(3) Plutarco. Vidas paralelas. (Solón).

con el nombre de Columnas de Hércules, estaba situada una isla. Se dice que era de mayor extensión que la Libia y el Asia unidas, y que de ella se pasaba a otras islas que estaban próximas, y después al continente sobre la orilla opuesta de este mar que merece verdaderamente su nombre, porque, de un lado, más acá del estrecho que os hablo, parece un puerto con una angosta entrada; pero, de otra parte, lo que hay fuera es un mar verdadero y la tierra que lo circunda un verdadero continente. Un terremoto y una inundación de veinticuatro horas sumergieron en el vasto mar la isla llamada Atlántida. El cieno producido de las ruinas esparcidas por el mar lo hicieron innavegable... La longitud de la isla era de 3.000 estadios (1), y su latitud se extendía a 2.000 (2). Estaba situada hacia el Sur y sus parajes más elevados miraban al Septentrión.”

No mencionamos más datos de este diálogo de Platón, pues intentaremos, en el examen crítico del problema de Atlantis, estudiar con el Timeo y el Critias, los indispensables complementos de la Biblioteca de Diodoro y otros textos, lo que puede haber de cierto en esta narración.

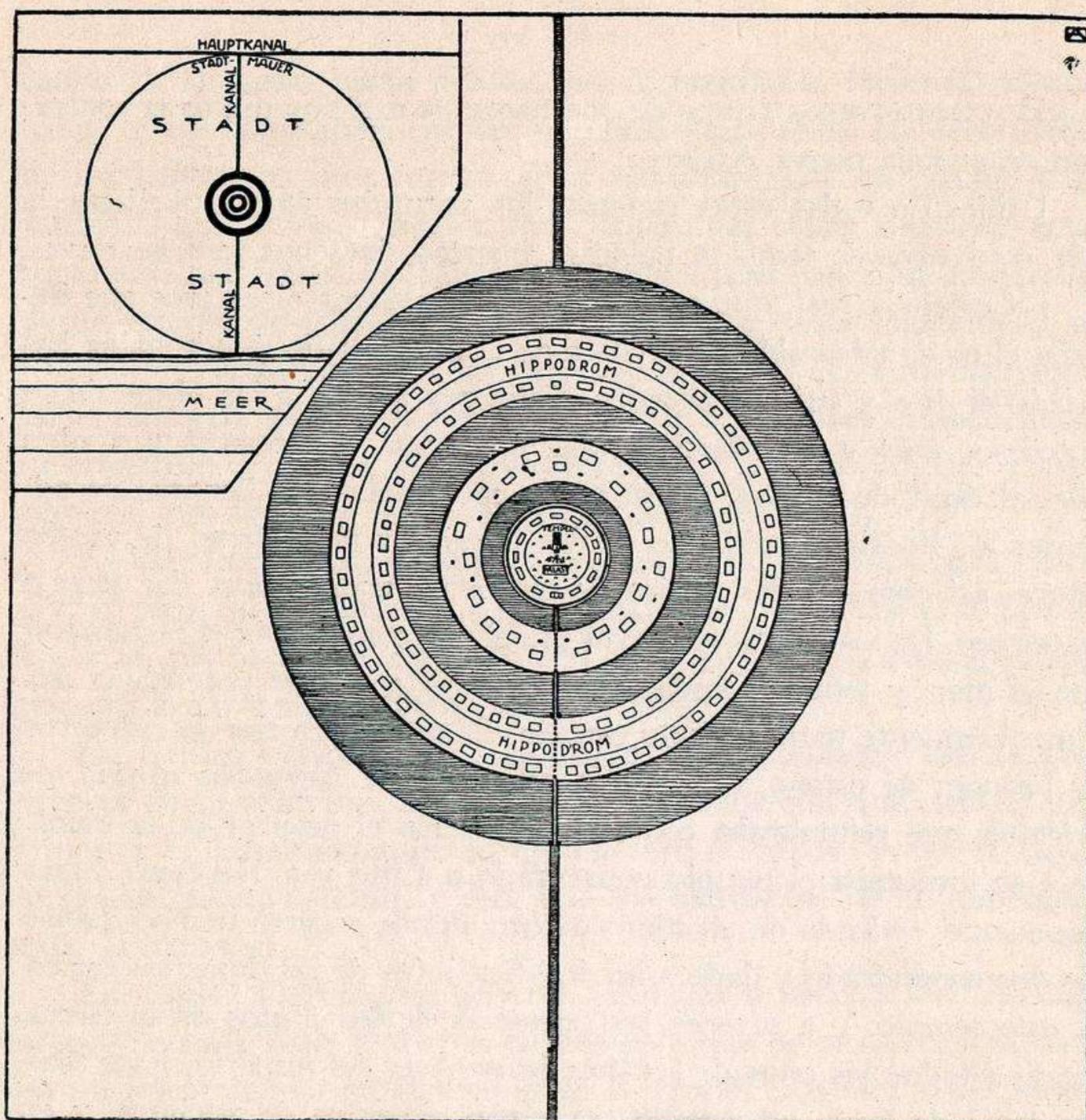
El diálogo llamado Critias o la Atlántida, verdadera continuación en este punto del Timeo, nos ofrece un relato amplio de esta región.

Entre los primeros datos merece mención el del poderío atlante, que se extendía hasta el Egipto y la Tirrenia. Continúa diciendo Critias que la isla Atlántida producía cuanto es necesario para la vida. Entre otras cosas tenía abundantes metales, sólidos o fusibles, y el que era más precioso después del oro, el oricalco (3). Tenía animales salvajes y domesticados que se alimentaban en ella, y también elefantes. Atestigua esto, lo mismo que cuando dice que todos los animales tenían pastos abundantes, hasta el elefante, a pesar de su tamaño y voracidad, la riqueza de la comarca atlante. Y como si no fuera bastante el poseer los más necesarios elementos para la vida, tenían, por producirse en la isla, jugos destilados por las flores o los frutos, y, en fin, toda variedad de perfumes, cuyo conocimiento y cuidado atestiguaba una adelantada civilización y relativo bienestar. El trigo,

(1) 555.000 metros.

(2) 370.000 metros.

(3) Según algunos, hidrogenocarbonato de cobre y de cinc; según otros, cobre y calamina.



Según P. Friedländer: Platon I, 1928.

Quando los dioses se repartieron la Tierra en lotes, la isla Atlántida fué adjudicada a Poseidón. A la altura del centro de la isla había una llanura de belleza y fertilidad admirable. Próxima a la llanura y distante de su mitad alrededor de 50 estadios, había una montaña de poca altura. Allí vivía el autóctono Evénor con su esposa Leucipe; su hija Clito inspiró amor al dios Poseidón, que se unió a ella, fortificando la altura donde ésta vivía. El dios estableció una serie de recintos concéntricos, compuestos de mar y de tierra. La isleta central, es decir, la montaña, sobre la cual se asentaba el templo de Poseidón, tenía un diámetro de 5 estadios (888 m.). Estaba rodeada de un canal de un estadio (777 m.) de ancho. Después, un primer recinto circular, ancho de 2 estadios (355 m. 20) seguido de un canal de la misma anchura. Por último, un segundo recinto de tierra y un tercer canal, anchos los dos de 3 estadios (532 m. 80). Este último canal estaba distante 50 estadios de mar (8.880).

Los reyes atlantes completaron esta obra divina con inmensos trabajos. Un canal rectilíneo de 50 estadios de longitud, de 3 plethros (88,80 m.) de ancho y de 100 pies (29 m. 60) de profundidad, ponía en comunicación con el mar el canal circular exterior. Un puente de un plethro de anchura había sido lanzado por encima de los canales circulares y de los recintos de tierra y unía la montaña real con el resto del territorio de Atlantis. Por último, alrededor del canal exterior, un nuevo recinto había sido trazado a 50 estadios de este canal hasta el borde del mar.

En la isla central se ve el templo de Poseidón y Clito y el palacio de los reyes.

la vid y tantos otros frutos de que hacemos uso hoy día se encontraban en aquella nueva Arcadia.

Utilizaron todas estas riquezas los naturales para embellecer la isla, construyendo templos, palacios, puertos, dársenas para las naves.

La estancia real, que estaba rodeada de fosos circulares que llenaba el mar, había sido construída en el mismo sitio donde había habitado el dios y sus antepasados. Cada rey añadía a las obras de su antecesor nuevos embellecimientos, de forma que resultó una obra que, al decir de Critias, no se podía contemplar sin llenarse de admiración. Prosigue hablando de los canales y terraplenes de mucha altura, así como de las zanjas, lo suficiente anchas para dar paso a un trirene. De los cercos, el mayor era el que comunicaba directamente con el mar, y tenía de ancho tres estadios, y el que rodeaba la isla inmediatamente tenía un solo estadio. El muro exterior lo cubrieron de bronce; de estaño, el segundo recinto, y la Acrópolis misma, de oricalco, que relumbraba como el fuego. En el interior de la ciudadela se levantaba el templo consagrado a Clito y a Neptuno, lugar imponente, rodeado de un muro de oro, donde en otro tiempo habían los dos engendrado y dado a luz los diez jefes de las dinastías reales. A este templo, y a ofrecer las primicias de los frutos de la tierra, acudían todos los años de las diez provincias del imperio. Este templo tenía de largo un estadio (1) y tres arpentos de anchura, y en su aspecto ofrecía algo como de discorde, tal vez por la diferencia de los elementos que le integraban. Por dentro, la bóveda, que era toda de marfil, estaba adornada de oro, plata y oricalco. Los muros, las columnas, los pavimentos, estaban revestidos de marfil. Se veían estatuas de oro, siendo la más notable la del dios Neptuno, de pie sobre su carro, conduciendo seis corceles alados, tan alto que su cabeza tocaba la bóveda del templo y rodeado de cien nereidas sentadas sobre delfines. En la parte exterior, y alrededor del templo, estaban las estatuas de oro de todas las reinas y de todos los reyes descendientes de los diez hijos de Neptuno. El altar estaba en armonía con estas maravillas y el palacio de los reyes era cual convenía a tan poderoso imperio y a los ornamentos del templo. En las cer-

(1) 184'98 metros. Rivaud en su "Notice al Critias", en su edición de Oeuvres de Platón, 1925, calcula el estadio a razón de 177'60 metros.

canías de las casas había árboles que mantenían la frescura del ambiente y dos admirables fuentes que satisfacían todas las necesidades de los habitantes. Las termas eran maravillosas, y en cuanto a los jardines, gimnasios e hipódromos, formaban como islas por estar separados por fosos. En la mayor de estas islas había un hipódromo de un estadio de largo. Para la gente armada había cuarteles, y las tropas que inspiraban más confianza se alojaban en la misma Acrópolis, cerca de los reyes. Las dársenas para las naves estaban llenas de triremes; el canal y el puerto rebosaban de embarcaciones y mercaderes, que llegaban de todas partes del mundo (1).

La tierra de la Atlántida daba dos cosechas por año, y para transportar estos productos y maderas desde las montañas y la llanura hicieron que los fosos comunicaran entre sí y con la ciudad misma por medio de canales abiertos transversalmente (2).

Da Critias noticias detalladas sobre la organización de las provincias en lo referente al número de soldados con que debían contribuir a la defensa común. El ejército era numeroso y, por lo tanto, la población muy densa, y dice que los habitantes de las montañas eran infinitos.

En cuanto al gobierno general, las leyes u órdenes de Neptuno eran su norma y las grabaron en una columna de oricalco, levantada en medio de la isla en el templo de Neptuno. Los diez reyes se reunían sucesivamente el quinto año y el sexto, alternando los números par e impar. En estas asambleas discutían los intereses públicos, averiguaban si se había cometido alguna infracción legal y daban sus resoluciones. Cuando tenían que dictar un fallo se aseguraban de su fe recíproca por el siguiente procedimiento:

Después de dejar en libertad algunos toros en el templo de Neptuno, los reyes quedaban solos y suplicaban al dios que escogiera la víctima que fuera de su agrado, y los perseguían sin más armas que palos y cuerdas, hasta que lograban coger alguno y le conducían a la columna y le degollaban sobre ella en la forma prescrita. Verificado el sacrificio y consagrados los miembros del toro según las leyes, los reyes derramaban gota a gota la sangre de la víctima en una copa,

(1) Critias, pág. 258 y anteriores (Didot. 1878).

(2) Critias. pág. 259 (Didot. 1878).

arrojaban lo demás en el fuego y purificaban la columna. Sacando en seguida sangre de la copa con un vaso de oro y derramando una parte de su contenido en las llamas, juraban juzgar según las leyes escritas en la columna (1), castigar a quien las hubiere infringido, hacerlas observar en lo sucesivo con todo su poder, y no gobernar ellos mismos ni obedecer al que no gobernase en conformidad con las leyes de su patria. Después de haber pronunciado estas promesas y después de haber bebido, se preparaban para el banquete. Llegada la noche y extinguido el fuego del sacrificio, se vestían con trajes azules y muy preciosos, se sentaban en tierra al pie de los últimos restos del sacrificio y entonces era cuando dictaban sus juicios, y si alguno había sido acusado de haber violado las leyes, entonces era a su vez juzgado. Los juicios que dictaban los inscribían sobre una tabla de oro y la colgaban con los trajes en los muros del templo para que sirvieran de recuerdos y advertencias.

Había entre los reyes cierta fraternidad, o propia o debida a las leyes que regularizaban las atribuciones de cada uno. No se hacían la guerra los unos a los otros; se prestaban recíproco apoyo en el caso de que alguno de ellos intentase arrojar a una de las razas reales de sus estados, y además deliberaban (como ya hemos visto) en común, a ejemplo de sus antepasados, sobre la guerra y los demás negocios importantes. Hasta el poder supremo (2) tenía limitado su poder, pues no podía condenar a muerte a ninguno de sus parientes sin el consentimiento de la mayoría absoluta de los reyes.

Este formidable poder, mientras se conservó en muchas generaciones la naturaleza divina a que debían su origen, dominó y se conservó a satisfacción. Pero cuando la esencia divina se fué aminorando por la mezcla continua con la naturaleza mortal, entonces degeneraron (3) los hombres y aun aquel poder, que se había mantenido incólume desde la separación de los atlantes regidos por Saturno de los de la Lybia, se vió expuesto al castigo de Júpiter.

Termina el diálogo platónico en el momento en que Júpiter, teniendo reunidos a todos los dioses, se dispone a hablarles.

(1) En esta columna había además un juramento terrible e imprecaciones contra quien las violase.

(2) El rey de los reyes, que mandaba sobre los otros nueve.

(3) Critias, pág. 260-261 (Didot.—Platonis T. 2).

Aristóteles (184-321).

En tiempo de Aristóteles, que vivió trescientos años antes del Mesías, se tenían noticias acerca de tierras más allá de las columnas de Hércules, ideas y noticias inciertas, pero que fueron acogidas por el discípulo de Sócrates, como lo demuestran los libros "De Coelo". II, tan citado uno de sus pasajes después, entre otros por Pedro de Ailly (caps. VIII y XLIX) del "Imago Mundi"; "Compendium Cosmographicum" (cap. XIX) y el "Mapa Mundi", y por Colón, y también el II de la "Meteorológica".

El texto más importante para nosotros es el de "De Mirab. Auscult.", cap. 84. Dice así uno de sus trozos:

"Dícese que en el mar que se extiende más acá de las Columnas de Hércules fué descubierta por los cartagineses una isla, hoy desierta, que tanto abunda en selvas como en ríos aptos para la navegación, y está hermoseedada con toda suerte de frutos, la cual dista del continente una navegación de muchos días. Como los cartagineses la visitasen a menudo y aun algunos de ellos, atraídos por la fertilidad del suelo, la habitasen, los jefes de los cartagineses prohibieron bajo pena de la vida que nadie navegase a aquella isla, y acabaron con todos los indígenas, ya para que no se esparciese la noticia de su arribo, o ya con el fin de que la multitud no se juntase contra ellos... Se cuenta también que los fenicios de Cádiz, corriendo el mar de la otra banda de las columnas de Hércules, fueron transportados por la violencia de un viento del E. a ciertos países pantanosos, abundantísimos en atunes de un tamaño increíble, que salaban y llevaban a Cartago."

Beckmann discutió la opinión de los que creyeron reconocer en este trozo América o el mar de Sargazo. Heeren cree que este párrafo se refiere a la isla de Madera; pero, más cauto Weseeling, dice: "Fabulis ad finia sunt quae de hac insula produntur, id tamen indicatia obscuram ejus regiones, quam Americam vocamus, faman in Carthaginiensium navigationibus ad veterum aures dimanasse." Humboldt tampoco se resuelve a dar una opinión sobre el particular y sólo dice que la "isla despoblada" a que se refiere Aristóteles excluye las islas Canarias.

Aparte de este texto, de dudosa interpretación, Aristóteles no

creyó en la existencia de la Atlantis, y escribía: el que la creó la ha destruído del mismo modo.

Teopompo.

Intimamente relacionado con el “Gran Continente” de Platón, es el mito de la Merópida de Teopompo “cuento moral en forma cosmográfica” (Humboldt). Se reduce a las revelaciones que Sileno hace a Midas el Figrio, y tiene relación con ideas y tradiciones religiosas de los tiempos antiguos.

Sileno describe a Midas el país extraordinario de los Meropes, atravesado por dos ríos: el del Placer y el de la Pena, en cuyas orillas crecen grandes árboles, cuyos frutos producen efectos maravillosos.

Según Teopompo y lo que se deduce de su narración, la tierra de los Merópidas se hallaba más allá del Océano y hacia el Noroeste.

*Ausio y Maclos
como Herodoto*

Para Teopompo, como para Platón, Europa, Asia y la Libia eran islas rodeadas por el Océano y el verdadero continente estaba situado más allá. En él vivían hombres de talla y longevidad doble que la nuestra. Eusebes y Makinos eran las mayores ciudades; en la primera vivían en paz y abundancia, mientras que en la segunda eran belicosos y siempre empeñados en guerras de conquista.

De las Historias de Aeliano (t. II) se desprende que Teopompo dejó la noticia de una expedición de los Merópidas a los Hyperbóreos, de donde hubieron de volver por la crudeza del clima.

Para Rohde (Der griechische Roman. págs. 220 y 221), en este relato se trata de una imitación de Platón por Teopompo; para Hirzel (Zur Charakteristik Theopomps, 1892) no existe analogía entre las dos narraciones.

Respecto a este nombre de Meropis o Merópidas—dice Apollodoro—: “Aludía a la hija única de Atlas, unida a un mortal, y que en las Pléyades permanecía velada, casi oculta a las miradas de los hombres?” (Bibl. III).

Crantor.

En sus “Comentarios al Timeo” refiere Proclo que tres siglos después de Solón los sacerdotes egipcios mostraron al griego Cran-

tor, platónico de la primera Academia y primer comentador de Platón, estelas cubiertas de inscripciones que narraban la historia de la Atlantis y de los pueblos que la habían habitado durante siglos.

Dionisio de Mitilene.

Se refiere a los atlantes como la raza más poderosa y enérgica de toda la Libia. (T. II, p. 9 de Hist. Graec. Frag.)

Diodoro Sículo (1).

Refiriéndose a las Amazonas, vencedoras del pueblo de los Atlantes, dice:

Cuentan las leyendas que habitaron una isla, a que dieron el nombre de Héspera, por estar situada a Poniente, la cual se halla en la laguna Tritónida. Yace esta laguna en la vecindad del Océano, que ciñe las tierras, y fué así llamada del río Tritón, que desemboca en ella. Está próxima, asimismo, a la Etiopía y al monte más alto que se eleva en aquellos lugares, y se adelanta hacia el mismo mar, monte que los griegos denominaron Atlas (2). Es de extensión dilatada la isla y abunda en muchas clases de árboles frutales, con copia de ganado mayor cabrío y lanar, cuya leche y carne sirve de alimento a sus moradores. No hacen uso del trigo por no haberse mostrado aún entre ellos (es decir, entre las gentes de la comarca) la utilidad de su fruto (3)... Dice luego que los Atlantes eran de condición apacible y tenían ciudades populosas, entre ellas, una llamada Cerne... Atacados por las Amazonas, fueron vencidos en una batalla y perseguidos por ellas entraron revueltos en la ciudad, de la que acabaron por hacerse dueñas estas intrépidas guerreras.

Quizá tenga más valor desde el punto de vista geográfico lo siguiente (4):

En el vasto mar Océano, enfrente de la Libia, hay una grande isla, distante del Africa muchos días de navegación hacia Occidente... Antiguamente no se tenía noticia de ella por la gran distancia

(1) Biblioteca Histórica.

(2) Biblioteca Histórica. Lib. III, cap. LIII.

(3) Biblioteca Histórica, lib. III. cap. LIII.

(4) Lib. V. intitulado Insular.

del resto de la tierra. Pero finalmente la descubrieron los fenicios. Costeando el Africa por el Océano, una furiosa tormenta los arrojó en alta mar, y al cabo de muchos días aportaron felizmente a aquella isla incógnita, de cuya situación y fertilidad hicieron una relación a su vuelta.

El lago Tritón se desecó a consecuencia de un terremoto.

Dice este autor que muchos años después de haberse sumergido la Atlántida existían en dos penínsulas avanzadas sobre el Océano o verdaderas islas, campos fértiles y poblaciones de importancia, que movieron la codicia de las Amazonas. Ofrecíase en primer término la llamada isla Héspera, de considerable extensión, en cuyo territorio crecían frutales de muy variadas especies, la cual contenía además muchos ganados de ovejas y cabras, que abastecían de alimentos a sus moradores. Contábanse en su perímetro ciudades pobladas, y una de ellas, llamada Mena o Mene, tenida por sagrada, estaba al lado de un volcán que arrojaba en sus erupciones torrentes de fuego y piedras. Además de eso servía a fertilizar su suelo un río que desagaba en cierta laguna situada a poca distancia del mar. La otra tierra ocupada por los Atlantes, preciados de que entre ellos habían nacido los dioses, era fertilísima y muy aventajada, con grandes poblaciones.

Confiadas las Amazonas en su pujanza, movieron guerra a las tribus que se habían establecido cerca de la isla de Héspera, conquistando sucesivamente todas sus ciudades, a excepción de la llamada de Mene, que poblaron después etíopes ictiófagos. Fundaron luego una gran ciudad, que avanzaba dentro del lago que se llamó Tritónide, con igual designación que la laguna de las Sirtes; a la población dieron nombre equivalente a Quersoneso o península. De este sitio partieron a procurar nuevas conquistas, atacando en primer término a los Atlantes, los más pacíficos y amables de cuantos habitaban en aquellos parajes. Había aprestado Mirina, que las acaudillaba, un ejército compuesto de 30.000 jinetes, con armadura defensiva formada de pieles de serpientes, y con espadas, lanzas y arcos, para ofender a los enemigos. Pronto hubieron de advertir que les embargaba, más que el resistir los ataques, la tarea de perseguir a los fugitivos, con lo cual, después de recorrer las tierras de los Atlantes, vencieron fácilmente a los que defendían la ciudad llamada

Cerne... Después de dar muerte a todo varón en estado de llevar armas, redujeron a cautiverio a las mujeres y a los niños. Aterrados los demás Atlantes con la desgraciada suerte de los Cernenses, les entregaron pacíficamente sus ciudades, pactando con Mirina la paz al precio de presentes riquísimos. La reina, por su parte, reedificó la población, casi arruinada por la pelea, dióle su nombre y protegió a los Atlantes contra las Gorgonas, que les atacaban de continuo, pasándoles a cuchillo (1).

Diodoro sigue narrando en su obra las empresas de la reina de las Amazonas Mirina contra los egipcios y la paz que con ellos hizo para pasar al Asia. (Caps. LIV y LV del Lib. III.)

Scylax.

En el periplo de Scylax de Carianda se menciona también el nombre de Cerne, indicando que más allá no se puede navegar porque el mar está obstruido por fango y hierbas.

Posidonio.

El cosmógrafo Posidonio—según Estrabon—, que vivió un siglo antes de J. C., admitió la existencia de la Atlántida y su desaparición por terremotos y otras causas. Refirió no ser fingido lo de la Atlántida, pues le pareció mejor opinar que había existido que suponer que fué destruída por el mismo que la inventara.

Estrabon.

Estrabon, que tanto cita a Posidonio, admitió también la existencia de la Atlántida, y por eso dice en su "Geografía" (Libro II): "Con razón creyó Posidonio lo que cuenta Platón de la isla Atlántida... los hierofantes de Egipto aseguraron a Solón que antiguamente existía una isla de este nombre, no inferior al continente en extensión."

Pero en la "Geografía" (II, 3) parece burlarse de la credulidad de Posidonius, aunque antes transcribe la noticia dada por este autor de que los Cimbro fueron impelidos a sus emigraciones al Mediodía

(1) Biblioteca, lib. III, caps. LIII y LIV.

de Europa por haber sido su país invadido por las aguas del mar.

Pomponio Mela.

Quizás tomándolo de Herodoto localiza los atlantes hacia el occidente africano: “Deinde late vacat regio, perpetuo tractu cum habitantibus tum primus ab Oriente Garamantes post Augilas et Trogloditas et ultimos, ad occasum Atlantes audimus” (L. I).

Plinio.

El naturalista Plinio, que vivió en el siglo I de J. C. (23-79), escribió (1): “In totum abstulit terras primum omnium ubi Atlanticum mare si credimus Platoni, immenso spatio”. Y en el lib. VI añade: “Se cuenta que enfrente del monte Atlante había una isla del mismo nombre. Distaba cinco días de navegación de los desiertos de la Etiopía Occidental y del promontorio llamado el Cuerno Hesperio”. Además de esto, es interesante notar que es falso que atacara a Platón, pues sólo dijo: “Traditur et alia insula contra montem Atlantem et ipsa Atlantis appellata”.

Apuleyo.

L. Apuleius, escritor de la época de Marco Aurelio, escribió en su libro “De mundo”:

“Muchos dividen la tierra en dos partes, a una dan el nombre de Islas y a otra de Continente. Con esto manifiestan su ignorancia, pues nuestra tierra circundada del mar Atlántico, forma una sola isla juntamente con todas las que se divisan en este Golfo: demás de ésta, hay en el Océano otras varias semejantes, y algunas mejores. las cuales no es maravilla que sean incógnitas, siendo cierto que no podemos correr todo el espacio de la Isla que habitamos. Así como nuestro mar divide unas islas de otras, de la misma suerte aquellas están separadas entre sí por medio de piélagos de agua mucho más dilatados.”

Nótese—“hay en el Océano otras varias semejantes”—¿Se refería Apuleyo a la isla Atlántida? En su tiempo se tenía noticia de esta isla por la confusa narración de Diodoro, principalmente. Ahora

(1) Historia Naturalis, lib. II. Refiriéndose a terremotos que han sumergido islas, etc.

bien; si como desde Gomara se ha repetido que la Atlántida, la isla legendaria, no fué otra tierra que América o las Antillas, como cree Cronau. Aunque lo más probable es que se refiera a las Canarias.

Varrón.

Señala una batalla entre un rey de Córcega y Cerdeña y un rey atlante (...hic autem Phorcus dicitur Thoosae nimphae et Neptuni filius. ut autem Varro dicit, sex fuit Corsicae et Sardinae; qui cum ab Atlante rege navali certamini cum magna exercitus parte fuisset victus et obrutus, finxerunt socii eius eum in deum marinum esse conversum.) Servio. Com. Æn. V. 824.

Plutarco.

La verdadera preocupación de los antiguos por islas situadas hacia Occidente también tocó a Plutarco, que en dos de sus obras trata de este punto: "De facie in orbe lunae" (donde menciona un vasto continente regido por Cronos) y "De defectu Oraculorum". La isla Ogygia—de que también habla Homero—es tema de alguna parte de estas obras, donde también se mencionan algunas otras islas encantadas. El modo de tratar este punto Plutarco nos conduciría a investigaciones que están fuera del límite que nos hemos propuesto seguir. Es notable (Vita Sertor, cap. 8) cuando habla de dos islas atlánticas, situadas, según se creía, a diez mil estadios de distancia.

Ha sido Plutarco quien nos ha conservado los nombres de los sacerdotes egipcios que ilustraron a Solón.

Ptolomeo.

Ptolomeo, aunque silencia la Atlantis, señala una isla llamada Cerne en el 25° de lat. que corresponde muy próximamente a las islas Canarias, y cuyo nombre es idéntico al de la capital de Atlantis, según Diodoro.

Aun prescindiendo del desplazamiento de los lugares en Ptolomeo, es interesante notar cómo Jacobo Angelo situó Cerne entre el 24° y 25° de latitud mientras Gosselin lo hizo entre los 33° y 34° (Véase Monumenta Cartografica de Y. K. T. II, Ptolémée et époque greco-romaine, 1928. Págs. 152 y 166).

La escuela greco-alejandrina y los neoplatónicos.

Filón pensaba que Platón debía interpretarse bajo la letra de los textos revelados, mediante la explicación alegórica.

En su libro "De la indestructibilidad del mundo" admitió sin reservas la narración de Platón.

(En Sanchoniatón, traducido por este último, se hace referencia a que por indicación de Thot se abisma a Atlas bajo tierra, tratándose quizás de una alusión al hundimiento de Atlantis.)

Numenio de Apamea, que decía que Platón era Moisés hablando en ático, en su obra "Cómo los académicos se han ido apartando de Platón" interpretó la Atlantis como una alegoría de la lucha del bien con el mal.

A Orígenes se le atribuye un comentario al Timeo en el cual afirmaba que Atlantis era una simple alegoría que representaba la lucha entre los genios buenos y los malos. Orígenes no perdonaba a Platón que hubiera expulsado a Homero de la República.

Para Amelio se trata de una alegoría del combate de las estrellas con los planetas.

Casio Longino, que compuso comentarios al Fedón y al Timeo, que se han perdido, supuso que no se trataba más que de un adorno literario sin la menor realidad histórica. (Según Proclo, en sus Comentarios al Timeo.)

Parecen aceptar el relato, dentro de su sentido alegórico, Porfirio, Jámblico, Siriano, en sus Comentarios, y Proclo, sucesor de este último en la escuela, que en sus *Diadochi in Platonis Timaeum Commentaria* no se resolvió claramente, aunque cita el testimonio de Crantor Solense y el de Marcelo, autor que al parecer habló de la Atlantes antes que Platón. Marcelo, en sus "Etiópicas", escribió lo siguiente (1):

"Que existió una isla tal y desapareció lo testifican algunos que han escrito acerca del mar externo. Había aún en los tiempos de estos autores, en dicho mar, siete islas consagradas a Proserpina y otras tres grandes, una consagrada a Plutón, otra a Ammón, y la media entre ellas, que tiene mil estadios de ruedo, a Neptuno. Los

(1) En los comentarios de Proclo.

habitantes de ésta conservan la memoria transmitida de sus antepasados de la isla Atlántida como ciertamente de una isla muy grande que hubo allí, la cual dominó por muchos períodos de años en todas las islas del mar Atlántico y estuvo también consagrada a Poseidon.”

Clemente de Alejandría.

Habla de la Erythia de los Atlantes (Stromata, 81).

Tertuliano.

El ilustre apologista de los cristianos (145-220) escribió en el “Apologeticum”: “Memorat et Plato maiorem Asiae et Africae terran Atlantico mari ereptam”. También habla de la Atlántida en su libro “De pallio”. Según algunos, Tertuliano dudó, pero el verdadero sentido de sus pasajes fué restituído a su verdadero sentido por Adriano Turnebo y explicados por Pamelio (in. Not. ad Apologet. núm. 528).

Arnobio.

Arnobio, en “Disputationum adversus Gentes”, dijo: “Ut ante millia annorum decem, ab insula quae perhibetur Atlantica Neptuni, sicut Plato demonstrat, magna erumperet uis hominum ut innumeras fundibus deleret atque extingueret nationes, nos fuimus causa”? (1).

Amniano Marcelino.

En su “Historia” creyó en la Atlántida, refiriéndose a ruinas de diferentes ciudades: ut in Atlantico mari Europaeo orbe spatiosior insula, ...ab Erebi profundos hiatus abactae, aeternis tenebris occultantur. (L. XVII, 7).

Rufo Festo Avieno.

Las Hespérides residen en la isla Erythia, cerca de los Atlantes. (Ver. 738.)

(1) Liber, 1.

Macrobio.

El autor del "Commentarius ex Cicerone in somnium Scipionis", que vivió aproximadamente entre los años 395 y 435, parece renovar la tradición egipcia contenida en el Timeo o simplemente repetir el contenido del diálogo platónico. Habla del equilibrio que existe entre el fuego y el agua sobre la superficie terrestre, y que esta alternativa de supremacía entre los dos elementos destruye frecuentemente la especie humana, las artes y la industria, que renacen cuando la calma se restablece; esta destrucción causada ya por las inundaciones, ya por el fuego, no es nunca general; el Egipto, según nos asegura Platón en el Timeo, está al abrigo de estas dos causas destructoras (L. II. cap. X).

San Agustín.

Cita en la "De civitate Dei" a los Atlantici, al lado de los libios, egipcios, indios, persas, caldeos, escitas, galos e hispanos, como doctos en filosofía (L. VIII., cap. IX). Es interesante notar que viviendo San Agustín en el Africa septentrional pudo adquirir datos de los primitivos pobladores de esta región.

La Edad Media

La tradición de la isla Bienaventurada o Neptunia fué conservada entre los árabes por el geógrafo Abu-Obaid Al-Becri, en su libro "De los caminos y de los reinos". Dice el texto: "Enfrente de Tánger estaban las islas Bienaventuradas, cubriólas el agua a excepción de una."

Muchos autores árabes, Attabari, etc., han conservado la tradición de haber existido en Africa una ciudad de cobre o de latón, cuyos muros eran de este metal, a la cual se daba el nombre de Al-Andalus, traslación arábica de la voz Iberia, si es que no es mera confusión o corrupción de la palabra Antales" (1). (Véase también Almaccari, Leiden. T. I., pág. 86.)

(1) Fernández y González. "Primeros pobladores históricos de la Península Ibérica", pág. 157.

El recuerdo de Atlantis y su capital “la ciudad de latón”, cuyos muros destellan en la lejanía, no desapareció durante la Edad Media. Los autores árabes nos hablan con frecuencia de una antigua ciudad de latón que suelen situar en el Andalus. No sería imposible que a su lejano recuerdo se refiera un cuento de “Las mil y una noches”: Cuenta Scherazada que en s. VII fué enviada una expedición a una ciudad fabulosa para buscar botellas de latón, en las que el rey Salomón había desterrado espíritus rebeldes, que estaban hundidas en el fondo del mar. Al Califa le extrañó este cuento, pero un sabio célebre se lo confirmó diciendo “que tenía libros que enseñaban a buscar tesoros y que su abuelo le había contado que embarcándose para Sicilia fueron empujados por vientos adversos hasta una montaña llena de cuevas, donde vivían gentes negras que hablaban una lengua desconocida y llevaban albornoces de cuero. Solamente el caudillo hablaba árabe y pudo decirles que aquel mar llevaba el nombre de “el-Karkar”. Su abuelo vió cómo un pescador, que traía en su red una botella de latón que acababa de extraer del mar, la abrió, saliendo humo azul, que en seguida se transformó en una figura espantosa que gritaba: “¡Me arrepiento, oh profeta de Dios!” Borchardt cree que todo esto se refiere a las cercanías de Lebda, la antigua Leptis Magna, y que la montaña es la de Messellata llena de cuevas habitadas por gentes de color. El vestuario de cuero lo llevan actualmente los Tebu, con el pelo hacia dentro (2). El nombre Karkar se ha conservado en el nombre Kasr Karkar, el castillo que se encuentra más arriba de Lebda.

El Califa, deseoso de comprobar el relato, envió una expedición que partiendo de Assiut llegó a la legendaria ciudad “cuyo príncipe negro mandó buscar doce botellas salomónicas que los buzos recogieron juntamente con el Dugón—maravilloso hombre-pezu—, para que los enviados pudieran enseñar todo esto al príncipe de los creyentes, a quien el emir Muza dió cuenta de todas las rarezas que vieron en el camino.” La ruta que siguieron en su expedición es

(1) Die Messingstadt in 1001 Nacht-eine Erinnerung an Atlantis? (Pet. Mittei. Heft II-2 Okt. 1927.)

(2) Hassanein Bey: The lost Oasis. London 1925. pág. 116.

difícil de señalar porque los textos varían. Según la leyenda Carlomagno debe haber usado este camino, taladrando sus fuentes, en su expedición hacia el W.; este cuento se remonta a la novela de Alejandro, y todavía hoy es conocido.

Entre los cristianos, Honorato de Autan en su "Imago Mundi" representa las islas fantásticas, sin olvidar la Atlántida, transformada con el nombre de Antillia.

Según Cosmas (Flammarion, *Historia del Cielo*, pág. 346-347), más allá del abismo de mar había otra Tierra que tocaba con las paredes del Cielo, y en la que había sido creado el hombre, pareciéndose esta isla, al otro lado del Océano, a la Atlántida de los antiguos.

El mismo Flammarión (pág. 407), indica que en un mapamundi grabado en una medalla del siglo XV—reinado de Carlos VI—se halla una reminiscencia de la "Tierra encubierta" la "Merópide" descrita por Teopompo.

El Renacimiento

Pero cuando volvió a preocupar verdaderamente el problema a todas las gentes ilustradas fué durante el Renacimiento, con las disputas de los platónicos y de los aristotélicos, y sobre todo con motivo del descubrimiento del continente americano que hizo que se publicaran multitud de libros para resolver el problema de la población americana. Porque efectivamente, el problema era arduo para los teólogos, y aun en nuestros días para los monogenistas, y desde las tribus de Israel, que pasaron por el estrecho de Bering (1), para poblar América, hasta el americano autóctono de Ignacio Ramírez (2) y Ameghino (3), el problema de la Atlántida ha ocupado un lugar preeminente y por ella se podía decir aquello de que los indios eran ovejas descarriadas que volvían a su redil. El mismo Fer-

(1) Federico Lumnio, Camilo Borrelo, Maluenda, el P. García, Genebrando, fray Pedro Simón, diciendo que descendían de la tribu de Isaachar; Ruiz Bejarano, Francisco Carrasco (ad Reges Recop. 6. pág. 3) y también Rocha en su libro sobre el "Origen de los indios".

(2) Los habitantes primitivos del continente americano, 1872.—J. Ramírez. Las leyes biológicas permiten asegurar que las razas primitivas de América son autóctonas. (C. I. de A., Méjico 1895-97.)

(3) Antigüedad del hombre en el Plata, París 1880, y en otros trabajos.

nando Colón en la vida de su padre menciona la isla Atalante, y por entonces los pasajes de Apuleyo, Séneca y en general las ideas de los antiguos sobre tierras occidentales tenían singular relieve.

Cuando entre las nieblas de la tierra incógnita de los cartógrafos medievales apareció aquel nuevo mundo, muchos volvieron su pensamiento a los antiguos y algunos vieron en América la Atlántida de Platón. Entre estos figuran Oviedo (1), Gomara (2), Postelli (3), Wytfliet (4), Sanson (5) y Roberto de Vaugondy (6). Gomara dice al final de su obra: "No hay para qué disputar ni dudar de la isla Atlántida, pues el descubrimiento y conquistas de las indias aclaran llanamente lo que Platón escribió de aquellas tierras, y en Méjico llaman al agua *atl*, vocablo que parece, ya que no sea, al de la isla. Así que podemos decir como las Indias son la isla y tierra firme de Platón, y no las Hesperides ni Ofir y Tarsis, como muchos modernos dicen; las Hespérides son las islas de Cabo Verde y las Gorgonas, que de allí trujo Hannon monas. También puede ser que Cuba, o Haití, o algunas otras islas de las Indias sean las que hallaron los cartagineses cuya ida y población vedaron a sus ciudadanos, según cuenta Aristóteles o Teofrasto en las maravillas de natura no oidas."

Dudaron sin resolverse a dar el pro o el contra Fox Morcillo en su "In Platonis Timaeum Commentarii" (7), Montaigne en sus "Essais" (8), aunque inclinándose a la idea de asimilarla a las Indias recién descubiertas.

Pero cuando en el terreno científico naturalistas, filósofos y teólogos se aprestaron a reñir contienda sobre el continente de Platón, hubo muchos que no sólo dudaron, sino que lo negaron en absoluto. Entre los españoles citaré al autor de la "Sacra Philosophia" Fran-

(1) "Historia de las Indias" (1535). Amador de los Ríos.

(2) "Historia general de las Indias.—Bib. de Aut. Esp. Tomo XXII.

(3) Cosmog. discip. comp.—Bale 1561.

(4) Hist. Univ. des Indes Orientales et Occidentales.

(5) Nicolás Sansón, en 1679, en su Atlas.

(6) Trazó un mapa en que aparecía América bautizada con el nombre de Atlántida y dividida en diez reinos correspondientes a los diez hijos de Neptuno, conforme al relato de Platón (1748).

(7) In Platonis Timaeum Commentarii, Basilea (1554) (Juan Oporino). Al final del libro I, en el fol. 46, dice sin embargo que pudo ser cierto y que los griegos conmemoraban el hecho in illa Panathenaicarum solennitate.

(8) Tomo I. cap. 30.

cisco de Valles, el Divino (1). al Padre Acosta, que dijo que pudo ser muy fina fábula todo lo que contó Platón, al docto Solórzano en su "Política Indiana" (2), que dió al relato platónico la misma autoridad que a las falsas especies memoradas por Aristóteles, Luciano y Eliano, a Paulo Benio que con toda la fe de un teólogo se opuso por creer que Platón contradecía la escritura hebraica, a Basilio Ponce en sus "In quodlib quæst" (3), a los PP. Rodríguez Mohedano en su "Historia Literaria de España" (4), a Ferreras y modernamente a Salvador Calderón (5) y a Teodoro de Cuevas en su trabajo "La Atlántida de Platón y la Cerne de los Libios" (6). Entre los extranjeros mencionaré a Juan Laet en su libro sobre el origen de los americanos (7), a Uckert (8), a Tiedemann, a Hismanns, Rhinne, Malinkroot, Bartoli (9), Malte-Brun, Nicles (10), que supuso la concepción de la Atlántida como resultado de una ilusión óptica.

Para Gosselin, los griegos no han tomado parte alguna en el descubrimiento de tierras occidentales; son en gran parte obra de los fenicios y de los cartagineses. La antigua historia de estos pueblos es de tal manera desconocida, que nos es imposible determinar las épocas. Todo lo que se puede decir es que la expedición de Hannon, que hemos fijado mil años antes de la era cristiana, separa los descubrimientos hechos hasta el Estrecho de los que se han hecho más allá, sobre las costas occidentales de Africa. Los cartagineses, preocupados del comercio exclusivo que se habían creado, ocultaban cuidadosamente las rutas a las otras naciones, y los griegos no obtuvieron más tarde sino confusas nociones sobre algunas islas del

(1) Quapropter quid de Atlantis insula mari submersa Plati narrat in Timæo, falsum prorsus est, atque impostura Chaldaeorum, qui antiquitatis opinione multa eismodi mendacia narrabant Graecis, dicentes se plus quam quadraginta mille annorum historiam habere (De Sacra Philosophia, Apud Haeredem Nicolay Benilaquæ 1587. pág. 412).

(2) "Política Indiana", 1703, en Amberes, pág. 13.

(3) Expositiva, pág. 467.

(4) Historia Literaria de España, 1766, T. I. pág. 290.

(5) Edad geológica de las islas Atlántidas y su relación con los continentes (Boletín de la S. G. de M., T. 16. 1884).

(6) Boletín de la A. de la H., Tomo XVII, pág. 357.

(7) De origine gentis Americanæ, pág. 100.

(8) Uckert.—Geograph. der Griechen.

(9) Réflexions impartiales sur le progrès... 1819.

(10) L'Atlantide de Platón expliquée scientifiquement. (Nancy. 1865.)

Océano. Parece que fué Platón el que aportó la primer nueva de su existencia, a su vuelta del Egipto. Lo que aprendió allí le pareció tan nuevo, tan desconocido en la Grecia, que no dudó en situar en aquellos lugares el teatro de sus especulaciones políticas y morales.

Al descubrirse islas tan vecinas del Atlas, a una de ellas se le dió el nombre de Atlantis, como se había dado ya el nombre de Atlántico al Océano donde se encontraba. Sería apartarnos del objeto de nuestras investigaciones el demostrar, no la futilidad de los vanos detalles de la descripción que hace Critias, sino la multitud de inverosimilitudes, de disparates, que Platón ha extendido en su relato, y todos los extravíos en que han caído nuestros escritores modernos buscando el emplazamiento de tal isla fantástica, que el filósofo de Atenas había creado y que había vuelto a abismar en el fondo del océano para que nadie la buscara después de él.

Plinio (Lib. II. cap. 92) habla de la Atlántida de Platón diciendo que es preciso creer que ha existido y que ha desaparecido. En seguida habla (Lib. VI, cap. 36) de otra Atlántida situada frente al monte Atlas, a cinco jornadas de navegación del promontorio de "los durmientes", que nosotros identificamos con el cabo Nun; añadiendo que después de este promontorio la costa avanza en el Océano directamente hacia el W. Si se toma la pena de mirar la carta de esta región, se reconocerá que poco después del cabo Nun, la costa corre derecha al occidente durante un largo espacio, y que es el solo sitio de la costa occidental de Africa que presenta una dirección parecida y bastante sostenida. Es, pues, hacia estos lugares donde nosotros debemos encontrar todavía esta nueva Atlántida. Si Plinio ha creído deber distinguirla de la de Platón, es que únicamente ocupado en compilar todo lo que encontraba sin combinar sus materiales, no se apercibió del doble empleo que hacía. Las islas de Fuerteventura y Lanzarote, distantes 40 ó 45 leguas del cabo Nun, a cinco días de navegación en viaje no directo, podían significar la isla de que habla Aristóteles y, por consiguiente, la Atlántida de Platón (1).

Letrone dice en su obra "Essai sur les ideés cosmographiques

(1) Recherches sur la geographie systematique et positive des anciens (Paris, 1798.)

qui se rattachent au nom d'Atlas" (1): "La fábula de la Atlántida, que Platón cuenta y amplifica sin duda en el Timeo y en el Critias, ha sido sacada de un poema mitológico-político que Solón compuso al fin de su vida para revelar el coraje y el valor de los atenienses. Muestra a los sacerdotes de Sais como autores del recitado principal, como un medio de presentar verosímil el argumento."

Para Barker-Webb y Sabin Berthelot ("Histoire Naturelle des isles Canaries", 1836-1840), los diálogos de Platón, fijando la atención de la antigüedad sobre la famosa Atlántida, no han hecho más que añadir una ficción más a los viejos anales de nuestro globo.

Freret (2) y Cousin (3) creyeron que todo lo que dijo Platón era un recitado filosófico imaginado para tener ocasión de dar un modelo de gobierno conforme a las ideas de la República. Villemain (4) resucitó las ideas de que no era más que un adorno literario. H. Martín (5) atribuyó la Atlántida a invención de los egipcios, que habrían buscado este camino para captarse las simpatías de Grecia. Bladé (6) creyó que era una alusión a las victorias de los griegos sobre los persas. El sabio historiógrafo Max Dunker (7) piensa que Solón no pudo tomar en Egipto la fábula de la Atlantis, pues esta palabra, derivada de *atal*, quiere decir la región de la oscuridad, de la puesta del sol; el mar occidental, en el cual va a reposar Baal, o sea Melkart, después de haber celebrado las sagradas bodas. Ciertamente es—añade—que los egipcios conocían la campiña de Ra, morada de las almas que despertaban a la luz, pero nunca llegaron a las columnas de Herakles, y no colocaban el reino de los bienaventurados en Occidente, sino en Oriente, donde tenía su morada Ra, dios del sol.

También para Renard (Cong. americanistas de Bruselas, 1879) Atlantis fué un mito, lo mismo que nuestro P. Feijóo (Teatro Crítico. IV, dis. 10.) y Konrad Krestschmer (Die Entdeckung Ameri-

(1) Págs. 142 y 11.

(2) Obser. gener. sur la Geogr. anc.; (Nuev. Mem. de la Acad. de Inscríp. T. XVI.)

(3) Oeuvres de Platón, traduites par Victor Cousin, tomo XII, París. 1839.

(4) Essai sur les Romains Grecs. París, 1858.

(5) Etudes sur le Timée de Platón. París, 1481.

(6) Histoire des Basques, pág. 508.

(7) Historia de la Antigüedad, T. VIII, pág. 331, nota 3.

ka's in Ihrer Bedeutung für die Geschichte des Weltbildes, 1892), para quien el origen del mito estaría en las observaciones ya realizadas en la época de Platón sobre la invasión y retirada de las aguas sobre las tierras, obteniendo así una expresión poética de realidades científicas.

Para S. Gsell (*Histoire ancienne de l'Afrique du Nord*, 1913, página 328), Atlantis no ha sido mencionada más que por Platón y sus lectores. Es absurdo suponer que entre Solón y la época en que lo relata Platón nadie hubiera tenido conocimiento del relato; existiendo además contradicción entre el *Timeo*, que indica se poseían sólo recuerdos, y el *Critias*, indicando la existencia de notas.

Desde distintos puntos de vista lo niegan también William Diller Matthew (*Plato's Atlantis in paleogeography*; *Proc. Nat. Acad. Sci. T. VI*, 1920), suponiéndolo mera fábula. y F. Márquez Miranda (*Sobre Atlantis*; *Humanidades*, T. V. 1922).

* * *

Si todas estas autoridades negaron el continente perdido de Platón, ha habido y hay otras muchas que jamás dudaron, ya por la ciencia, ya por la autoridad de aquel genio ilustre. Desde el Renacimiento que, como he dicho, volvió a la luz la cuestión de la Atlántida se ha sostenido, entre otros muchos que podría citar, por Marsilio Ficino (1) comentador de Platón, por Juan de Serres que dijo que todo lo que contenía el diálogo era enteramente histórico e identificó el discurso de la creación con los textos del mosaísmo (2) y también por Paulo Scherlogo en sus disertaciones sobre antigüedades hebráicas (3). No dejaré de citar a uno para quien la Atlántida era dogma, me refiero al P. Gregorio García, autor de un libro poco conocido, pero que contiene multitud de noticias interesantes, algunas de las cuales se han dado luego como novedades; el libro

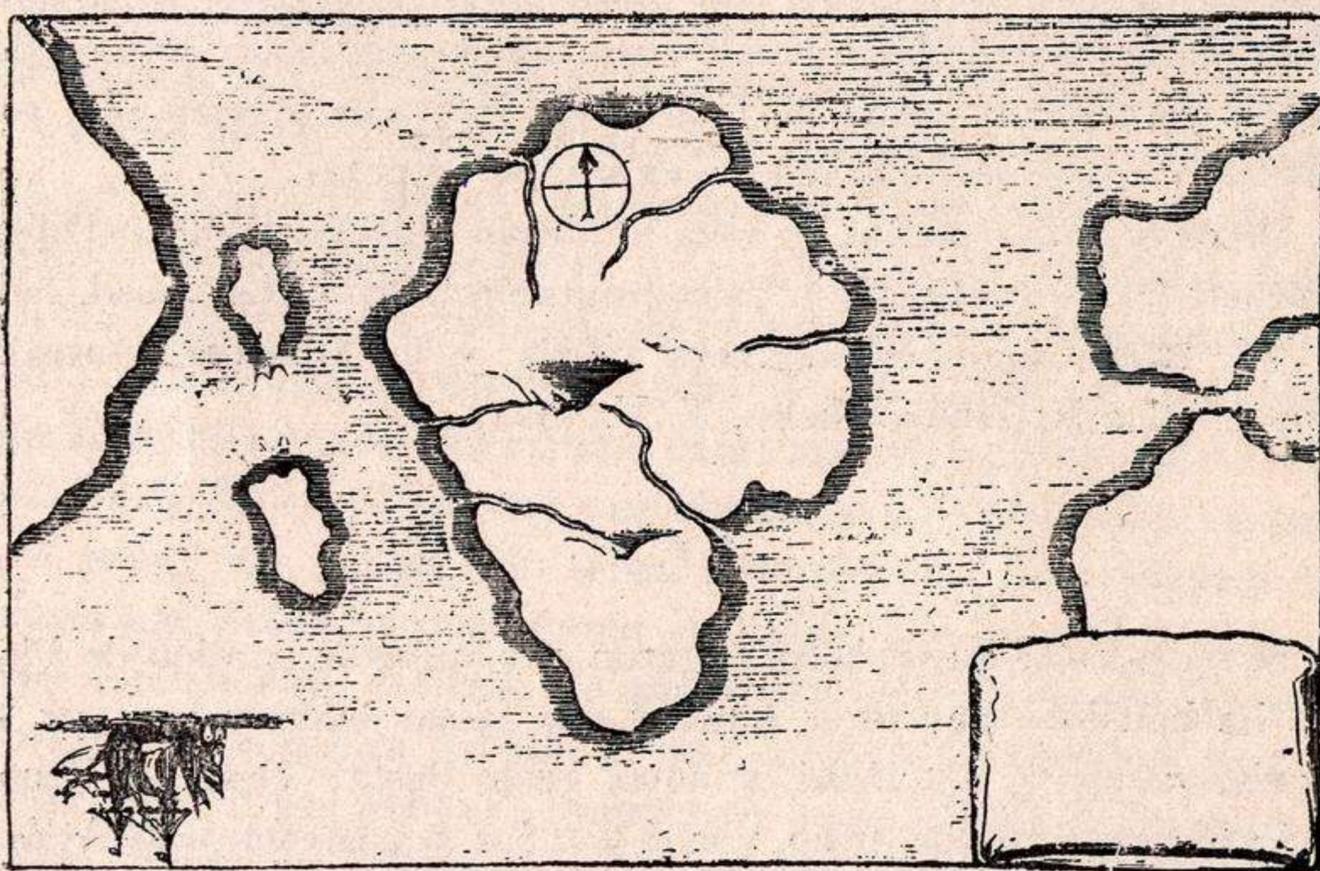
(1) *Philosophi Platonici*. in secundo tomo, fol. 1485. Basileae, 1561.

(2) *Obras de Platón*. Edición greco-latina de Enrique Esteban, comentario de Juan Serres. París, 1878. Dice el comentador, refiriéndose al *Critias*: Est hic dialogus Timaei maioris appendix, de prisci historia mundi... Est ergo omnis huius dialogi sermo plane historicus, cuius finis et substantia est primaevi illius saeculi commemoratio (T. III, pág. 105).

(3) *De antiquitatis, haebrea dissertationes* (3. Sect. 2, núm. 9):

es el titulado “Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias occidentales” (1). Algunos años después publicaba Bernardo de Aldrete su “Antigüedades de España y Africa” (1614), donde identificó las Hespérides con las islas Atlántidas.

Citaré también a Kircher (1655) (2), que repitió especies que enunció Genebrardo en 1580, y en el mismo orden de ideas al célebre botánico Tournefort.



Situación de Atlantis, según el P. Kircher. Las Azores y las Canarias serían vestigios del continente hundido.

Para este último, autor de “Relation d’un voyage dans le Levant” (1717. T. II), el Mediterráneo era primitivamente un lago cuyas aguas se precipitaban sobre el Océano, hundiendo la gran isla.

Pellicer en su “Aparato” identificó la monarquía del falso Beroso con la de la Atlántida y vió en Cádiz la capital de un importante estado.

Pero con quien empezó a organizarse científicamente fué con el famoso conde de Buffon, que en su “Historia y teoría de la Tierra”

(1) Valencia, 1606-1607, Pedro Patricio Mey.

(2) Oedipus aegyptiacus (I, 9-1. pág. 71). Roma, 1654. Mundus Subterraneus (I, 12, 4). Amsterdam, 1665..

defendió la idea de la supervivencia de islotes después de la ruptura de continentes (1). Hablando de las Antillas, dice: "Si se examinan comenzando por la de la Trinidad, que es la más meridional, no podrá dudarse que así aquella isla, como la de Tábago, Granada, las Granadinas, las de San Vicente, la Martinica, María Galante, la Deseada, Antigua y la Barbada, con todas sus adjuntas, forman una cordillera de montañas cuya dirección es de Sur al Norte, como lo es la de Terranova y la tierra de los esquimales. Después, la dirección de éstas cambia de Levante a Poniente, desde la Barbada hasta Cuba. Todas están tan próximas unas a otras, que pueden considerarse como una faja de tierra continuada y como partes alteradas de un continente sumergido."

Masdeu insinuó que los antiquísimos gaditanos visitaron América por tierras de la Atlántida (2). Para ser breve, sólo mencionaré al cosmógrafo de Indias Juan Bautista Muñoz (3), a Mentelle (4) y al fundador de la filosofía comparada, Hervás y Panduro (5).

El geólogo Bory de Saint-Vicent (6), aunque fantaseando respecto de los canarios, fundó científicamente el más divulgado concepto moderno acerca de la Atlántida.

Citaremos también al marqués de Mondéjar (7); al célebre historiador de las islas atlántidas, d'Avezac (8); al fantástico cronó-

(1) Ha. y teoría de la Tierra, Discurso 2.—Teoría de la Tierra, T. 6, art. XIX.—Épocas de la Naturaleza. época 6.

(2) Historia crítica de España.

(3) Historia del Nuevo Mundo. T. I, Madrid, 1798.

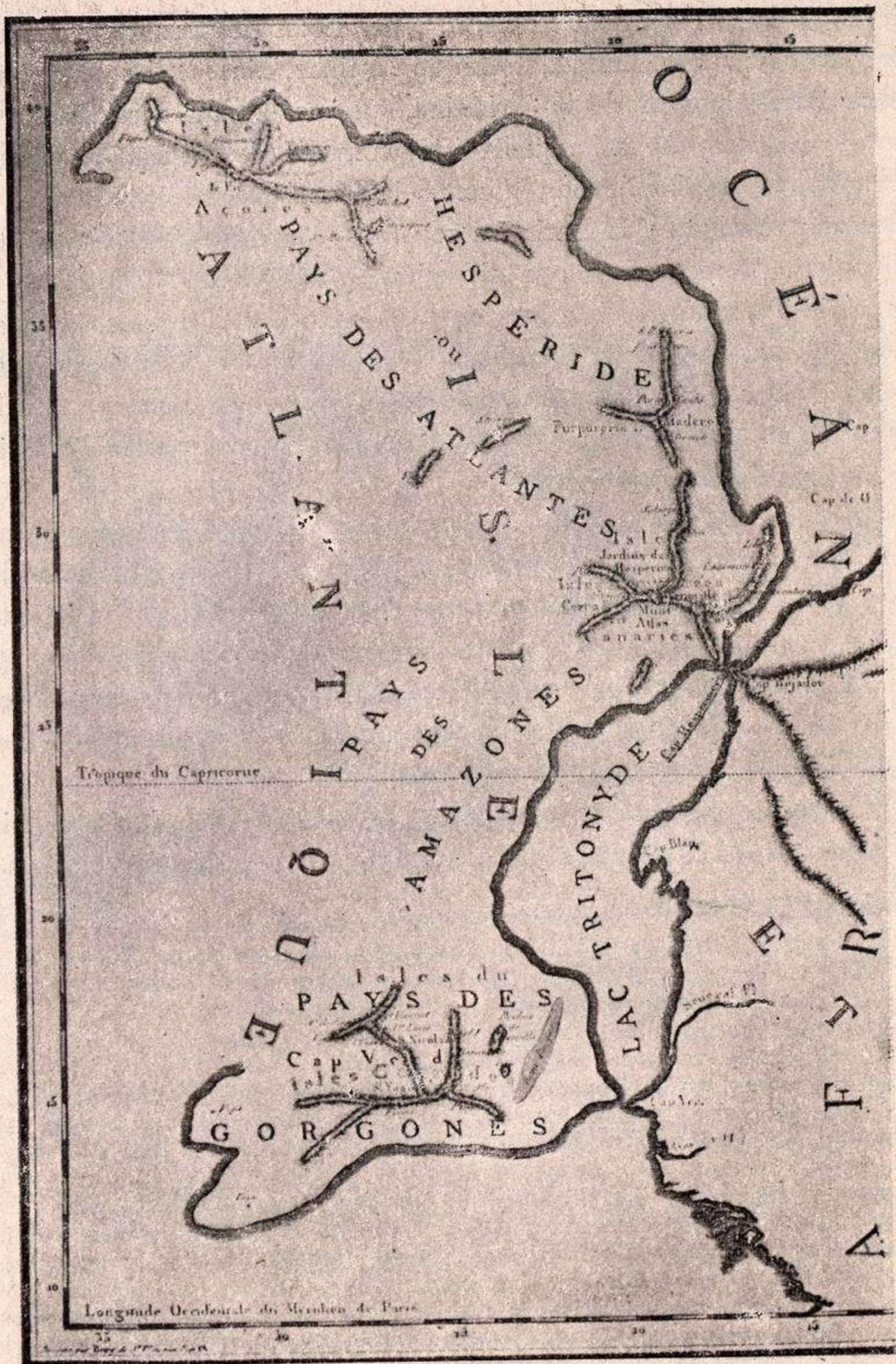
(4) En la Encyclopedie, art. Atlantica insula.

(5) Catalogo de las lenguas de las naciones conocidas. Madrid, 1800. Los caribes de la Florida salieron de ésta antes de la sumersión de la célebre isla Atlántida, que estaba entre Africa y América... (Tratado I, cap. VII, páginas 390-91.

(6) Essais sur les iles Fortunées et l'antique Atlantide. París, 1802.

(7) Cádiz phenicia, Madrid, 1805. Cornelio Polistor asegura enseñó Abraham a los egipcios que había sido Enoch, bisabuelo de Noé, el que enseñó la Astrología. y que aunque los griegos atribuían a Atlante su invención, Enoch y Atlante eran el mismo, y este personaje es el mismo que los orientales celebran como autor de las ciencias ocultas. dándole el nombre de Adris, que Saïdo Bactricides y G. Abulfaragio aseguran era árabe. En cuanto al autor de "Casa de Melchisedech", citado por Atanasio Kircher, dice: nació de aquí el que todos los que después florecieron en el mundo excelentes en las ciencias y en la noticia de las artes ocultas se llaman *Adris*, esto es, investigador de las cosas secretas".

(8) Iles de l'Afrique (Nouv. anna. des Voya.). Etudes de geographie critique sur l'Afrique septentrionale. París, 1836.



Atlantis y el lago Triton, según Bory de Saint-Vicent.

logo Rodier (1), al conocido americanista Paul Gaffarel, que supuso que la Atlántida estuvo ocupada por la misma raza negra o cobriza que había ocupado antes que la blanca el Egipto, la Libia, Iberia y Etruria, y que los actuales indígenas de América serían supervivientes de la Atlántida (2).

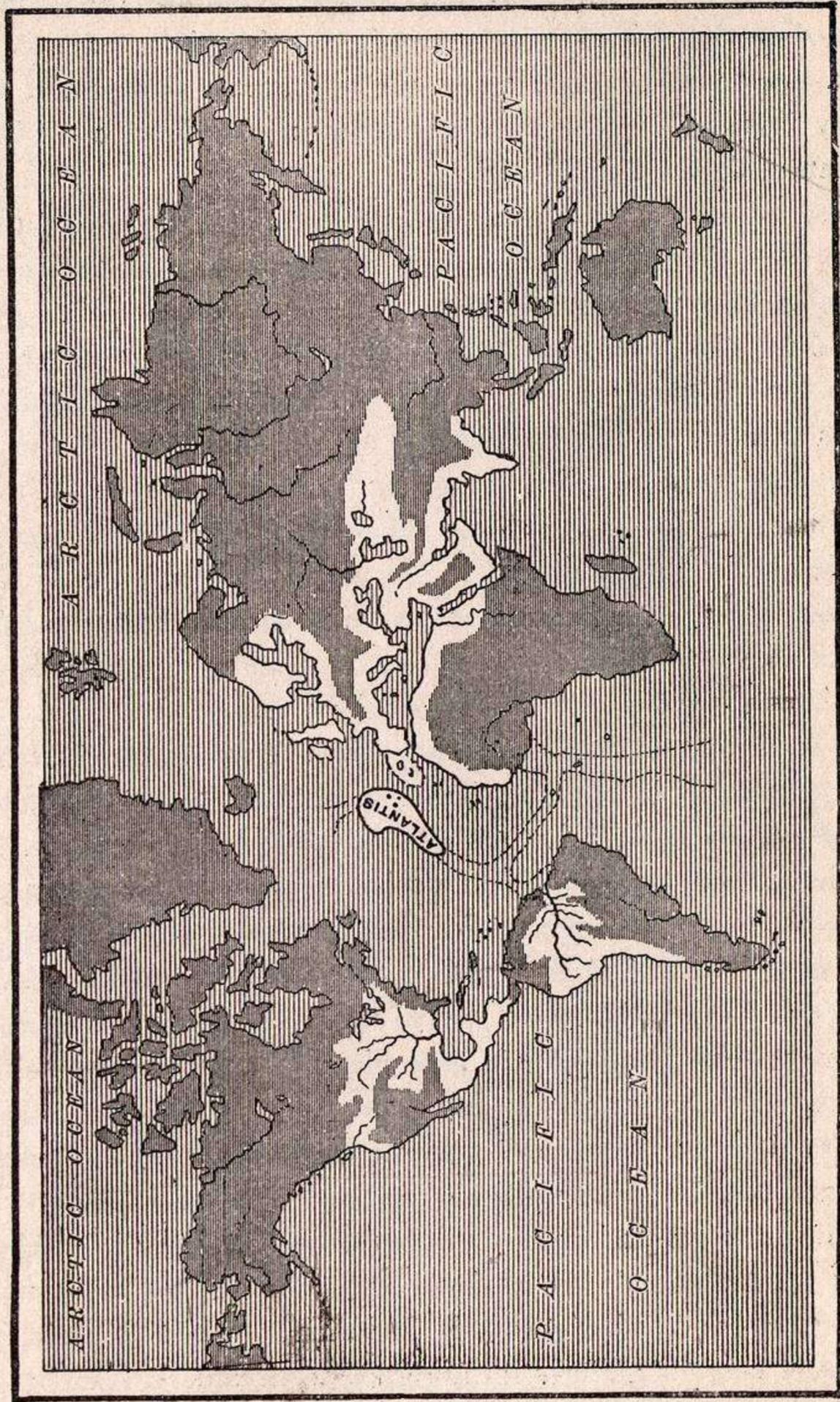
Roisel supuso en los atlantes una floreciente civilización e indica que “en tiempo de la conquista de Méjico, los insulares de las Antillas contaron a los españoles que todas aquellas islas habían formado un solo continente, pero fueron súbitamente separadas. Según las tradiciones locales, el Yucatán estaba unido a Cuba, y decían los caribes que las rompientes de aquella mar eran formadas por un gran remolino de sus aguas; los habitantes de California guardaban el mismo recuerdo, y los pueblos del Orinoco llaman a aquel desastre “catenamonoa”, o sea sumersión en el gran lago”. Y añade: “Una leyenda haitiana atribuye también la formación de las Antillas a una súbita inundación; finalmente, una leyenda de la tribu africana de los Amakona menciona una catástrofe a consecuencia de la cual la gran isla de Kassipi desapareció en el Océano”.

En prueba de su hipótesis llama la atención sobre las analogías de la flora miocena de la Europa central y la flora actual de la América oriental. La región que se extiende entre la Galia, parte de Italia y N. de Africa sería el foco de una vasta colonización cuya influencia se extendió al E. y al O, y cuyos efectos serían inexplicables si no hubiera existido un pueblo tan numeroso como civilizado, precisamente en el sitio que la geología y la tradición asignan a la Atlántida. Esta gran nación estuvo mejor situada que cualquier otra para descubrir pronto el cobre y el estaño, y el tipo especial de sus armas se encuentra idéntico en sus primeras colonias.

Hace notar que la civilización mejicana se parece a la egipcia: “Llama la atención de los viajeros en nuestros días la semejanza que existe entre los indígenas de América y el tipo egipcio, y de esto a creer colonos atlantes los antiguos señores de la América central y de Egipto no hay más que un paso.”

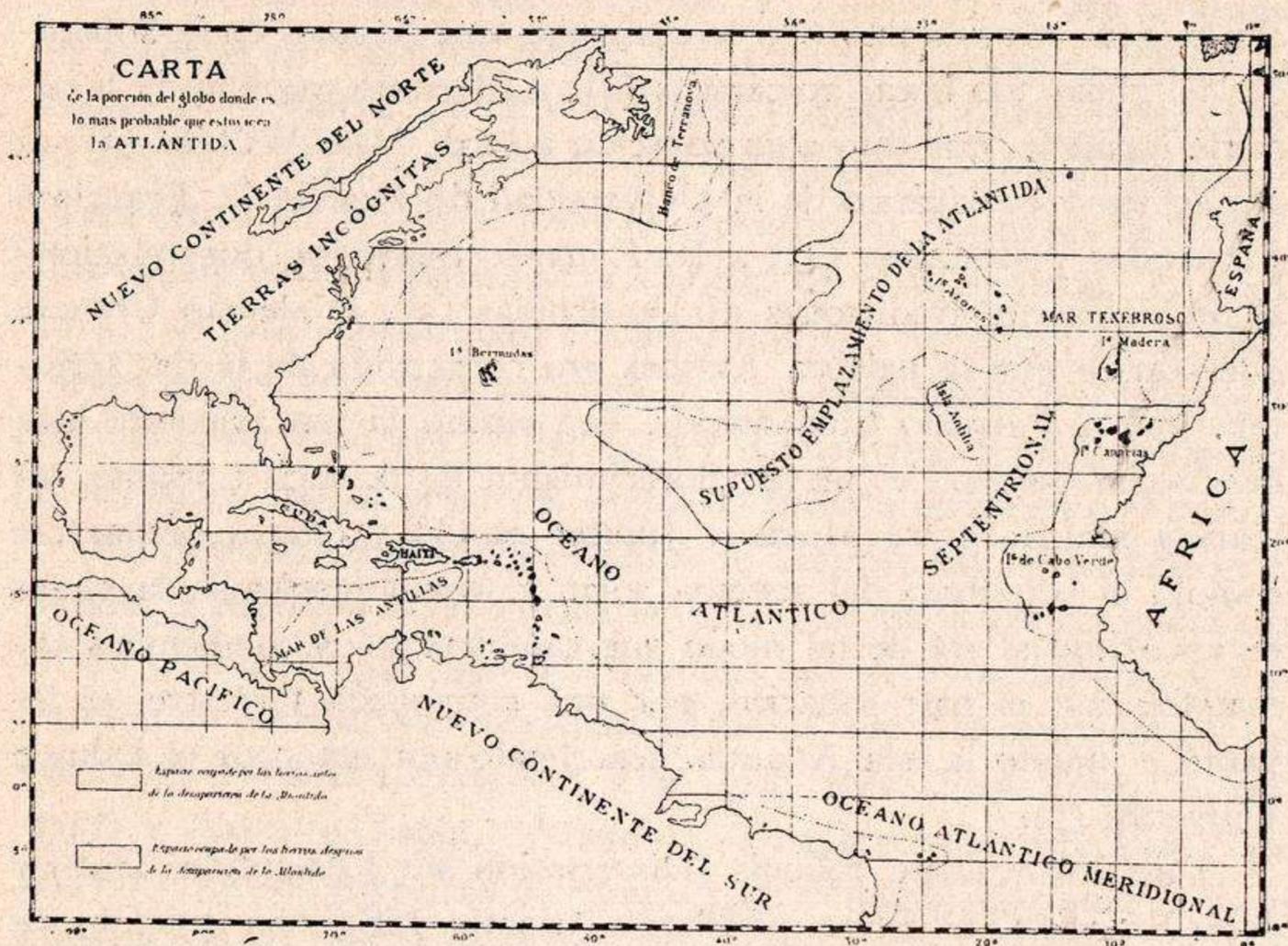
(1) Antiquité des races humaines, París, 1864.

(2) Etude sur les rapports de l'Amérique et de l'ancien Continent avant Christophe Colomb. París 1869. L'Atlantide (Revue de Géographie, Avril, Sept., 1880.)



Atlantis, según Ignatius Donnelly

Los fenicios, iberos, cuchitas, serían descendientes de los Atlantes, que les enseñaron el bronce, la industria metalúrgica, el dogma de la luz, etc. “Los atlantes han debido ser los iniciadores, los instructores de la antigüedad, ejerciendo un apostolado universal que supone en este pueblo extraordinaria cultura.” La Atlántida



Atlantis según Montojo. La desaparición pudo ser motivada por la erupción de más de 270 bocas volcánicas del sistema andino, elevándose el suelo de ambas Américas, motivando olas gigantescas que hundieron Atlantis al mismo tiempo de abrirse el Estrecho de Gibraltar, formándose el actual Mediterráneo.

se extendía del Africa a la América central y las islas Antillas, y algunas otras son los restos del vasto continente sumergido (1).

Citaremos también a Ameghino (2), a Chil y Naranjo (3); a Novo y Colson (4), que limitó la Atlántida al banco de las Azores; a Ignatius Donnelly (5), que dió al alfabeto maya una antigüedad

- (1) Les Atlantes. Etudes antéhistoriques. París, 1874.
- (2) Antigüedad del hombre en el Plata. París, 1880.
- (3) L'Atlantide (Congrès international des Americanistes. Nancy, 1875. Tomo I, pág. 163).
- (4) Ultima teoría sobre la Atlántida. (Bol. de la S. G. de M., T. 7) y en las publicaciones del Congreso de Americanistas de Madrid, 1881.
- (5) Atlantis: The antediluvian world., London and Edinburgh (1882).

igual que a los europeos, siendo la Biblia eco de un libro Atlante; a Marcela Wilkins (1), que para dar novedad a su tema inventó un continente en el Pacífico que, hundiéndose, anegó América y sumergió la Atlántida; a Federico Botella, que opinó que la Atlántida desapareció hacia mediados de la época cuaternaria, coincidiendo con el gran movimiento tricerrectangular que señalan en la superficie del globo 300 bocas volcánicas (2); a Montojo, capitán de la armada española, que dijo algo parecido a lo de Miss Wilkins (3); al académico y catedrático de la Universidad de Madrid D. Francisco Fernández y González (4); a D. Eduardo Saavedra, que relacionó el problema con tradiciones de los druidas (5); al alemán Cronau, que supuso que la palabra Antillas era corrupción de la de Atlántida (6); a Patroclo Campanakis, que emitió la extravagante idea de que en tiempo del mayor florecimiento de la nación atlante, un planeta situado entre Marte y Júpiter estalló y que al deshacerse rompió el equilibrio del sistema solar y, como resultado, la tierra se aproximó al sol de tal modo que cambiaron sus condiciones climatológicas; el mar saharico, por una convulsión terrestre, se levantó e inundó la isla Atlantis, acaeciendo por entonces el Diluvio Universal (7).

También el abate Jolibois (*Dissertation sur l'Atlantide*, 1846) y John Francis (*The Secret of Plato's Atlantis*, 1885) han insistido sobre los clásicos puntos de vista. Para Hirmenech (*Les celtes et les monuments celtiques, leur origine certaine. L'Atlantide et les Atlantes*, 1906), judíos, armoricanos e iberos serían originarios de Atlan-

(1) Hypothese sur la Disparition de l'Atlantide. (C. I. des A. de Bruxelles. C. I. de A. de Madrid, 1883. T. I, pág. 131).

(2) La Atlántida. Pruebas geológicas de su existencia, fauna, flora, situación y época de su hundimiento. Madrid, 1884.

(3) De cómo pudo existir la Atlántida. (Revista general de Marina. T. 16, 1885.—El Centenario, T. III, 1892).

(4) Viajes de exploración por el Atlántico anteriores a Colón y Vasco de Gama. (Rev. de España, 25 de Dic. 1885.) Primeros pobladores históricos de la Península ibérica, Madrid, 1890.

(5) Ideas de los antiguos sobre las tierras atlánticas. Madrid, 1891.

(6) Ha. de América. (Trad. del alemán. Barcelona 1892.) Pero William H. Babcock ha demostrado, al parecer, en su "Atlantis and Antilla" (*The Geographical Review*, Nueva York, T. III, 1917 y T. IX, 1920) que el nombre de Antillas no aparece hasta el siglo XVI y que deriva de Anti-ila o Ante-illa.

(7) La communication de deux mondes par l'Atlantide avant le Deluge.—Extractado por Saavedra en el B. de la A. de la H., Tomo 29.

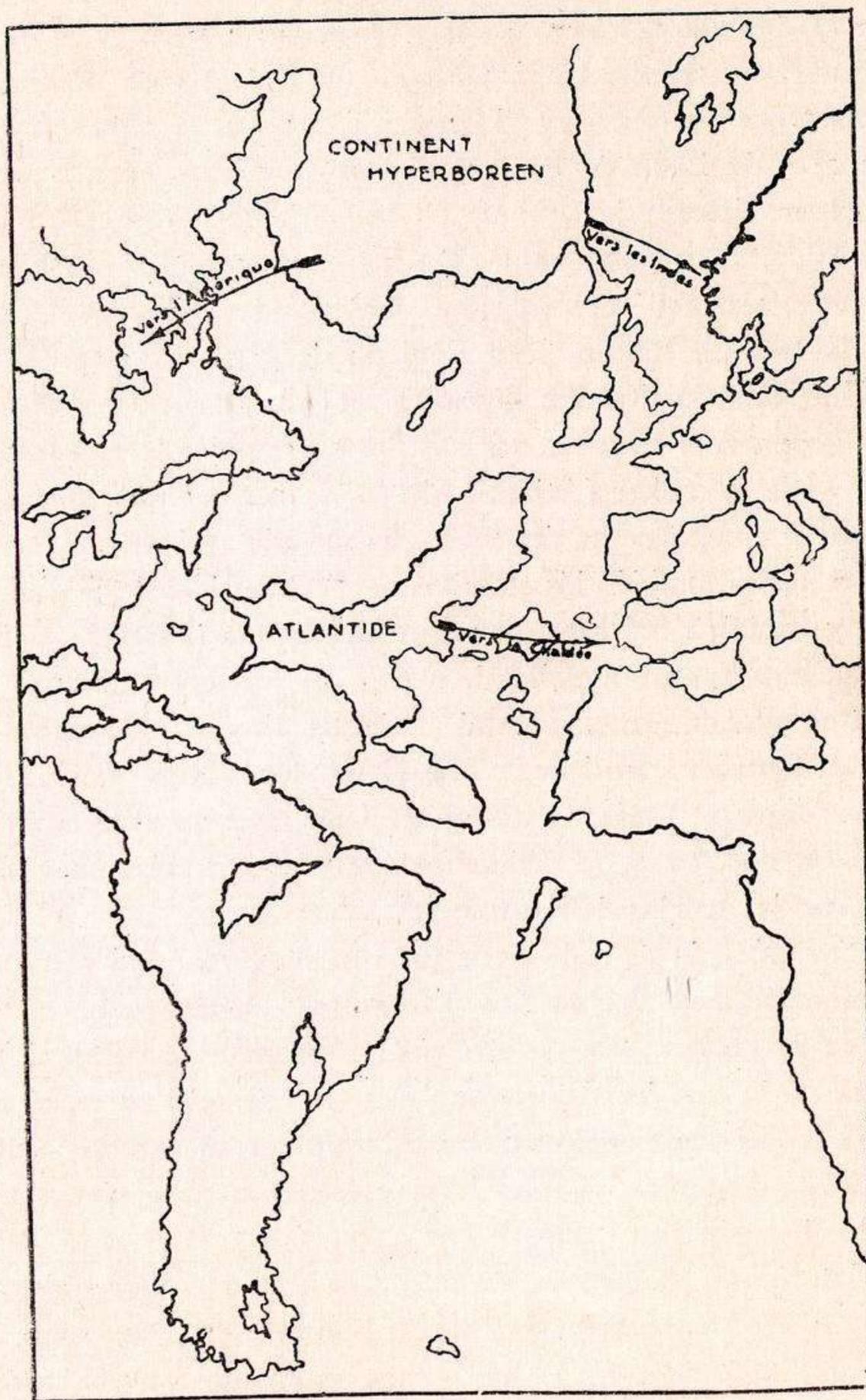
tis. G. Mahondeau ha señalado en relación con el relato platónico, cómo en Grecia existían ocho siglos antes de nuestra Era tradiciones de catástrofes geológicas ocurridas en el Atica y en el S. de Italia (*Les traditions relatives a l'Atlantide et a la Grece préhistorique transmises par Platon*, Rev. d'Anthr. T. 23, 1913). Citaré asimismo los trabajos de León de Rosny (*L'Atlantide historique*, 1902); del irónico Juan Valera; de Otto Wilckens (*Atlantis*; Geolo. Rundschau, B. IV, H. 7, 1913), afirmando que los mismos relatos de Herodoto ya no deben ser considerados como cuentos; de Montesus de Ballore (*La Atlántida de Platón*, Rev. Chilena de Hist. y Geog. T. XVI, 1915); de Kate Qualtrough (*Atlantis and the Ancients*; Jour. Manchester geogr. soc. 1921-22, págs. 77-79), resumiendo la teoría de I. Donnelly; de Wencker (*Atlantis, der Roman einer untergegangenen Welt*, 1924), que, a pesar del título, ha tratado seriamente el asunto.

En América también los estudios de Termier han despertado gran interés, y Rudolph Schuller piensa que algún día la ciencia podrá decirnos quiénes fueron aquellos hombres que vivieron, amaron y trabajaron en aquella isla occidental (*Atlantis, the lost continent. A review of Termier's evidence*; The Geog. Rev. New York. T. III, 1917) y Augusto Tapia, "Atlántida: Una leyenda misteriosa" (*La Nación*, Buenos Aires, 18 diciembre 1921) intenta relacionar la vieja leyenda con las teorías de la geología clásica.

Según Arldt, la leyenda tiene un fondo de realidad y ha nacido por combinación de dos hechos diferentes: de una parte, el hundimiento en época histórica de una vasta extensión de tierra al W. de Portugal, de la cual las Azores son el resto; de otra parte, el ataque contra Grecia de un pueblo tirreno habitante en un territorio del que no resta hoy más que las islas Elba y Córcega. (*Die plat. Atlantis*, Berl. Wochenschr. 40, 1920).

J. Gattefossé (*A propos de l'Atlantide*, La Géographie, 1923, núm. 5) y R. M. Gattefossé (*Adam, homme tertiaire*, 1919, y *La vérité sur l'Atlantide*, 1923) han consagrado numerosos estudios al problema. Para el último, en las indicaciones del sacerdote egipcio a Salón hay que ver una alusión a la precesión de los equinoccios, y distingue entre la Atlantis de Bailly, identificable con el continente hiperbóreo, y la Atlantis de Platón—Edén bíblico—poblada por hiperbóreos. Desplazamientos de los polos motivaron en los lugares

habitados la desaparición brusca del sol, acompañado todo esto de fenómenos volcánicos intensos.



Atlantis según R. M. Gattefossé.

R. Dévigne (Un continent disparu, L'Atlantide, 6e partie du monde, 1923) invita al mundo científico a sondear en las profundi-

dades marinas para hallar la vieja isla de Platón (Véase también “Les hypothèses contradictoires sur l’emplacement de l’Atlantide, Les Etudes atlantéenes”, 1927).

En estos años el movimiento bibliográfico sobre Atlantis ha crecido extraordinariamente. Poseemos la obra española de J. F. Amador de los Ríos (“Atlántida. Estudio arqueológico, histórico y geográfico”, 1925), donde se engloba en el conjunto de Atlantis el Africa menor, y el “Mercure”, de Francia, en los meses de febrero a junio ha consagrado numerosas páginas a un controversia sobre el problema entre Le Cour, Coussin (niega la existencia), Gattefossé y Dévigne.

Lewis Spence ha consagrado varios estudios a las relaciones entre la civilización del viejo mundo y el Nuevo Continente. En “The problem of Atlantis” (1924) ha tratado de las demostraciones geológicas, biológicas, prehistóricas, tradiciones americanas y europeas, de los recuerdos de Atlantes en el “Popol Vuh”, etc.

* * *

En los últimos trabajos de A. Shewan (Class. Jour. 1927-28. p. 615); R. Stüber (Deutsche Rundschau, 1927, pág. 161); H. Herte “Platons Atlantis” (Bonner Jahrbüchern, cuaderno 133, 1928); Berard “L’Atlantide de Platon” (Ann. Géo., 1929, págs. 193-205); O. Silbermann “Un continent perdu: L’Atlantide” (1930), y A. Bessmertny “Das Atlantisrätsel” (1932) se halla la crítica de las últimas publicaciones y teorías.

Atlantis y los teósofos

No hay quizás viaje más sugestivo que el de recorrer los libros de los teósofos, y en general de los investigadores de las ciencias ocultas, para hallar una explicación del origen de la Humanidad y de los más altos poderes mentales del hombre. El tema de los viejos puentes continentales de general aceptación en la geología clásica es predilecto de los teósofos que ven en Atlantis, Lemuria o Pan el origen de la hominación e incluso la morada de seres superiores venidos de otro planeta a cumplir en el nuestro un fragmento en la rueda incontable de las reencarnaciones.

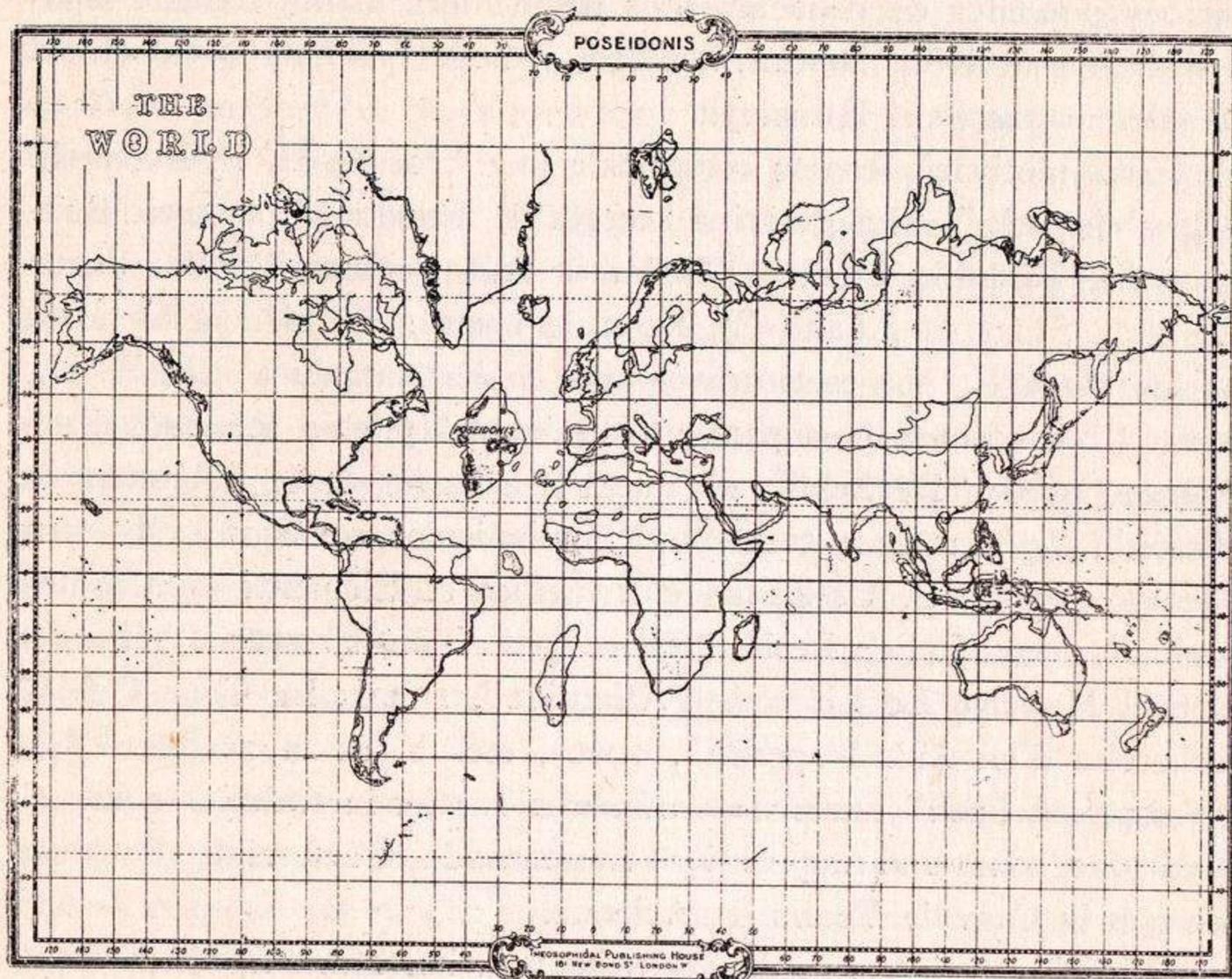
Lemuria sería el continente de la evolución de la bestia al hombre;

Atlántida, el de la posesión de los más altos poderes mentales de la Humanidad, destruído por hacer mal uso de lleos. Los gigantescos monolitos de disposición y orientación astronómica perfectamente definidos y que no guardan geológicamente relación con el terreno



Atlas soportando el mundo, según una escultura del Museo Nacional de Nápoles, comparado con el dios mejicano Quetzalcoatl. (Según Lewis Spence)

en que hoy se hallan, mostrarían el paso de seres dotados de asombrosa civilización, ya desaparecida de la faz de nuestro planeta. Así también los colosos de Bamián, en el Asia central. Las gigantescas esculturas de la isla de Pascua, en el Pacífico—cuya identidad fisiológica con los actuales indios americanos señalan los sabios oficiales sin ver nada milagroso—son para los ocultistas retratos de una



Atlantis desde la catástrofe de hace 80.000 años hasta el hundimiento final de la isla Poseidonis, el año 9544 antes de J. C.
(Del libro de Scott-Elliott "Story of Atlantis").

poderosa raza desaparecida y sumida en la brujería antes del hundimiento del viejo continente del Pacífico.

Suelen los teósofos, al ocuparse del problema de Atlantis, dar cierta base científica a sus consideraciones. Esto puede ser utilizable, a pesar de su falta de crítica, y han contribuido no poco a ensanchar el conocimiento del asunto con el interés que despiertan sus estudios. Mas hay una segunda parte en sus libros basada en revelaciones de grandes maestros o iniciados, y en procedimientos que hoy no nos

ofrecen suficiente garantía, que deben ser aceptados sin discusión en totalidad o rechazados de igual modo. La utilización de obras como las Estancias de Dzyan o de mapas secretos que representan el mundo hace millones de años, y hoy conservados en bibliotecas gigantescas en las grutas del Tibet, no puede merecernos demasiada confianza. Es curioso, sin embargo, señalar cómo un viajero, al parecer serio y poseedor de conocimientos de primera mano, como Ossendowski, en su libro "Bestias, hombres y dioses", señala la existencia de tales mapas en el Himalaya.

Estas motivaciones son comunes a los libros de H. P. Blavatski ("Isis sin velo", "La doctrina secreta"), Sinnett ("Escotéric-Budhism"), Rodolfo Steiner ("Atlantis and Lemuria"), W. Scott-Elliott ("Story of Atlantis"), Roso de Luna ("La ciencia hierática de los Mayas", "La escritura ógmica en Extremadura", B. A. H., 1904. "Nuevos aspectos para el estudio del pueblo atlante", Rev. Ateneo, 1906; "De Sevilla al Yucatán a través de la Atlántida de Platón", "¿Atlantes extremeños? Simbolismos arcaicos". Nuestro Tiempo, 1905); S. U. Zanne ("Principes et Eléments de Cosmosophia", 1902; J. Ben Leslie ("Sumerged Atlantis restored", 1911); Michel Manzi ("Le Livre de l'Atlantide", 1922); Le Cour ("A la recherche d'un Monde perdu", 1926), etc. Y en la revista "The Teosophical Path" numerosos números contienen trabajos sobre el particular, como uno muy curioso comparando el Laberinto de Cnosos con la Casa de Tcuhu en Arizona.

(Noticias de interés sobre el tema y la literatura teosófica en el libro de E. Dacqué: *Urwelt, Sage und Menschheit*, 1928.)

Es curiosa la suposición de Roso de Luna, que ve en el nombre de Antas, con que se designa a los hipogeos de la Iberia primitiva, una contracción de At-lan-tas, habitantes de la Atlántida, y supone que el nombre originario de Egipto es Atlantis, a su vez cuna de la raza semita.

Supone Sinnet que la cuarta raza humana, los Atlantes, alcanzaron su poderío durante el eoceno, comenzando a hundirse en tiempos miocenos, hasta la desaparición de su capital Poseidonis, hace 11.446 años. La desaparición de los Atlantes se debió al conocimiento de poderes como la desintegración y reintegración de la materia y dominio sobre los elementos, que al no estar resguardados por una

móral elevada de los peligros motivados por su abuso, la ley natural procedió a su represión violenta.

Esta idea de imaginar una civilización asombrosa anterior a todas las conocidas ha nacido al comprobar algunos investigadores en los pueblos antiguos ciertos conocimientos, especialmente astronómicos, sólo asequibles después de una larga evolución. Entre estos estudios seguramente son los más notables los del ingeniero Piazzzi Smyt sobre la Gran Pirámide (1) en Egipto, que señalan este monumento como un compendio de una enorme ciencia astronómica y matemática no compatible con lo que sabemos en general del antiguo Egipto.

Mauricio Maeterlinck da bien una idea general sobre el origen de esta misteriosa revelación, transmitida por pueblos hoy desaparecidos, en su libro "Senderos en la montaña":

"He ahí, en efecto, lo que no puede menos de pensarse cuando estudiamos un poco esa revelación primitiva, la sabiduría de otros tiempos y lo que de sí dió. *El hombre ha sabido más de lo que hoy sabe.* Acaso ignorase el enorme cúmulo de pormenores que nosotros hemos observado y clasificado, y gracias a los cuales hemos logrado domeñar ciertas fuerzas que él no pensaba en beneficiar; pero probable es que conociese mejor que nosotros la naturaleza, la esencia y el origen.

La alta civilización de la Humanidad, que la Historia hace remontar a tientos a cinco o seis mil años antes de Jesucristo, puede que en realidad sea mucho más antigua y, sin admitir lo que algunos afirman, que los egipcios hayan conservado archivos astronómicos durante un período de seiscientos treinta mil años, puede considerarse como un hecho probado que sus observaciones abarcaban dos ciclos de precesión, dos años siderales. o sea cincuenta y un mil seiscientos treinta y seis años.

Pero los egipcios mismos no eran iniciadores, sino iniciados, y tomaban cuanto sabían de un venero más antiguo. Lo mismo puede decirse también de los judíos en lo que se refiere a sus libros primitivos y a su cabala, y de los griegos, que si algo nos enseñaron acerca del origen y constitución del Universo y sus elementos y sobre la

(1) Our Inheritance in the Great Pyramid 1864; Life and Work at the Great Pyramid, 1867.

naturaleza de la divinidad, de la materia y el espíritu, lo hicieron por conducto de Orfeo, Hesiodo, Pitágoras, Anaxágoras, Platón, y los neo-platónicos, que eran asimismo iniciados, es decir, hombres que, pasando por el Egipto o la India, bebieron en la misma fuente única e inmemorial. Nuestras religiones prehistóricas, escandinavas o germánicas y el druidismo celta, las de la China y el Japón, Méjico y el Perú, a despecho de sus numerosas deformaciones, deriváanse también de ese venero; de igual modo que nuestra gran metafísica occidental, antes del materialismo contemporáneo, cuyas miras son un tanto rastreras y, sobre todo, las metafísicas de Leibnitz, Kant, Schelling y Fichte, se aproximan a esa revelación primera, y en ella han bebido, más o menos a sabiendas.

Es cierto, por lo tanto, que gracias a los griegos, a la Biblia y al cristianismo, que es su postrer eco, pues el autor del *Apocalipsis* y San Pablo eran iniciadores, estamos penetrados de esa revelación, que no tiene ni tuvo semejantes, que es la gran revelación humana o sobrehumana y que, por consiguiente, sería justo y saludable estudiar más atenta y profundamente que hasta aquí.

¿Pero dónde está la fuente de esa revelación? La situamos en Oriente, por ser en los libros sagrados de la India donde se encuentra casi todo lo que de ella sabemos. *Pero es casi seguro que sea de origen occidental o, mejor, hiperbóreo*, y se remonte a esos maravillosos pueblos desaparecidos, los Atlantes, cuyas últimas colonias Protosemitas florecían hace más de once mil años y cuya existencia no puede ya negarse.

El pasaje del *Timeo* es la primera luz que la historia propiamente dicha haya proyectado sobre el caos inmenso de los tiempos antediluvianos. Las investigaciones y descubrimientos modernos la han corroborado en todos sus puntos. Como dice Roisel, que ha consagrado a los atlantes un notable libro, menos conocido que los de Scott y Rodolfo Steiner, y que no deja ya lugar a dudas, “es cosa ya probada que mucho antes de los siglos históricos ya los atlantes habían adquirido una ciencia maravillosa, cuyos elementos apenas si empieza ahora a reconstituir la Humanidad, y cuyos restos más ingentes encuéntranse en las Galias, el Egipto, Persia, las Indias y la parte central del Continente Americano. Más de diez mil años antes de nuestra era, ya conocían la precesión de los equinoccios, las modifica-

ciones tan lentas que durante su curso sufren muchos astros y los mil secretos de la Naturaleza. Tenían procedimientos cuyos misterios aún no ha penetrado la ciencia moderna.”

Resalta de estos estudios que nunca sufrió la Humanidad desastre comparable a la desaparición de la Atlántida. Puede que necesite miles y miles de años para reparar esa pérdida y ponerse al nivel de una civilización que sobre el origen y movimientos del universo, la energía de la materia, las fuerzas ignotas de este mundo y de los otros, la vida de ultratumba, la organización social y la economía política, comparables a las de las abejas, poseía certidumbres, cuyos restos diseminados andamos ahora recogiendo con harta fatiga. Nada probaría mejor la inutilidad del humano desvelo que esa pérdida insustituible si no fuera porque, a pesar de todo, nos empeñamos en esperar.

Pueblos de metalúrgicos prodigiosos que habían descubierto el arte de temprar el cobre que aún andamos buscando; pueblo de ingenieros fabulosos, cuya geometría, al decir del profesor Smyt, comenzaba donde la de Euclides termina, levantaban y transportaban a distancias enormes, por medios misteriosos, moles de quinientas toneladas y diseminaban por todo el mundo esas fantásticas piedras movedizas llamadas “piedras locas”, “piedras de verdad”, bloques de quinientos mil kilos, tan hábilmente apoyadas en uno de sus picos, que un niño puede moverlas con el dedo, mientras que doscientos hombres, empujando con todas sus fuerzas, serían incapaces de derribarlas, y que geológicamente nunca pertenecen al terreno en que se hallan. Pueblo de exploradores que habían recorrido y colonizado toda la haz de la tierra; pueblo de sabios, de calculadores, de astrónomos que parecen haber sido ante todo racionalistas y lógicos implacables, de cerebro metálico, por decirlo así, cuyos lóbulos laterales estaban más desarrollados que los nuestros. No aplicaban sus incomparables aptitudes sino al estudio de las ciencias exactas, y la única mira de sus desvelos era la conquista de la verdad. Pero el estudio de lo invisible y de lo infinito, bajo sus miradas poderosas se convierte también en una ciencia exacta; y la idea madre de su cosmogonía, en virtud de la cual todo sale del océano de la materia cósmica o de las olas sin límite del eterno éter para tornar a él sin tardar mucho y volver a salir, desfigurada y recargada de innumerables mitos

por la imaginación de sus descendientes o de sus colonos degenerados encuéntrase en la base de todas las religiones, y es muy poco probable que el hombre llegue a descubrir jamás otra que valga lo que ella y pueda reemplazarla.

Atlantis en América

Al tratar del Renacimiento hemos citado algunas opiniones de los mantenedores de la idea que supone que las Indias descubiertas por Colón no eran otra cosa que la Atlántida de los antiguos.

Esta ha sido la opinión de otros muchos autores, ya asimilando Atlantis a Centro América y Antillas, ya en general al continente americano precolombino. Citaré sólo a S. Engel (*Essai sur cette question: Quand et comment l'Amérique a-t-elle été peuplée...* 1767); Cornelius de Paw (*Recherches philosophiques sur les Américains* 1768); J. B. Laborde (*Histoire abrégée de la mer du Sud*, 1791); Mac Culloch (*A Dictionary geographical...* 1841); A. Snider-Pellegrini (*La Création et ses mystères dévoilés...* 1859), colocando el nombre de Atlántida en América del Sur que aparece unida al continente africano, siendo esta lámina uno de los precedentes de la teoría de A. Wegener (1); León de Rosny (*L'Atlantide historique. Un continent englouti sous les flots*, en la *Mém. de la Soc. d'Ethnog.*, de París. T. XIII y XVI. 1875 y en otros trabajos); T. Vibert (*La race sémitique* 1883), etc.

Para Fawcett y M. G. Lynch (*Est-ce au Brésil qu'on doit rechercher le berceau de la civilisation?*—*La Science et la Vie*, junio 1925) la civilización ha nacido en el Brasil y ha llegado a Europa por Atlantis. Para Lynch, durante el terciario había cuatro islas en el espacio que debía ser América más adelante: el Brasil o Atlántida, la Guayana, la de Tupis—hoy desaparecida—y el continente de América del Norte. Los datos en que se apoya para su teoría no tienen verdadero valor: relatos indígenas, relaciones de buscadores de oro del siglo XVIII, elevaciones del suelo en el Atlántico, etc.

R. Requena (*Vestigios de la Atlántida*, 1932), cree que los hallazgos arqueológicos del W. de Venezuela, pueden ser aplicables a la Atlantis.

(1) El Diluvio universal, en el sexto día de la creación, determinó convulsiones tan violentas que el Antiguo Continente se vió separado de América.

Atlantis en Escandinavia

Olavus Rudbeckius en su "Atlántida" publicada en Upsala en 1675 tomó como guía el Edda escandinavo, imaginando Atlantis en la región circumpolar, y que "la remota y tradicional Upsala dueña de los magníficos templos de los dioses nórdicos y reino de la Ynglingaatten no es otra cosa que Poseidonis, la *ciudad de las Puertas de Oro*, el incomparable cautiverio de Clito, la doncella que supo conquistarse la voluntad y el amor de dios, que desde el fondo de los mares (su apacible morada vela por los navíos desamparados..." (1). Las columnas de Hércules, determinantes de la localización geográfica, estarían situadas a la entrada del Báltico.

Olaus Rudbeck no debió terminar su teoría, pues la continuación de sus cuatro tomos desapareció en el incendio de Upsala en 1702, muriendo de pena ese mismo año este sabio botánico, a cuya doctrina etnográfica—según la cual los pueblos marchan del N. al S.—se ha dado el nombre de Rudbeckianismo.

Esta idea, seguramente muy querida por los escandinavos, tuvo posteriormente partidarios como Jac Wilde (Hist. Sueciae pragmatica, 1731).

Véase también: Olavi Rudbeck filii "Atlantica illustrata/sive/Illustrium, Nobilium Principum atque / Regum / Insula / ubi et / Prisci Hesperidum Horti". Upsalis, 1733. Carolus Forslind "Observationes in Atlanticam O. Rudbeckii Senioris, Upsal 1800.

Atlantis en Spitzberg

El célebre alcalde de París e historiador de la astronomía Sylvain Bailly, publicó en 1779 unas cartas dirigidas a Voltaire, donde supone Atlantis en las actualmente heladas regiones del Spitzberg, Groenlandia, etc., construyendo, como decía Menéndez y Pelayo, una especie de novela filosófica. Un enfriamiento brusco de los países septentrionales habría hecho huir hacia el S. a sus habitantes, y a través de la Tartaria los Atlantes habrían franqueado el Cáucaso e invadido el viejo mundo. (Lettres sur l'Atlantide de Platon, et sur l'ancienne histoire de l'Asie, 1779).

(1) "La Nación". Buenos Aires, 18 diciembre 1921.

En su "Histoire de l'Astronomie ancienne et moderne" (1805) divaga deliciosamente sobre el origen de las más antiguas ideas astronómicas.

Para Bailly, el estado de la astronomía en Caldea, India y China muestra más los restos que los elementos de una ciencia. Son métodos muy exactos para el cálculo de los eclipses y no prácticas ciegas sin idea de los principios de estos métodos y de las causas de los fenómenos. Es difícil pensar que pueblos inventores de la astronomía no la hayan perfeccionado durante una larga existencia, siendo probable que sea obra de un pueblo anterior, realizador de grandes progresos, de los cuales ignoramos la mayor parte. Este pueblo debió ser destruído por una gran revolución. Algunos de sus descubrimientos, de sus métodos, de períodos que habían inventado, se conservaron en la memoria de individuos aislados por noticias vagas y confusas, más por conocimiento de los usos que de los principios; chinos y caldeos han practicado métodos que no entendían. La astronomía antediluviana tenía conocimiento de los 7 planetas: Sol, Luna, Marte, Mercurio, Júpiter, Venus, Saturno. En el mismo orden se encuentran entre los egipcios, indios y chinos. Este orden no es el de la distancia, del tamaño, ni de la luz; es un orden que parece arbitrario. Es imposible que el azar haya conducido separadamente a estas tres naciones a la misma idea de dar a los días de la semana el nombre de los siete planetas según un cierto orden; el azar no produce tales semejanzas. La división del zodíaco en 27 ó 28 partes, encontrándose en pueblos muy alejados, como los árabes, indios, siameses, egipcios y chinos, es incomprensible, a no ser que admitamos la existencia de un pueblo anterior a todos ellos.

Es curioso notar cómo estas ideas de remontar a los pueblos nórdicos el origen de la civilización, en este caso asimilándola al pueblo atlante—lo mismo que Rudbeck—tiene hoy un defensor en el erudito H. Wirth en su extenso libro "Der Aufgang der Menschheit" (1928) (Véase también sobre este punto: G. Mortillet, "L'Atlantide", en el Bull. de la Soc. Anthropol. de París. T. VIII, 1897, y "Observations sur l'Atlantide" en el mismo Bulletin, 1897. Verneau, "A propos de l'Atlantide", en el mismo Bulletin. T. IX, 1898. Y el libro poco crítico de J. Eraines "Le problème des origines..." 1914.)

Atlantis en Persia

Platón glorificando, en “Las Leyes”, la victoria de los griegos sobre los persas, ha podido motivar que algunos piensen que la Atlántida es la misma Persia vencida por Grecia. Esta fué la idea de Latreille en sus “Mémoires sur divers sujets de l’histoire naturelle des insectes, de géographie ancienne et de chronologie” (1819, imaginando las columnas de Herakles en el estrecho de Ormuz.

Atlantis en Palestina

El sueco J. Eurenus en su “Atlantica orientalis” (1754) y Fréd. Ch. Baër en su “Essai sur l’Atlantide” (1762) la identificaron con Palestina, encontrando relación entre los nombres de los doce hijos de Jacob y los hermanos de Atlas. Baër supone que las columnas de Hércules no estaban lejos del mar Rojo, es decir, en el templo de Melkart en Tiro.

Atlantis en el Mediterráneo occidental

Esta fué la idea del historiador Delisle de Sales (1675-1726) en su “Histoire nouvelle de tous les peuples du monde” (T. I. Hist. des Atlantes, y T. III), que la imaginó cerca de la región de Atlas creyendo que era la Ogygia de Homero.

(Véase también Fabre d’Olivet: “Letres à Sophie...” 1801 y “Etat social de l’Homme”, 1822, Thayer Ojeda. “La Atlántida, según la Mitología”, Nación de Sant. de Chile. 25 febrero 1923. “La prehistoria de España a través de los Mitos”, 1932, etc.)

Atlantis y la Scytia

El abate Bannier, en su obra “La Mytologie et les Fables expliquées”, hace salir a los Atlantes de la Escitia (T. II, pág. 21).

Atlantis y Lyctonia

Aunque el barón Alejandro de Humboldt se mostró escéptico respecto a la Atlantis diciendo que nunca la había encontrado en sus viajes, en su “Histoire de la Géographie du Nouveau Continent” es-

cribe: "Los problemas de la geografía mítica de los Helenos no pueden ser tratados con arreglo a los mismos principios que los problemas de la geografía positiva, puesto que se presentan como imágenes veladas de contornos indeterminados".

Y en otro lugar dice: "La destrucción de la Atlántida, a causa de terremotos, relaciónase con la antigua tradición de la Lyctonia, mito geológico que se refiere a la cuenca del Mediterráneo, desde la isla de Chipre y la Eubea, hasta Córcega, y que acaso en tiempos recientes, pero a imitación de la sabia escuela de Alejandría, sirvió para formar sistemas geológicos por las tradiciones primitivas de los helenos. Este mito de la Lyctonia, muy antiguo por cierto, que indicaba un peligro, una amenaza al Continente y a las islas griegas que los Atlantes quieren conquistar ¿sería poco a poco transportado al Oeste, más allá de las Columnas?" (Véase también "Cosmos", edición española. T. II, pág. 117).

Atlantís en el Mar Negro

El erudito Moreau de Jonnes, en su obra sobre "L'Océan des Anciens et les Peuples préhistoriques" (París, 1873.), dijo que la expedición de Osiris el egipcio dió nombre a las columnas de Hércules, que estarían situadas en el Bósforo, y que frente a estas columnas estaría la Atlántida, en el mar de Azof, en la laguna llamada Mar Pútrido, sepultada en el mar por una acción volcánica, y que las cuatro provincias de los Infiernos, el Hades, el Erebo, el Tártaro y los campos Elíseos serían cuatro islas de las que formaban la Atlántida y que existen aún y dependen de la península de Tamán.

A esta catástrofe se referiría el relato hecho por los sabios chinos al viajero Koempfer: Maurigasima era una isla famosa y rica en tiempos antiguos, pero Dios quiso castigar la perversidad de sus habitantes, y llamando al rey Peirumi le previno que su pueblo estaba destinado a perecer. Peirumi se refugió con su familia en sus navíos, y lanzándose al mar llegó a la China. Apenas partió, la isla fué tragada bajo tierra con todos sus habitantes, llevándose con ella una gran cantidad de tierra de kaolin. Moreau de Jonnés, consecuente con su idea de una colonia egipcia en la Palus Meótida, ve en el nombre del rey los Piromi, sacerdotes llamados así, según Herodoto, entre los egipcios.

También podría aplicarse a la destrucción de Atlantis la leyenda consignada en el poema sánscrito "Vischnû Purana", donde se habla del gran país montañoso de Ilivrita, situado muy lejos en el occidente y de siete islas vecinas distribuídas entre los descendientes del primer Manou. Estas islas pobladas de blancos, tres grandes y cuatro pequeñas, desaparecieron en una gran convulsión de la naturaleza. (Véase también de M. de Jonnés: "Los tiempos mitológicos". Madrid: 1910).

A. Paniagua (*L'Atlantide*", Soc. d'études scien. de Draguignan, mèmóire VX, 1927) supone que Platón conocía la verdad sobre Atlantis, pero no pudo explicarla claramente porque estaba ligado por juramento, propio de los altos iniciados en los misterios de Eleusis. Las columnas de Herakles estaban en el estrecho de Yeni-kaleh y el Océano era el mar de Azof. Allí se encontraban la Ogigia de Homero y las Gorgonas hacia el imperio de la noche, al W. del Cáucaso.

Atlantis en Europa

Además de la identificación de Rudbeck han sido numerosos los autores que han buscado Atlantis en Europa. Hafer aparece citado por varios atlantólogos asimilando Atlantis al Báltico hacia 1745. Posteriormente, C. J. Grave la imaginó en Holanda en su obra "*République des Champs-Élysées ou Monde ancien...*" (1806), donde intenta demostrar que el Infierno y los Campos Elíseos de los antiguos son el nombre de una antigua república situada en la extremidad septentrional de la Galia. (Laet: "*Le pays des Atlantes, ou la patrie des dieux; notes sur l'ouvrage de De Grave*". Extrait du C. R. du XVI Cong. de Fédération archéol. et hist. de Belgique, 1902).

Federico Klee, en su obra "*El Diluvio*" (Copenhague, 1842), la asimila a la Europa antediluviana, siendo los habitantes pericidos en el Diluvio los Titanes o Atlantes. La catástrofe tendría por motivo un desplazamiento del eje terrestre. Las tradiciones mitológicas que cita en apoyo de su tesis no son aceptables.

También Wormstall, en 1878, supuso que se trataba de la vallo-nada del Po, identificando el monte Atlas de la leyenda con el S. Gotardo.

Modernamente, Courcelle-Seneuil piensa que se trata del macizo central francés (T. III, cap. V. Hesiodo, las Hespérides, Atlantis, de "La recherche de l'Utile dans les temps préhistoriques". 1920).

Atlantis en Andalucía

A Schulten en varios trabajos ha insistido sobre la posibilidad de que la ficción platónica de la Atlántida contenga una noticia oscura de Tartesos, la vieja ciudad del remoto occidente. La ancianidad de Argantonios recordaría algún detalle del relato platónico y el famoso oricalco no sería otra cosa que el bronce tartesio comerciado por los focenses. La serie de reyes tartesios comienza con Sol, hijo del Océano, como los Atlantes descendían de Poseidón. La llanura amplia de que habla Platón sería la llanura del Betis.

La semejanza del relato de Platón con el cuadro que presenta Strabón de Turdetania, es sorprendente; sobre todo, lo referente a la riqueza metalúrgica, entre ella la del estaño, objeto fundamental del comercio tartesio, la mención de la red de canales tan característica de Turdetania, con los brazos principal y transversales, y el canal que une la ciudad al mar; el papel que los toros representan en la Atlántida y que ya en tiempo de Strabón pacían y aun lo hacen hoy en el delta del Betis; finalmente esa ciudad insular, aventura Schulten, ¿no puede ser la Tartessos hispana, situada en ese delta del Betis, y los círculos de agua que rodean la ciudad de Platón no convienen con los muchos brazos del río? La ciudad de la plata del extremo occidente, que atraía a los navegantes con mágico poder, debe haber ocupado fuertemente la fantasía de los griegos. Además, Tartessos parece haber desaparecido de la tierra sin dejar huellas, como la Atlántida de Platón, y en tal forma, que en la época imperial no se sabía nada de su asiento.

Platón habría destacado el bronce y no la plata porque en su tiempo el metal plata era muy conocido mientras el bronce tartesio era un producto casi fabuloso, ya desaparecido, y al poeta lo que le interesa es lo maravilloso. (Numantia... 1914. Tartessos. Ein Beitrag zur ältesten Geschichte des Westens, 1912. Tartessos und Atlantis. Peterm. Geogr. Mittei. 1927, pág. 284).

Esta misma idea mantiene F. Netolitzky, suponiendo un origen

fenicio del relato platónico, tanto en lo referente a la descripción del templo de Atlantis, semejante al de Melkart en Gades, como en el modo constructivo de los puertos de Tiro, Cartago y Atlantis. Los sacrificios de toros en Atlantis aún encuentran semejanza en costumbres españolas. Si se mantiene la idea de identificar Atlantis a Scheria y los feacios, el puerto de Gades, muestra el comprobante con los arrecifes, semejando la embarcación petrificada de los feacios de la Odisea. Los olivares que parece señalar Platón son admirablemente asimilables a la región del Betis. El elefante puede ser admitido en esta región en estado de domesticidad. ("Das Fesland vor der Atlantisinsel Platons". Ostland [Hermannstadt, Sibin], 1921, April. "Die Wiederentdeckung der Atlantis Platons.—Cultura, Klausenburg, 1924, T. L. núm. I. "Die Atlantis und das Land der Phaeaken Homers".—Czernowitz Allgemeine Zeitung, 31 Oktober 1925. "Das Atlantisproblem". Wiener Prähistorischen Zeitschrift, XIII, 1926. "Platos Insel Atlantis", Petermanns Geo. Mittei, 1927, pág. 149).

También localiza aquí Atlantis R. Hennig, asimilando este país a los feacios de Homero, pero no con una tierra desaparecida, pues en ese caso Homero no podía describir una Scheria no existente en su tiempo ni accesible a las fuentes fenicias inspiradoras del poeta odisiaco, ya que en 1482, a. de C., Thutmosis III manda una flota a Siria para buscar madera del Líbano, lo cual muestra que no había navegación fenicia de importancia por aquel tiempo. ("Das Rätsel der Atlantis". 1924. "Von rätselhaften Ländern", 1925. "Zur neuen Borchardt-Herrmannschen Atlantis und Tartessoshypothese", Pet-Geog. Mittei. 1927, pág. 282).

Asímismo O. Jessen el geólogo colaborador de Schulten en el estudio sobre el terreno de la localización de Tartessos (Véase "Tartessos-Atlantis", Zeitschr. d. Gesells. f. Erdk. 1925, núm. 5-6. y Südwest-Andalusien", Peterm. Mittei. Erg. cuad. 167).

Para Gsell (Jour. d. Savants, 1925, pág. 193) no hay duda que escribiendo Platón sobre una isla más grande que el Asia y la Libia juntas, que había desaparecido hacía 9.000 años, no pensó nunca en señalar a sus lectores la pequeña tierra encerrada por los brazos del Tartesos, y que multitud de griegos habían visitado hacia alrededor de ciento cincuenta años antes de su tiempo.

Crítica más amplia de esta idea será señalada al tratar de la hipótesis de Borchardt (1).

Atlantis en Creta

La hipótesis de que la Atlántida era la isla de Creta ha parecido a muchos razonable y fué introducida por un diario inglés y organizada en forma científica por James Baikei en su "The Sea-kings of Crete" (1), tratando de ella modernamente Edwin Swift Balch (2) Philip Coombs Knapp (3) y V. Vera. Baikei escribe: "Es casi cierto que el maravilloso estado insular de Platón fué indudablemente la Creta minoica, y que los hombres de la perdida Atlantis, cuyos retratos Proclo vió en Egipto, no fueron otros que los Kephtiu de las tumbas de Sen-mut y Rekh-ma-ra.

También para Genil puede ser localizado aquí el cataclismo, especialmente en la isla de Santorin (Cicladas), en plena civilización egea.

La hipótesis de identificar la Atlántida con la isla de Creta, haciendo equivalente la catástrofe geológica a la destrucción de las ciudades cretenses por una armada greco-egipcia y defendiendo que las columnas de Hércules fuesen algún paso entre altas rocas del mar Egeo tiene también en España como partidario a Vicente Vera, con su trabajo "La Atlántida de Platón, la de los geólogos y la antigua civilización cretense" (1925), en que llega a las siguientes consecuencias: La historia de la Atlántida hecha por Platón concuerda exactamente con las referencias egipcias y con los datos obtenidos en las recientes excavaciones realizadas en Creta respecto a la civilización del imperio minoense. Añade, además, que la situación geográfica dada por Platón a la Atlántida tuvo origen en la dificultad de referir el filósofo griego su ficción a una tierra tan cercana y cono-

(1) Véase también: C. Cotte, "Les Perses en Occident", Rhodania, art. 69. 1919. Bjorkman, "The Search for Atlantis. Excursions by a layman among old legends and new discoveries", 1928, y Whishaw, "Atlantis in Andalucía", 1929.

(1) London, 1910. (Véase también The Times. 19 febr. 1909).

(2) Atlantis or minoan Crete. (The Geographical Review., New-York, T. III, 1917, pags. 388-392).

(3) Crete and Atlantis. (The Geographical Review., New-York, T. VIII, 1919. pags. 126-129).

cida como era la isla de Creta, que, por otra parte, al desaparecer su brillante civilización pudo dar la impresión de que se había hundido de repente bajo las ondas del Egeo...

Atlantis en Africa

Enunciada esta identificación, creo por vez primera por el alemán Kirchmaier en 1685, en su obra "Exertitatio de Platonis Atlantide", que la localizó en el Sahara, esta idea parece ser una de las más aceptadas hoy, hasta el punto de imaginar la posibilidad de excavar las ruinas de la maravillosa Poseidonis soñada por Platón. Así han intentado en nuestros días Borchardt (Platos Insel Atlantis) y Vivarez (La Fécondation du Désert), asimilarla al Africa Menor y reconstruir sobre el terreno el plano de la capital, llegando este último a trazar un croquis figurativo de la "Décabasiléne", confederación de los diez reinos atlantes.

En diversas regiones de Africa se ha intentado localizar Atlantis: en el Sahara y en Africa Central, en el golfo de Guinea (Benin), en el occidente marroquí y en Túnez.

Más audaz que la idea de Kirchmaier ha sido la de S. U. Zanne, que en "Principes et Eléments de Cosmographie" (1902) ha imaginado un vasto continente cubriendo toda la actual Africa central y prolongándose por Madagascar y el Atlántico medio, siendo el Africa ecuatorial en amplia margen resto del continente destruido.

Leo Frobenius, como resultado de un viaje de investigación al país de los Yorubas, y con el estudio de los hallazgos de la ciudad divina de Ife, ha creído poder asimilar esta región a la vieja cultura de los Atlantes. En efecto; cuando los ingleses conquistaron Benin, pudieron ver lugares donde los muros estaban cubiertos de placas de latón, tal como nos refiere Platón de Poseidonis. La especie de palmera que daba en Atlantis alimentos, bebida, etc., sería la *Elaeis guineensis*, que produce aceite, savia con la cual se hace el vino de palma, y hojas en cuyas fibras se tejen telas de peluche. De aquella brillante civilización ya no quedan más que restos degenerados y nos ha sido desconocida por haberse interrumpido su comunicación con el Mediterráneo. Benin sería el resto de una posesión cultural hereditaria de esos tres focos de penetración de cultura en el continente africano: el eritreo, el atlántico y el sirtico.

Carro con caballos y reyes como Atlantis,
en Nigeria

(Frobenius: "Auf dem Wege nach Atlantis", 1911. "Und Africa sprach", 1912, y "La cultura de la Atlántida" en Rev. Occidente, Sep. 1923. Crítica sobre Frobenius en Stuhlmann: "Ein Kulturgeschichtlicher Ausflug in des Aures", 1912, y en Borchardt "Nordafrika...", Peterm. Geog. Mitteil. Okt. 1927.)

Otra hipótesis que merece particular atención es la que sitúa la Atlántida en el occidente marroquí. Esto fué enunciado en 1836 por nuestro compatriota Badía y Lebich, universalmente conocido por el sobrenombre de Alí-Bey el Abbasi. En el último capítulo del tomo primero de sus "Viajes" (1) trata dos cuestiones que, dada su teoría, se relacionan entre sí: Primero: Que la isla Atlántida se formaba en la cordillera del monte Atlas. Segundo: Que existe en Africa un mar Mediterráneo que, así como el Caspio en Asia, existe por sí mismo sin comunicación con otros mares. Respecto de la situación geográfica de la Atlántida, critica la hipótesis del que pudo creer que estuvo situada en el mar Mediterráneo, y tampoco se muestra conforme con lo que dice Bory de Saint-Vicente, interpretando a su vez el texto de Platón con rara sagacidad: "Otra de las particularidades de aquella isla—dice—era hallarse enfrente de la embocadura que los griegos llaman en su lengua las columnas de Hércules..." El sacerdote no dice simplemente que la isla estuviese enfrente de las columnas de Hércules, sino que marca con más especialidad el sitio, diciendo que estaba enfrente de la *embocadura que los griegos llaman en su lengua las columnas de Hércules*. Ahora bien; esta embocadura nunca ha sido otra sino el Estrecho de Gibraltar, y el pequeño Atlas que es un banco de la cordillera que se extiende hasta Teza y Tetuán, llena exactamente la segunda condición. El Sahara—según Badía—era un mar, y arguye que si se hicieran excavaciones en sus arenas se encontrarían probablemente restos de peces y otros animales marinos. Teniendo en cuenta esta hipótesis, sostiene que la Atlántida era el Atlas, es decir, una isla limitada al Norte por el Mediterráneo, al Oeste por el mismo mar y el Atlántico y por el S. y E. el Sahara.

El profesor francés Berlioux ha aceptado esta teoría y la ha dado forma científica en su obra "Les Atlantes, Histoire de l'Atlantide et de l'Atlas primitif" (1). Supone que la palabra Atlántida pudo significar simplemente el dominio primitivo en Europa y Afri-

(1) Annales facult. Lettres, Lyon 1883.

ca de los Atlantes y el centro de su dominación. En las montañas que se alzan sobre la costa oceánica de Marruecos, entre el cabo Ghir y el cabo Nou, ve el asiento de la Atlántida y dice que son iguales por los nombres, la grandeza y la belleza, a las que refiere Critias servían de centro a la isla famosa. Los datos de este problema geográfico son de tal manera precisos, que no es necesario buscar mucho para encontrar la solución. No hay más que tomar la carta geográfica moderna y examinar la región vecina del cabo Ghir para ver que responde a la descripción de Diodoro. Se encuentra en seguida la gran montaña. La cadena que comienza con el cabo no tarda en elevarse a alturas considerables a poca distancia de la costa. Llega a 2.980 metros en el camino de Maroc a Tarrudent, y no lejos de allí presenta las cimas que llegan a 3.000-4.000 m. (Carte géologique de l'Afrique Occidentale, par Dr. Lenz; Mittheilungen de Gotha, núm. 1, 1882, et conférences du même voyageur.)

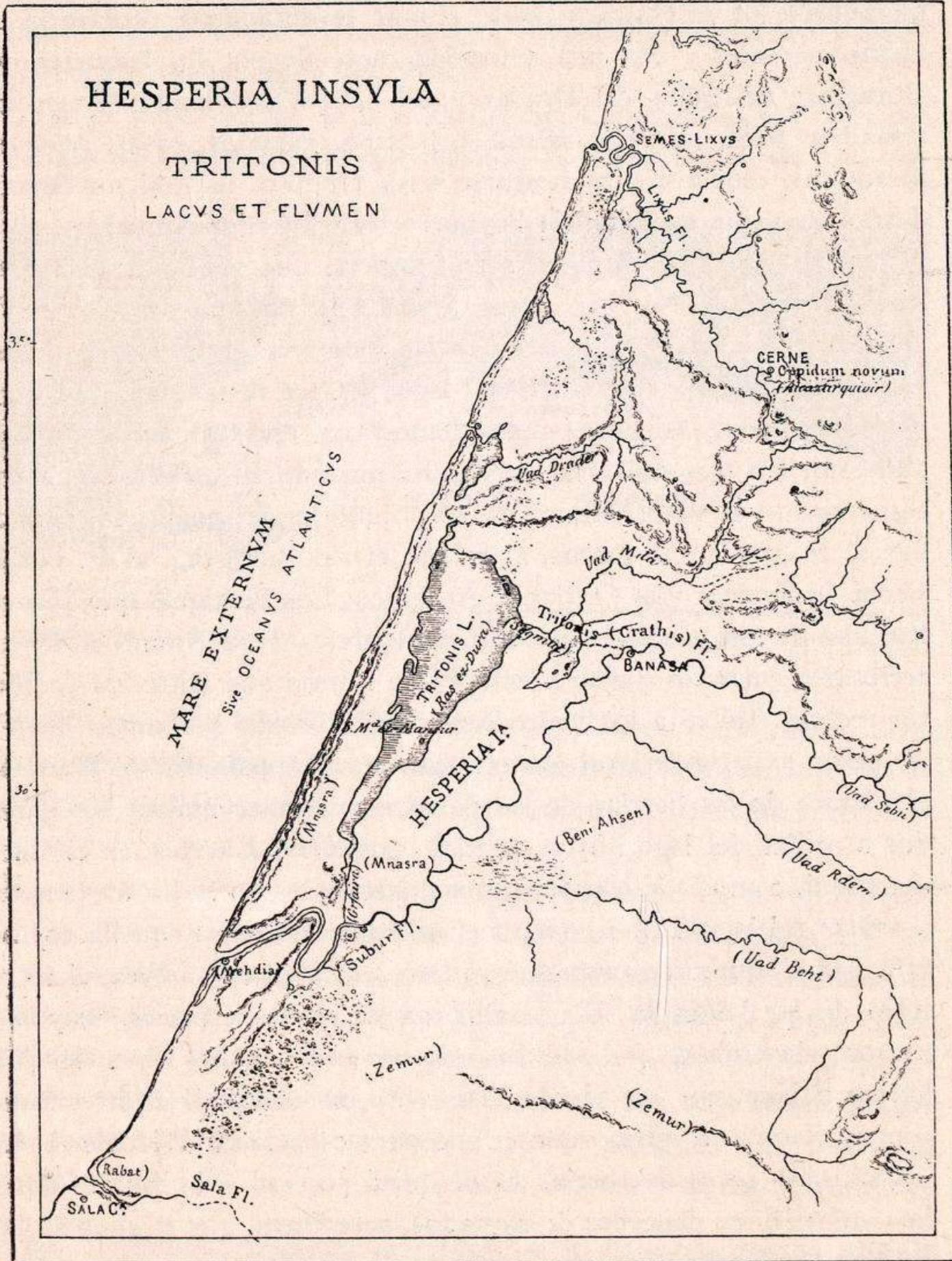
Y añade, al pie de estas montañas los Atlantes elevaron su capital, que Diodoro nos ha conservado con el nombre de Cerne. Siendo así, es más fácil su destrucción que si fuera el gran continente atlántico. Cerne se encontraba en la costa formada por los deltas del Oued-Sous y de Oued-Draa. Esta catástrofe es análoga a la que nosotros hemos comprobado en nuestros días en el Estrecho de Sonda, en Krakatoa. Venidos del N. E. por emigraciones sucesivas, serían los cercanos parientes de los celtas y de los pelasgos. Instalados al pie del Atlas, habrían extendido su dominación desde el valle aurífero del alto-Senegal hasta las islas Británicas, por España las Galias hasta Italia del N. y la Tirrenia, y esos monumentos megalíticos que se alzan desafiando el tiempo serían elevados por ellos como recuerdo de su paso. Es en Egipto—añade—donde hay que buscar las pruebas, los Atlantes, que son los libios que habían tantas veces invadido el valle del Nilo, son representados por los escribas y los artistas con la piel blanca, los cabellos blondos y los ojos claros. Los libios, aliados con los Palestas y los Dardanos, ensayaron arrebatarse a los egipcios y a los fenicios sus dominios, y por entonces atacaron a los atenienses, que consiguieron la victoria de que habla Solón. En suma: los habitantes del Nordeste africano, de ojos claros y cabellera blonda, son los descendientes de los antiguos maestros del Africa y de Europa.

Si se considera—dice Berlioux—la historia de los Lebou tal como está contada en las inscripciones egipcias, y la de los Atlantes que Platón nos ha conservado, se puede asegurar que los pueblos del Occidente, cuyos dominios tocaban a las columnas de Hércules, fueron los primeros fabricantes del bronce... La existencia de esta metalurgia occidental no es una ficción, porque los egipcios han amontonado en cantidad considerable armas que salían de estos talleres... La gran cantidad de armas llevada por ellos a los campos de batalla de Egipto no podía venir de los fenicios, aliados de Egipto, y que no llegaron a ser grandes mercaderes de metales sino después de haber despojado a los libios de sus minas. La guerra entre los libios y la liga de fenicios y egipcios, que duró siglos, ha sido la guerra del bronce. Del Atlas occidental parten dos largas vías que corren sobre el globo, una yendo hacia el Oriente, a través de la Libia, y la otra hacia el Nuevo Continente, a través del Atlántico. La primera sigue el valle de los dos Tritones y se dirige sin encontrar obstáculos hasta el valle del Nilo: es la ruta terrestre. La ruta marítima, la del poniente, es más maravillosa todavía: está trazada sobre las olas del Océano por la zona de los vientos alisios, comenzando justamente frente al golfo que penetra al S. del Atlas y que se puede llamar el golfo de los Atlantes, curvándose hacia las islas Afortunadas para alcanzar la tierra de Méjico... Del lado de Oriente, la línea formada por las dos rutas toca a las Pirámides; del lado de Occidente marcan el límite las ruinas mejicanas. Se puede establecer que en una época lejana las caravanas llegadas de Menfis o de Tebas encontraban en Cerne las otras llegadas de América. De un límite a otro de esta larga vía, una de las más bellas del universo, había una corriente de intercambio... Un día la corriente se detuvo y la vía fué cerrada para largos siglos. Esta ruina llegó a continuación de una guerra terrible que hundió el imperio de los Atlantes y de una revolución geológica que transtornó el país.

El insigne iberista y geógrafo Joaquín Costa, muy versado en el estudio de esta región africana, cree, con Berlioux, que Cerne era la capital de la Atlántida (1), pero concreta que estuvo situada

(1) Islas Libycas: Ciranys, Cerne y Hesperia. (Rev. de Geografía Comercial. Nos. 25 y 26). También dice cosas muy interesantes relacionadas con este problema en sus "Estudios Ibéricos" (Madrid. 1891-95, T. I, cap. 1.) y en "La religión de los Celtíberos" (Madrid, 1917, págs. 139-145).

en el llano de Alcazarquivir, y añade: El territorio que se extiende entre el Atlántico, el gran desierto y el Mediterráneo hasta el golfo de Gabés, ha sido denominado por los árabes Gezira el Mogreb (isla de Occidente) y es en realidad un macizo insular que en tiem-



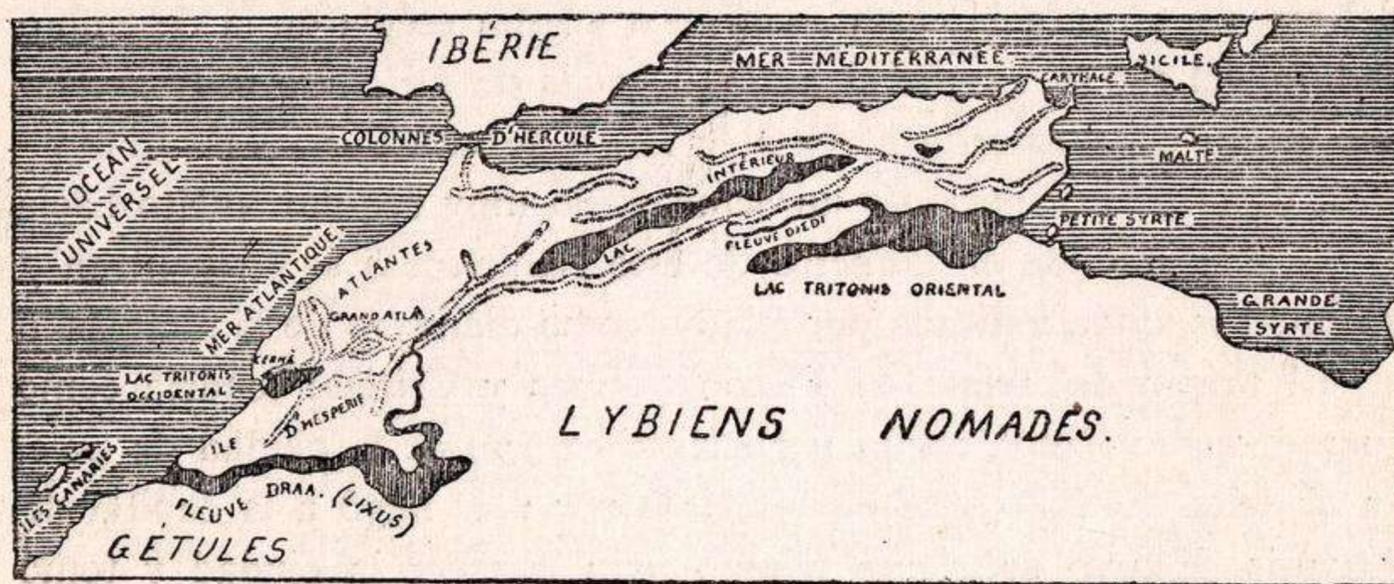
Situación de Cerne y del lago Triton occidental, según J. Costa. (Islas Libycas: Ciranys, Cerne y Hesperia).

pos remotísimos constituyó una isla o una península, unida a la nuestra por un istmo, ahora brazo de mar. Una parte de esta región es la que hubo de llevar en los albores de la historia el nombre de Atlantis o Atlántida”. Respecto al modo cómo desapareció, dice: “Que se produjeron en las Azores o en las Canarias temblores semejantes a los de Hawai o Java; el mar, levantándose, penetraría en masas colosales y con una velocidad increíble por los boquetes del Buragrag, del Sebú, del Dradar y del Lucus, invadiría el llano, bariéndolo todo, cultivos, selvas, población, ganados, casas, puentes, mezquitas, muelles, y al retirarse a su frontera natural no dejaría detrás sino una sucesión de lagunas y fangares interminables...”

(En la región del Atlante, según noticias que remontan probablemente al siglo XII o XIII antes de la Era Cristiana, y que en el VI recogió Solón en Egipto, circuían las montañas multitud de poblaciones habitadas por gentes ricas; lagos, ríos y vastas praderas, donde los animales, así fieros como domésticos, encontraban abundante alimento. En tres mil años apenas ha mudado su aspecto, pues eso sigue siendo la vasta llanura de 300 o 400 leguas cuadradas limitada al N. por el río Lucus, al S. por el río Buragrag, al E. por la sierra de Zerhun y al O. por el Atlántico. Los honderos que formaban uno de los cuerpos especiales del ejército de la Atlántida debían reclutarse entre los pastores etiopes, lo mismo que entre los de Iberia reclutó Aníbal a los vencedores de Trasimeno y Cannas; bien a su pesar experimentaron los cartagineses, compañeros de Hannon, el alcance de las hondas de los pastores que apacentaban sus ganados a orillas del lago libyco, cruzado por el río Chertes, en el Garb marroquí, como lo habían experimentado siglos antes los argonautas a orillas del lago Tritón, que es el mismo cursado en aquella coyuntura por el almirante cartaginés, junto a la Hesperia libyca, el territorio de la Atlántida. (El ganado era de varias especies, mayor y menor; sin embargo, el sacrificio de un toro que los reyes del país hacían a Neptuno por vía de juramento, al constituirse en estrados como tribunal, lo mismo que el que parece hacían a Hércules todos los años los reyes de Iberia, donde quizá por eso eran tenidos aquellos animales en concepto de sagrados, acreditaría que el ganado ibero-libyco, en los tiempos que siguieron al establecimiento de aquellas gentes en estas regiones occidentales, era principalmente vacuno...”

De esta misma idea parece participar Eduardo Saavedra, para quien la Atlántida no fué caprichosa invención de Platón, sino confusa noticia, recogida en las tradiciones vivas de Atenas y de Egipto, de un imperio en el extremo Occidente del continente africano, situado en las vertientes del Atlas del Océano; imperio cuyos rudos choques con el de los Faraones está repetidamente escrito y figurado en los monumentos del Nilo.

En su juicio acerca de la obra del Sr. Campanakis (1) dice, rebatiendo un argumento de este autor: "Si algún festón de esas tie-



Situación de la Atlántida, de los lagos Tritonis y de la capital Cerne, según Rutot.

rras quedaba aún adherido a las costas de Francia en la edad Paleolítica, sus pobladores podrían ser a lo sumo los rudos salvajes de la Merópida de Teopompo, no los fundadores de brillantes civilizaciones y gloriosos imperios.

Conforme con la tesis del profesor Berlioux es la de A. Rutot (1), el conocido prehistoriador y estudioso de los eolitos. La Atlantis no está sumergida bajo las aguas del mar; está actualmente representada por el conjunto de Marruecos, Argelia y Túnez. Este conjunto está rodeado hoy día por el mar al N. W. y E.; antiguamente estaba separado del resto del Africa por tres largos golfos que partían del golfo de Gabes. Para los antiguos este territorio formaba una isla. Lo que dice Platón del reino de los Atlantes es

(1) L'Atlantida, Bruxelles 1922 (Bull. de la Classe des Sci. de S'Acad. roy. de Belgique).

Pourrait-on retrouver les ruines de la capitale de Atlantes? (Extr. des Mémoires de la Classe des Beaux-Arts de l'Acad. roy. de Belgique. 1920).

suficientemente detallado para que se pueda fechar su época entre 3.000 y 1.500 años antes de J. C., puesto que conocían los metales, los monumentos de piedra, la navegación, etc., es decir, el período del bronce. Platón describe la capital de los Atlantes con tal detalle, que es fácil restablecer el plano de la ciudad con escala. El emplazamiento de la ciudad se puede situar sobre el río Sous, al S. de Marruecos, a una decena de kilómetros de la desembocadura de este río y a 15 kilómetros aproximadamente de Agadir. Según Platón, la capital era una ciudad redonda, alrededor de 7 kilómetros de diámetro, y estaba rodeada de un muro que partía de la desembocadura del río. Si se mira la carta geográfica a gran escala de la desembocadura del río se ve que el Sous, después de un curso muy rectilíneo en su desembocadura, va a lo largo de una decena de kilómetros, describe bruscamente un semicírculo muy regular vuelto hacia el S., y si se mide el diámetro de este semicírculo se encuentran 7 kilómetros, cifra indicada por Platón como diámetro de la metrópoli.

El origen del relato de Platón (Timeo y Critias) tendría como fuente, según Rutot, algún negociante egipcio de la ciudad de Sais, en el delta del Nilo, que en un viaje por mar llegó a la capital de Atlantis. Estuvo suficiente tiempo para conocer la ciudad y tomó notas y medidas, volviendo después a Sais, donde se puso en comunicación con los sacerdotes del Templo, que colocaron sus notas en los archivos del Templo, siendo ellos los instructores de Solón, que se interesó mucho por el relato.

Rutot envió a un colaborador suyo a realizar excavaciones, que dieron por resultado el hallazgo de máscaras de bronce, pirámides, etcétera. Desgraciadamente, se trataba de una falsificación de su enviado.

Butavand (La véritable Histoire de l'Atlantide, 1925) supone que Atlantis debió estar situada al E. de Túnez, en un territorio hoy hundido bajo las aguas. La Pequeña Sirte está formada por una meseta submarina rectangular de unos 40 a 50.000 kilómetros cuadrados; la vegetación que cubre el mar al lado de la isla de Djerba podría explicar el hundimiento y los textos de los antiguos sobre la dificultad de navegar por estos parajes. El pequeño tamaño de esta región, pensando en la inmensa isla de que nos habla Platón, podría explicarse pensando que los sacerdotes egipcios se referían a que

esta isla era mayor que la parte occidental de Asia menor y el nomo líbico de Egipto. La fecha del hundimiento puede explicarse teniendo en cuenta que los 9.000 años son lunares, es decir, meses; esta fecha nos conduciría hacia 1.400 antes de J. C., época de Moisés y el Exodo, y de Ramsés en Egipto. La catástrofe que hundió Atlantis permitió, por un trastorno de la Naturaleza, que Moisés pasara a través del mar Rojo. El mar interior que debió extenderse por la región de los chotts fué asiento de viejas leyendas conservadas entre los griegos, como las de Pallas Atena, diosa de las lagunas, llamada también Tritogenia, cuyos nombres recuerdan los lagos hoy desecados Pallas y Tritón. La comarca que se extiende de Biskra a Touggourt sería el antiquísimo jardín de las Hespérides. Hoy el Erg cubre con sus dunas implacablemente estas regiones, sobre todo en el S., y por esto hay que pensar en unas condiciones físicas distintas hace milenios.

Idéntica a todas estas ideas es la opinión de Cl. Roux (apéndice, Bibliog. de Gattefosse et Roux. 1926) indicando que durante el cuaternario medio y superior la región de Atlas formaba una verdadera isla llena de vegetación, aislada del Sahara por el amplio entrante formado por lagunas salitrosas poco profundas, pero extensas, de los lados Mediterráneo al E. y Atlántico al W. Hay que pensar en un extraordinario cambio hacia un tipo desértico en esta región. Todavía en el centro del Sahara debió existir durante los siglos XVII y XVIII un amplio bosque de cipreses cuyos últimos representantes ha señalado Lavauden en 1926.

Muy relacionada con estas hipótesis es la de Borchardt y Herrmann. El estudio de los textos antiguos, el estudio de las rutas de caravanas en la antigüedad, la interpretación de los nombres griegos citados por Platón, y el estudio geológico-geográfico de la región de los Chotts tunecinos, ha llevado a estos autores a situar en esta región la Atlántida platoniana.

Como ya en un trabajo anterior he sistematizado esta hipótesis (1), resumiré muy brevemente sus argumentos, añadiendo sólo las últimas aportaciones.

Las columnas de Herakles pudieron ser las dos islas erizadas de selva de que habla Euctemón, contemporáneo de Herodoto, identifi-

(1) Rev. Occidente, septiembre. 1928.

cables con los oasis Oudref y Melah en la entrada del lago Tritón. Este lago pudo ser en la temprana navegación mediterránea conocido con el nombre de mar Atlántico, por el nombre del soberano Atlas. El mismo o algún otro chott adyacente recibiría el nombre de Okeanos. También llevó el nombre de mar Eritreo. Hay que admitir un desplazamiento de los nombres de lugares en la geografía antigua, y más en este caso cuando cerrada la navegación por un terremoto de la entrada del lago, hubo que buscar nuevas rutas. Al estrecho aplícale Skylax la palabra “stoma” contra los usos del idioma, indicando un estrecho de tipo distinto. Aquí colocan los textos antiguos el pueblo Atlante. Los egipcios conocieron este país con el nombre de “región de los árboles m”, habitada por los K-h-K, es decir, los Kuhhek, idéntico a los zahukes de Herodoto.

Se trataría de un verdadero centro cultural desaparecido hacia 1300 antes de nuestra Era. Según Borchardt sería idéntico al país de los feacios (Scheria), de la Odisea. Aún hoy encontramos en esta región, cerca de Kebilli y Biskra, los nombres de Fkeria e Ischeria o Iskeria. H. Th. Bossert, que ha simpatizado con esta teoría de Atlantis en Túnez, ha señalado relaciones entre el arte primitivo del Africa menor y lo que sabemos de los filisteos, indicando un texto interesante según el cual una parte de los libios se parecen a los etíopes, mientras los otros son cretenses. Sería probable una honda relación, en principios de la civilización minoica, entre esta isla y la región sirtica.

Herrmann piensa que también Tartessos—buscado inútilmente por Schulten quizás por la dificultad de las excavaciones en la desembocadura del Betis—, debió encontrarse aquí. No es improbable que haya existido una ciudad o comarca Tarschisch en la remota antigüedad en Túnez, donde lo sitúan los textos judíos. Además el texto de Herodoto sobre Koleos samiota empujado por los vientos (630) hacia Tartesos es incompatible con España, siendo probable la existencia de un Tarsis prebético en Túnez. La indicación de Meinhof sobre las inscripciones de las monedas de la Iberia meridional señalando tratarse de una variante de la escritura líbica del Africa septentrional puede fortalecer la idea de prioridad cultural en estas regiones. Aunque estos argumentos no son excesivamente fuertes, y además Herrmann vacila y cambia de opinión respecto a la localización

de Tartesos, esta idea no debe ser totalmente rechazada. En cambio sus posteriores identificaciones sobre Troya, la patria primitiva de los fenicios, Egipto y Nilo, deben mirarse con verdadera reserva, esperando futuras aclaraciones mediante trabajo en los textos y excavaciones.

Es interesante la comparación de Borchardt sobre la manera de interpretar el texto de Platón, Schulten y él, envolviéndose en ella la crítica de la idea de Schulten sobre Tartesos-Atlántida.

1 Platón.—*Hay una isla delante de una desembocadura que se llama las columnas de Hércules.*

Schulten.—La situación de Tartesos sobre una isla Erytia en la desembocadura del Guadalquivir.

Borchardt.—El Africa septentrional o la Libia, cuya mayor parte se encontró delante de las columnas de Hércules y fué considerada como una isla.

2 P.—*La isla fué mayor que la Libia y el Asia menor juntas.*

S.—No la isla, pero sí el emporio comercial se extendió hacia la Britania como una especie de monopolio.

B.—El territorio del Africa menor corresponde a la extensión indicada.

3 P.—*La isla ofreció a los navegantes de aquellos tiempos el tránsito a otras islas y al gran continente situado enfrente que circunda aquel verdadero mar.*

S.—Desde Tartesos hubo activo tráfico con las islas del estaño en las costas de la Bretaña, y desde ahí a la propia patria del estaño que era Britania, cuya extensión por de pronto les hizo sospechar un carácter de continente.

B.—En Africa del Norte tenemos las mismas circunstancias.

4 P. *Reinaron también en los países del interior, en Africa hasta el Egipto y en España hasta Etruria.*

S.—Tartessos suministró a toda la región mediterránea los metales, sobre todo a Egipto.

B.—Los mismos pueblos del Norte dominaron la región del Atlas, España y Etruria, y hacia 1300 dirigieron sus incursiones hacia Egipto en cuya frontera habitaron.

5 P.—*Terribles terremotos hundieron la isla Atlantis.*

S.—El final de Tartessos en la guerra púnica es desconocido. El

cierre del estrecho de Gibraltar por los cartagineses hizo que Tartessos desapareciera de la noche a la mañana del ámbito de la navegación helena.

B.—La isla habitada con la Acrópolis de Poseidón fué destruída por un terremoto.

6 P.—*Aún hoy aquella mar es inaccesible e inexplorable.*

S.—Se amolda literalmente, pero no en sentido físico, sino políticamente inaccesible.

B.—El mar de los atlantes, el lago Tritón o el Chott-Djerid quedó inaccesible.

7 P.—*Lodo fangoso impide la navegación.*

S.—Una fábula de navegantes cartagineses.

B.—Es el caso en el Chott-Djerid.

8 P.—*Hubo ricas minas metalíferas en las montañas circunvecinas.*

S.—La Sierra Morena, cerca de Tartessos, es una de las montañas de mayor riqueza metalífera en el mundo antiguo.

B.—La Sierra Morena se encuentra en territorio de los atlantes. Además en el Africa del N. tenemos minas muy ricas y por añadidura se importó aquí el oro y las piedras preciosas desde el Africa occidental.

9 P.—*La situación en una llanura amplia, abierta hacia el mediodía y circundada de montañas.*

S.—La desembocadura del Guadalquivir está limitada en el Sur por una llanura ancha, en el N. por Sierra Morena.

B.—Las indicaciones exactas de extensión suministradas por Platón no tienen aplicación a esta llanura pequeña, mientras se amoldan textualmente a la llanura al Sur de los Chotts, circundada en el N. por el Aures. Además Platón indica que esta llanura se encuentra hacia mediodía desde la capital, mientras en Tartessos tenemos una colocación inversa.

10 P.—*La capital no se encuentra inmediatamente al mar, sino a 50 estadios de distancia.*

S.—Esto se aplica literalmente a Tartessos.

B.—Se aplica exactamente a la isla en la desembocadura de Chott el Djerid.

11 P.—*El patriarca del pueblo es el rey de los atlantes.*

S—El último rey de los tartesios, Argantonios, reina 80 años y alcanza una edad de 120 años.

B—El patriarca significa claramente el primogénito y no tiene nada que ver con ancianidad.

12 P—*En la Atlantis hubo leyes fijadas por la escritura que presumen de 8.000 años.*

S—De los tartesios nos habla Strabon, que son los más civilizados de todos los iberos y se valen del arte de escribir, teniendo libros escritos desde tiempo antiguo, también poesías y leyes en versos, a los cuales dan una edad de 6.000 años.

B—Estos números fabulosos no concuerdan con nuestros años, y además hubo entonces escritos en todos los pueblos civilizados.

13 P—*En la pequeña isla habitada, hubo una fuente caliente y otra fría.*

S—En la isla del templo de Hércules, cerca de Gades, hay dos célebres fuentes frías.

B—En el Chott Djerid se encuentran en el mismo sitio de la pequeña isla fuentes calientes y frías realizando perforaciones.

14 P—*Los nombres de los hijos de Poseidón son nombres de tribus líbias.*

S—Sin explicación.

15 En la isla de Platón hay elefantes. Esto se aplica al Africa del Norte, pero no a España.

16 Tartesos no puede ser Atlantis porque Solón apuntó sus datos en Egipto hacia 570, mientras Tartesos fué destruído por los Cartagineses sólo hacia 530. Platón escribió sus diálogos hacia 387, por lo tanto sólo siglo y medio después de la destrucción de la ciudad, pero su comercio dilatado en metales fué continuado por la ciudad gemela de Gades. El recuerdo de esta ciudad no pudo desaparecer por lo tanto, incluso cuando los navíos griegos ya no tenían acceso directo, sino estaban relegados al tránsito cartaginés.

17 Feacios y Scheria se han identificado por Hennig con la Atlantis. Su comparación con Tartesos, en cambio, está equivocada. El nombre de Scheria se encuentra además en la región de los Chotts.

Aceptada esta identificación, lo más difícil era hallar el lugar donde estuvo la capital. Platón la señala en un montículo distante

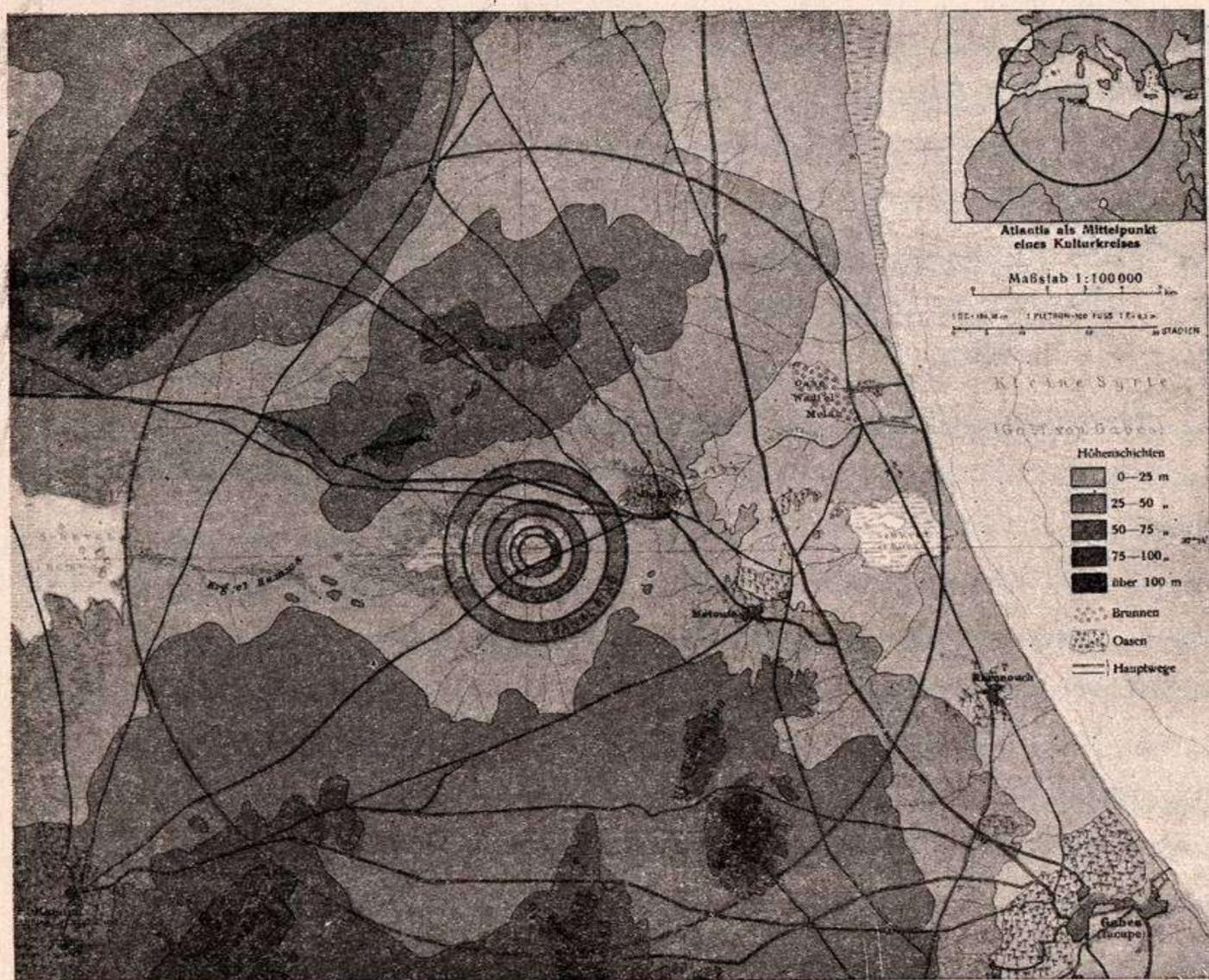
50 estadios de la mitad de una hermosa llanura que se encontraba cerca del mar y a la altura del centro de toda la isla Atlantis. Aunque el filósofo griego da como hundida toda la isla, lo más probable es que se trate sólo de la desaparición de Poseidonis, con lo cual se puede admitir en época histórica esta catástrofe por un terremoto. Borchardt piensa que es la misma isla Phla de Herodoto, e idéntica a la isla rodeada por el río Tritón, mencionada por Diodoro, donde fué educado Dionisos por Atenea Tritogenia. Este río Tritón es el ued Melah que une el chott Hameima con la Pequeña Sirte, según Borchardt. El periplo de Skylax de Carianda, menciona aquí una isla, un lago y un río llamado Tritón, con un templo de Atenea Tritonis; la isla Tritón estaba al principio del lago que tenía una entrada muy estrecha, y también Diodoro fué criado por esta Atenea en una isla rodeada por el río Tritón, que tenía abruptas pendientes y sólo una entrada estrecha, llamada la puerta de Nysa, nombre líbico significando colonia. (Nada más releer en la Odisea la entrada del héroe por un río, acompañado de Nausica, hasta el palacio de Alcinoos, se recordará esta descripción de los textos).

Probablemente lo más difícil es relacionar la llanura indicada por Platón con el mapa actual de la región, y desde luego el lugar y distancia de la ciudad respecto a ella, ya que es muy probable que las medidas de Platón no sean exactas, pecando por excesivas (el canal que rodea la isla con una profundidad de 29,60 m. y ancho de 177,60 m., aunque propio de una región necesitada de riego artificial, es una colosal obra de ingeniería).

No obstante estas dificultades, Borchardt ha buscado la ciudad cerca del vértice que une, al S. de los chotts, las márgenes del territorio de Touggourt por Gadames, al S., y por Guerrara al SE. En esta comarca adyacente del Schott, el Hameima creyó haber encontrado la soñada ciudad.

El actual Sch. Hameima, al O. de Oudref, es un hundimiento terciario en forma de caldera (27 m.) que en tiempos históricos seguramente estaba ya separado del Sch. Fedjadj, la parte oriental del Sch. Djerid. Hoy está completamente seco y cubierto de arena. La divisoria de vertientes entre el Sch. Hameima y Sch. Fedjadj se forma por las arenas del Erg el Hamma. Apenas pasa de 50 m. so-

bre el mar. El Schott Hameima es regado todavía hoy por el U. Melah, que corre por un wadi de 15 a 20 m. de profundidad, desembocando en la Pequeña Syrte. Como el Schott, está también el U. Melah lleno de arena hoy, puesto que las aguas no bastan para



Situación de Atlantis, según Borchardt. La parte occidental del círculo mayor corresponde al E. del Chott Fedjadj. Este círculo representa el muro exterior de la ciudad de Poseidonis. En cuadrado superior: Atlantis como punto central de un círculo de cultura. Las rayas indican 5 kms. en relación con 30 estadios.

regar todo el lecho. Su desembocadura constituye por eso una región lodosa de 150 a 200 m. de anchura, bordeada de dunas arenosas de 5 m. de altura. Esta barrera de dunas se interrumpe por el Ued, pero impide casi por completo la entrada de la marea, la que—según Sky'ax—todavía en el siglo V permitía la entrada de navíos en el Sch. Hameima.

En el golfo de Gabes, fuertemente encorvado, se hace notar la marea 4 kilómetros tierra adentro hasta 10 m. de altura. Incluso te-

niendo que contar con un fuerte arenamiento en el Sch. Hameima y U. Melah, debe suponerse aquí una elevación orogénica, en caso de que las relaciones hidrográficas, antes completamente distintas, no diesen otra imagen.

A principios de febrero de 1928, Borchardt realizó un viaje a la región. Cerca del oasis Oudref, y a la vera del lugar llamado por los indígenas Ain Bu Ischak, percibió una colina de unos 10 metros de altura llamada Tell Gallal, rodeada de un gran círculo oscuro identificable con un antiguo canal del cual la vegetación actual aprovecha la humedad. La colina es abundantísima en cacharros. Afirmó haber encontrado abundante industria lítica, probablemente capciense y neolítico.

Desgraciadamente, excavaciones posteriores no dieron ningún resultado, averiguando que los cacharros eran lo más de la época romana, y el edificio excavado árabe primitivo.

En el mismo año el geomorfólogo S. Passarge realizó otro viaje de estudio al sur tunecino. Sus investigaciones en la región desde Sebkret el Hamma hasta el mar plantean problemas interesantes pero aun sin suficiente luz. Se pueden señalar cuatro terrazas morfológicas en una depresión sinclinal comprendida entre cadenas costeras de calcarea cretácea. Menos la primera, son esencialmente yesosas. En general este lugar no está de acuerdo con el relato de Platón. En cambio, Passarge ha observado elevaciones muy recientes.

Como toda la hipótesis descansa sobre la comunicación en la remota antigüedad de los chotts con el mar, y algunos geólogos niegan tal unión para tiempos históricos (E. Fuchs, Gautier, etc.), Herrmann ha intentado en varios trabajos solucionar la cuestión.

Actualmente el chott el Dejerid se halla a unos 21 ó 24 metros sobre el mar; la elevación que le separa del Chott Hameima a 47 metros.

En la actualidad el Chott el Djerid se alimenta sólo por el oued el Hamma, que se nutre en período árido también por fuertes calientes, y por fuentes subterráneas llamadas por los indígenas "ojos de mar", que perforan en muchos sitios la costra salina. En la época de lluvias los valles áridos que confluyen al chott hacen afluir gran

cantidad de agua, convirtiéndolo en gran parte en un lago temporal, que se seca en seguida a causa de la fuerte evaporación.

La arena voladora, la influencia de la evaporación y la explotación económica han sido factores esenciales para las transformaciones del paisaje.

Por sondeos verificados desde la base del cuaternario se observa que tan pronto existe comunicación con el Mediterráneo como ésta se cierra. En la sexta capa (de abajo hacia arriba), de aspecto arcillo-margosa, existe comunicación con el mar; así también en la última de carácter arenoso. En las sedimentaciones arenosas del chott se han encontrado numerosos restos de *Cardium edule*, del género conchífero, que aún existe en nuestros mares.

Al E., el umbral de Gabes desciende con cierta rapidez hacia el mar; en estas capas se observa su salinidad. Antes de formarse este plegamiento de las capas determinando el umbral o prominencia de Gabes toda esta región debió estar bajo el nivel del mar. Lo interesante es saber la fecha de la elevación aisladora de los chotts. Algunos de los argumentos de Herrmann parecen contradecir la teoría del mar Atlántico en tiempos históricos. La elevación en sentido hacia S. E., dejando oblicuamente la masa tranquila y salitrosa del Chott, indica que en esa época el lago era ya una masa salina dura o casi dura, y por tanto no pudo existir un gran mar. Más valor puede tener el hecho de que la zona marginal del Chott se ensancha hasta 20 kilómetros hacia el S. y E. del Fedjadj, es decir, donde el suelo se ha elevado más. Ciertamente puede tener el estudio de una terraza, al otro lado de la zona marginal, donde se presentan huellas de helícidos, que parece corresponder al antiguo lago en época en que no existía el umbral de Gabes. Por los restos arqueológicos puede sospecharse que ha sido lamida en tiempo reciente por las aguas, puesto que ningún lugar de ruinas corresponde a la zona inferior de la terraza, probablemente por estar cubierta por agua o lodo salino. El lago debió tener aún en época histórica una capacidad seis o siete veces mayor que la actual. No pudiendo explicar las causas de una desecación tan rápida, Herrmann admite una comunicación reciente con el mar, siendo el Chott el Djerid aún en tiempo histórico una depresión intermedia entre lago salino y bahía de mar. La distancia al

golfo de Gabes, que hoy es de 21 kilómetros debió ser sólo de 7 kilómetros por el oued el Melah.

La idea de Herrmann de que hasta el s. VI a. d. C. era navegable el chotts, siendo entonces cuando movimientos tectónicos cerraron la comunicación, enlodándose la entrada, no parece aceptable, pues Platón señala la catástrofe hacia 1300, a. J. C., si aceptamos la interpretación de años lunares. Es difícil aceptar que se trate de dos movimientos sísmicos distintos. Sólo sería aceptable pensar en que después de la fecha señalada por Platón, la entrada encenagada hizo difícil, pero posible, la entrada al lago, desecándose éste poco a poco, y siguiendo el culto a la Atenea Tritonis en la entrada del mismo. A no ser que las indicaciones al mar fongoso estén tomadas de textos muy antiguos, lo mismo que el periplo de Skylax, contemporáneos de la época de la Atlantis platoniana, siendo esta catástrofe la que cerró totalmente el acceso al lago.

Es interesante la evolución de esta región a través de la época romana y siglos anteriores, según la bosqueja Herrmann:

Siglos I a III d. J. C.

Es interesante la imagen que obtenemos de la época imperial romana. Allí encontramos la mayoría de los grandes oasis de tiempos posteriores, pero las relaciones del tráfico han cambiado.

La Tabla Peutinger sólo indica un paso por el E. del pantano Tritón. Para llegar de Tacape a Nepte y Thusurzos, tenía que utilizarse un camino indirecto que en el S. condujo alrededor del pantano; por lo visto éste no llevaba todavía en el W. una cubierta salina sólida. El itinerario Antonino describe el Limes Tripopolitanus a continuación de la ruta que desde Aquae (el-Hamma), conduce en dirección W. a Telmine, pasando inmediatamente a lo largo del pantano Tritón; se trataba—como muestran las investigaciones francesas—de una vía fronteriza protegida por terraplenes y fosos, o también por fuertes especiales; se extiende desde Telmine, dirección W. y S., alrededor del hundimiento del O. Hallouf y Thinia, que no alcanza sino cerca de su fuente, para continuar en dirección E. por encima de la montaña. Es chocante que todos los itinerarios eviten tocar la región de desembocadura de aquel Oued. ¿Quizás era un país pantanoso inasequible?

El geógrafo Ptolomeo nos da una valiosa contribución a este

problema. Según sus datos, el río Tritón nace en el S., en la montaña Usalaiton, pasando primeramente por otros dos lagos, el Líbico y el lago Pallas, antes de alcanzar el lago Tritón. Con esta exposición se ha combinado el O. Djedi—que nace en el S. de Argel—y los dos Schotts Meghir y Rharsa. Pero esto es un error; porque estos Schotts están situados a mayor profundidad que el Sch. el Djerid y no han tenido comunicación con él en tiempos históricos.

Sólo el O. Hallouf y el Thinia pueden referirse al río Tritón. A esto se agrega que todos los nombres de lugares y gentilicios que Ptolomeo cita en los alrededores del río Tritón pueden demostrarse a ambos lados del O. Hallouf. De esto resulta que los dos lagos en cuestión sólo pueden ser formaciones del O. Hallouf, el lago Líbico y el Sch. Rgoug, el lago Pallas = el lago “terroso” entre Kebili y Douz.

Por esta vía prefijada por Ptolomeo podremos comprender las noticias más antiguas sobre el lago Tritón y el río Tritón.

Siglos VI y IV a. J. C.

La época en la que la laguna antes navegable se convierte en un pantano salino inasequible, el llamado “mar lodoso”, constituye un punto de referencia en cuanto a la colonización y cultivo del Hinterland.

Herodoto pertenece ya al período siguiente. El sólo conoce al W. del lago Tritón un pueblo sedentario, los Maxios, quizá en las regiones de Tozeur y Nefta. En cambio, llama nómadas a los Maclios (en el E.) y los Ausios (en el W.) que viven a ambos lados del río Tritón. Hasta ahora tropezaba con dificultades su indicación de que vivían alrededor del lago Tritón y que en la fiesta de Atenea la virgen victoriosa era llevada alrededor del lago en un carro. Fijando la desembocadura del Tritón al S. de Kebili, la cuestión parece resuelta; se piensa en este caso en la bahía laguna posteriormente “terrosa”, en el lago Pallas de Ptolomeo, lo que indica también el nombre Pallas que recuerda la Atenea.

Con esto creemos haber encontrado el lugar más antiguo del culto a Atenea y su padre Poseidón; Herodoto subraya expresamente que ambos eran primitivamente deidades líbicas que no encontraron entrada en la Hélada sino desde aquí. En combinación con la “Tritogenia” de Homero la Atenea tritónica de Herodoto es

una prueba de que antes del enlodamiento de esta bahía laguna ha vivido allí un gran pueblo, que debe haber influido poderosamente en la religión y civilización de la Hólada.

Esta época se finalizó cuando la “célebre ciudad” Tartessos, la Tarschisch de la Biblia, fué la meta de navegantes helénicos, fenicios y hebreos. Tartessos—buscada en vano hasta ahora, a consecuencia de noticias más recientes—estaba situada efectivamente cerca del “Mar Atlántico”, más antiguo. Hace tres años, Hermann la suponía en la región de Nefta. Ahora la indica, sin embargo, en la región de desembocadura del río Tritón. El metal, parecido al zinc, que Tartessos exportaba en grandes cantidades al mercado mediterráneo, nos recuerda la ciudad del cobre de los geógrafos árabes. Pero cuando se enlodó el “Mar” cerca de Tartessos, el destino de la ciudad fué decidido. Desde 550 a. J. C., aproximadamente, su nombre sobrevivía sólo en la Literatura; el punto de gravedad del comercio del NO. de Africa pasó a Cartago.

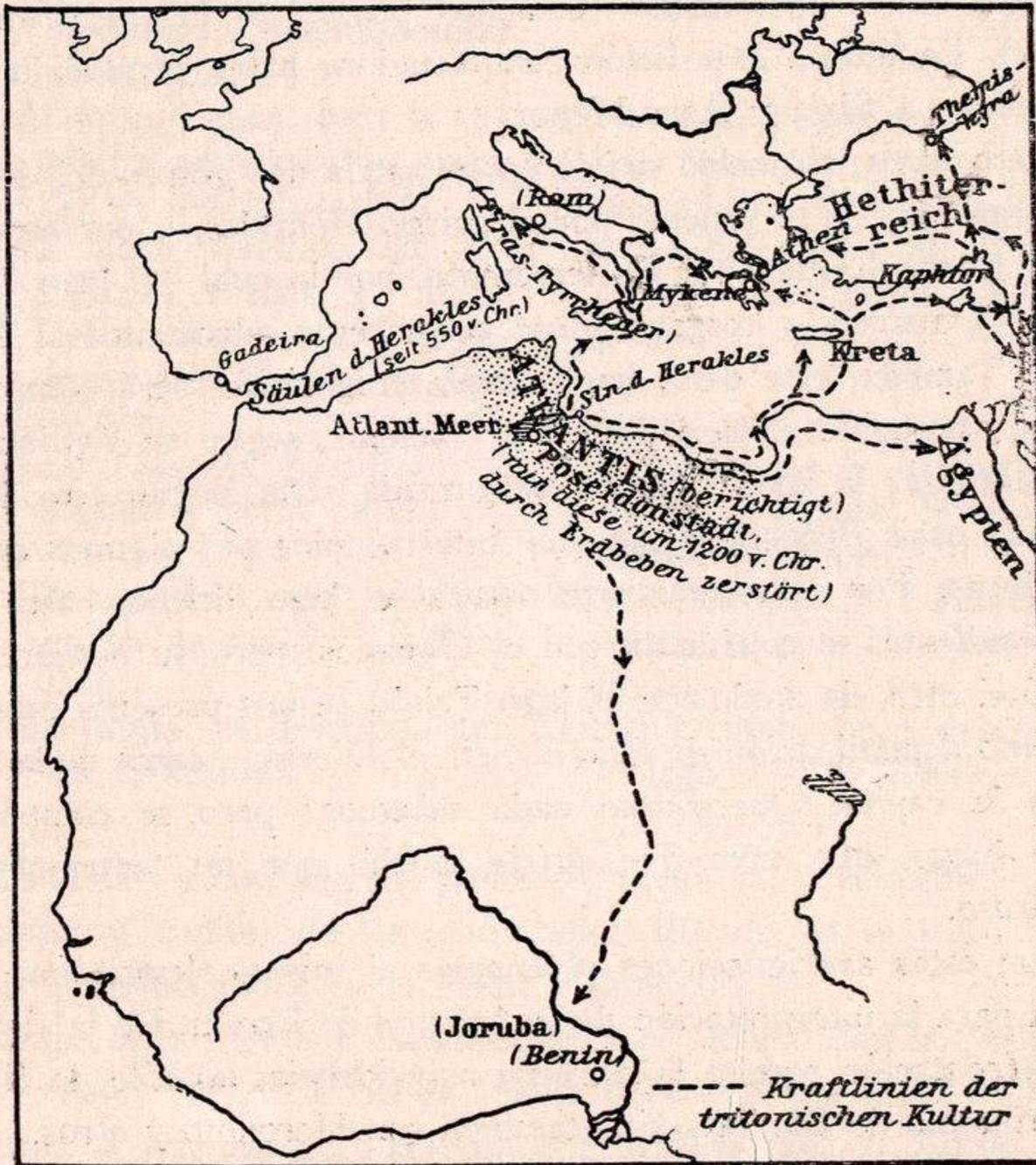
d) Siglos XIII a XII a. J. C.

Muy rica es la tradición de la época en la que el precursor del Sch. el Djerid no estaba todavía afectado por los efectos de elevaciones tectónicas, sino que, rodeado de oasis ricamente regados, tenía salida abierta al Mar, como una bahía. En condiciones tan favorables podía desarrollarse aquí una civilización cuya influencia se extendía ampliamente sobre el Mediterráneo; pero también pudo florecer aquí una ciudad marítima que por sus conquistas fué el terror de pueblos extranjeros, dando motivos para medidas contrarias.

Sólo en esta relación comprenderemos las leyendas, siempre más legendarias, de los bienaventurados Hiperbóreos, de los Hespéridos y sus manzanas áureas (granadas), de Perseo y Andrómada, de Herakles y Atlas; el lugar de estas leyendas sólo puede estar en los alrededores del “Mar Atlántico”. Así podremos buscar—debajo de las diversas variantes de la leyenda de Herakles—una expedición marítima de este caudillo griego contra el pueblo del Atlas, y—detrás del concepto “Columnas de Herakles”—verdaderos altares erigidos para conmemorar su expedición victoriosa a la desembocadura del “Mar Atlántico”, quizá en el lugar donde hoy está.

situado el oasis O. Melah, según resulta de la instructiva descripción de Euktemon.

Toda la variedad de la tradición griega coincide en que indica como lugar la región de desembocadura del río Tritón. Ya el árbol



Atlantis según Herrmann. Obsérvese la situación del mar Atlántico y la extensión cultural de Atlantis hasta Benín. Las columnas de Herakles desde 550 a. de C. en el Estrecho de Gibraltar.

genealógico de pueblos líbicos, como Danaos, Aigyptos y Phoinix nos conduce allí; porque nos indica, como antepasados más lejanos, Poseidón y Libya, lo que nos recuerda la indicación de Herodoto arriba citada.

En el mismo lago Tritón estaba situada la gran isla Hesperia (isla de anochecer), donde vivían los Amazonas ganaderos. En el

transcurso de sus conquistas fundaron en el lago Tritón una gran ciudad, que llamaron—por su forma—Quersonesos. Desde aquí continuaron sus conquistas, acaudillados por su reina Mirina. Así vencieron a los Atlantes, destruyeron su amurallada ciudad Kerne, reconstruyéndola, sin embargo, con el nombre Mirina, después de pactar una unión de amistad (podemos pensar en la precursora de Nefta). La última expedición conquistadora había conducido a los Amazonas a Siria y Asia Menor.

Pero antes, el pueblo sufrió en su patria dos golpes del destino. Por una parte, fué vencido por el griego Herakles, y por otra, fué afectado gravemente por un terremoto, por lo cual “el lago Tritón había desaparecido desgarrándose sus riberas adyacentes al Okeanos”. También este dato, hasta ahora enigmático, será comprensible interpretando el lago Tritón y Okeanos, según su significación más antigua; la zona ribereña desgarrada sería, según esto, la cadena de oasis Bechelli-Jarsin, hoy interrumpida por algunas desembocaduras. Por esta catástrofe natural el lago Tritón, hasta aquí independiente, se confundió con el Okeanos, pero su nombre sustituyó el otro, de modo que el lago Tritón se nos presenta más tarde como denominación de todo el Sch. el Djerid. Acerca de la suerte de la capital Quersoneso nada sabemos; pero se comprende, desde luego, que tuvo que sufrir mucho por un terremoto tan horroroso.

Con estas averiguaciones obtenemos al mismo tiempo una base nueva para la interpretación de la Atlantis de Platón. De la siguiente confrontación resulta la estrecha coincidencia, no sólo de él con el testimonio de Diodoro, sino también con Herodoto y otros.

El testimonio de Platón sobre la Atlantis

Otros autores e identificaciones

- | | |
|---|--|
| 1. Atlantis situada en el Mar Atlántico, bahía de mar con entrada estrecha. | Atlantes y Amazonas en el Okeanos = Schott el Djerid (Diodoro). |
| 2. En tiempos de los reyes atenienses antes de Teseo. | En tiempos de Herakles (Diodoro). |
| 3. Poseidón, fundador y constructor de la capital, en el centro su templo. | Poseidón con Tritón y Atenea venerados cerca del lago Tritón (Herodoto).—S. de Kebili. |

- | | | |
|-----|---|--|
| 4. | Detrás de la capital, la llanura de Atlantis, rodeada de montañas. | = hundimiento del O. Hallouf-Thinia, con numerosas tumbas megalíticas. |
| 5. | Un canal que corre alrededor de la llanura, recoge ríos que proceden de montañas, desembocando en el Mar. | = curso del O. Hallouf-Thinia y su prolongación hasta el Sch. (río Tritón). |
| 6. | El mismo canal toca la capital a ambos lados, antes de su desembocadura. | En el lago Tritón (al S. de Kebili) la capital de los Amazonas, Quersonesos (Diodoro). |
| 7. | El latón obtenido del territorio reviste el muro del castillo central y el interior del templo de Poseidón. | Ciudad del Cobre en el S. del Schott el Djerid (tradición árabe). |
| 8. | Los Atlantes hostilizan al Egipto y otros países. | Los Amazonas (y Atlantes) hostilizan al Egipto, Siria y Asia Menor (Diodoro). |
| 9. | Los Atlantes son vencidos en su patria por los Helenos. | Los Amazonas (y Atlantes) son vencidos por Herakles (Diodoro). |
| 10. | La capital es destruída por un terremoto. | Un terremoto hace desaparecer el lago Tritón (Diodoro). |

De estas coincidencias podemos sacar la conclusión: capital Atlantis = capital de los Amazonas, situada en el lago Tritón, en su desembocadura en el "Mar Atlántico".

Viajes a la región y estudios sobre el terreno han hecho pensar a Herrmann que la ciudad de Platón debe buscarse cerca de Kebili, próxima al sitio donde sospecha que desembocaba el Tritón, en el oasis Rhelissia. Los hallazgos no los cree de época romana por hallarse este lugar muy apartado de las vías de Roma.

M. Solignac ha hecho objeciones interesantes a la teoría de Atlantis = sur tunecino. Para este especialista la capa de agua en los chotts había desaparecido antes de los tiempos históricos. La capa de depósito yesoso—según Passarge, lagunar—es una costra calcárea y yesosa de país seco. Los depósitos de *Cardium edule* de 7 a 14 m. sobre el mar, son valvas espesas, que indican un medio poco salino. Además, se encuentran peces fósiles de agua casi dulce. El momento de altas aguas sería sólo durante la transgresión siciliense,

anterior al “mar Strombes”, cuyos depósitos en la isla Djerba están por encima del nivel de Cardium. La región de los chotts está formada por aspectos cupulares y de cuveta. Esto último es el chott el Djerid. El Fedjadj es cupular y acciones de erosión regresiva determinaron un valle por donde penetró el mar correspondiente al período prechelense o chelense de la industria lítica.

No obstante estas objeciones, algunas de verdadero valor, es tan fundamentada y seria la idea de Borchardt y Herrmann, que a pesar del fracaso de las primeras excavaciones, exige nuevos esclarecimientos, y por mi parte tengo también que formular varias indicaciones que reservo para después de un estudio sobre el terreno (1).

La Atlantis oceánica

El texto de Platón “más allá de lo que llamais en vuestra lengua las columnas de Herakles” es el motivador de que centenares de naturalistas, filósofos y poetas hayan buscado Atlantis bajo las ondas oceánicas que cantan la sinfonía de los mares.

Vamos a concretar brevemente las posibilidades científicas en que puede fundamentarse la idea de tantos escritores que hemos citado.

El Atlántico—dice el gran geólogo W. Grégory, en un reciente

(1) (Véase: Borchardt: *Platos Insel Atlantis* (Peterm. Mitt. 1927), *Nordafrika und die Metallreichtümer von Atlantis* (idem), *Nordafrika und die natürlichen Reichtümer von Atlantis* (idem), *Erwiderung* (idem), *Zweite Erwiderung* (idem 1928, cuad. 12), *Eine Kulturgeographische Studienreise nach Südtunis 1928* (idem 1928, cuad. 5/6), *Neue Beiträge zur alten Geogr. Nordafrikas und zur Atlantisfrage* (Zeits. d. Gesellschaft f. Erdk. 1927, n. 4). Gautier: *Französische Forschungen zur Atlantisfrage* (Peterm. Mitt. 1927), Herrmann: *Atlantis und Tartessos* (idem. 1927), *Atlantis. Tartessos und die Säulen des Herakles* (idem, 1927), *Atlantis und Troja* (idem, 1927), *Forschungen am Schott el-Djerid und ihre Bedeutung für Platons Atlantis* (idem, 1930). Reuniendo todas sus observaciones anteriores, ha publicado también *Die Erdkarte der Uribel*. 1931. Passarge: *Ergebnisse einer Studienreise nach Südtunesien im 1928* (Mitt. d. Gesellsch. Hamburg. 41. 1930), Bossert: *Zur Atlantisfrage* (Orientlist. Literaturzeitung. 1927, n. 8.) M. Solignac: *Atlantide et Sud-Tunisien. Etude critique de quelques recents publications allemands* (Revue Tunisienne, 1931, n. 6).

Knötel: *Atlantis und das Volk der Atlanten*, 1893. O. Reclus: *L'Atlantide pays de l'Atlas*, 1918. J. Gattefossé: *L'Atlantide et le Tritonis occidental*, 1932. Giannitrapani: *L'Atlantide* (L'Universo, Firenze, diciembre 1927). Rikovsky: *Contribution à la question du Triton et de la Tritonide libyques*. (Zvlastni olisk se Svornikn Csl. spol. zemépisné V. Praze, 1928).

trabajo (1)—, no existe durante las eras primaria y secundaria. Su parte norte comienza a existir de una manera continua en el jurásico y como prolongación occidental o golfo del mar de Tethys; este golfo fué extendiéndose a expensas de la vieja tierra de Gondwana y acabó por unir los mares polares. Sin embargo el umbral submarino entre Groenlandia e Islandia, señala lo que debió ser unión de estas tierras hasta el paleolítico superior; indicando esto que aun en fecha geologicamente muy reciente ha cambiado el aspecto de las comunicaciones intercontinentales.

En ambos lados de la gran arista atlántica perpendicular a la línea marcada por el mesógeo, se aprecian zonas de gran inestabilidad sísmica y eruptiva. Así en Puerto Rico y en las Azores. Hay no obstante una diferencia en la manera de elevarse los fondos marinos en los dos lados de la arista: en la zona americana, la elevación de los 1.000 a 4.000 metros es más suave y regular, mientras del lado euro-africano se descubren grandes rugosidades submarinas y pendientes abruptas en la vecindad de los grandes fondos. Parece como si existiera un archipiélago submarino semejante al formado por las Azores, Madera, Canarias y Cabo Verde que emergen hoy sobre las olas. El banco de la Princesa Alicia, cerca de las Azores, a 400 m. de profundidad, se extiende en una superficie de 400 kms.², llegando en algunos sitios a 44 m. de la superficie, descendiendo por todos lados a profundidades de 2.000 m. en pendientes de unos 17 grados. El banco Dacia es una meseta tabular de unos 13 por 15 kilómetros cuadrados, llega a veces a 90 m. de la superficie y desciende en pendientes de 43 grados.

Todos estos accidentes señalan una zona sísmica-eruptiva mostrada históricamente en Azores, Madera, Canarias, tanto en la superficie como en el fondo del mar. Ejemplo interesante es la aparición intermitente de la isla Sabrina en las Azores. Es en esta zona inestable donde el Mesogeo o gran Mediterráneo interno terminaba al W. en un archipiélago o continente hoy desaparecido (1).

Aquí es precisamente donde todos los naturalistas buscan una zona de probabilidad para Atlantis. Este sería el lugar del viejo

(1) The Geological history of the Atlantic Ocean (Quart. Jour. Geolog. Soc. T. 75. 1929).

puente terrestre imaginado por Heer y Unger para explicar la distribución y similitud de flora entre ambos continentes. Para los dos se trataría de una Atlantis terciaria. Esta es la Arqueoatlantis de H. von Ihering (1), suponiendo en el terciario inferior una comunicación terrestre entre Egipto y Jamaica, explicadora del hallazgo en esta isla de un cráneo de vaca marina, cuyos parientes más próximos hay que buscar en Egipto.

Ya se acepte esta teoría clásica, ya la dudosa de A. Wegener, siempre queda esta zona del Atlántico medio—en extensión grande o en resto abandonado en la deriva continental en el lugar de la primitiva fractura atlántica—para justificar el hundimiento de Atlantis.

Vamos a examinar algunos testimonios de geólogos, zoólogos y fitogeógrafos.

Para Ferdinando Borsari ("L'Atlantide", Saggio de Geog. prehist.-La Rinascenza, Napoli, 1889) no se puede hablar más que de una Atlantis mesozoica. Philippe Salmon ("L'Atlantide et le Renne", Rev. de l'Ecol. d'Anthr. de Paris, T. VII. 1897) piensa que Atlantis permaneció unida a la Península Ibérica hasta la emigración del reno, suceso coincidente con la dulcificación del clima por el acceso de Gulf Stream, es decir, durante el período magdaleniense. Boucart ("El cuaternario de Marruecos y la Atlántida", Bol. Soc. geol. de Francia, fasc. I y II, 1927) cree inaceptable la Atlantis porque habría que llevar la catástrofe al eoceno. P. Negris, que ha consagrado al asunto numerosos estudios (por ejemplo: "La question de l'Atlantide de Platon", Comp. rendus du Cong. inter. d'Archéol. Athènes, 1905. "Glaciers et Atlantes", etc.) piensa que la última retirada de los hielos polares coincide con la fecha señalada por Platón y que la socavación de los lechos de algunos ríos americanos arranca de la misma época que el hundimiento del Pentélico en Grecia, siendo todo esto hace de 7 a 10.000 años, fecha del hundimiento de Atlantis. Louis Germain ("Sur l'Atlantide".-Comp. Rend. de l'Acad. des Scien. T. 153.-"Le probleme de L'Atlantide et la Zoologie".—Annales de Géographie. 1918) supuso que en

(1) C. Vallaux: Géographie générale des Mers, 1933.

(1) Die geschichte des Atlantischen Ozeans. 1927, p. 18.

época muy reciente la masa continental se disoció completamente para dar origen a los actuales grupos de islas. Louis Gentil ("Le Maroc Physique") considera la separación de las Canarias del continente en el cuaternario. Pierre Termier (Atlantis. Bull. de l'Institut Oceanographique de Monaco, 1913, n. 256.-Véase también en Annual Report of the Board of Regents of the Smithsonian Institution, 1915, Wáshington 1916) atribuye al relato platónico una exactitud casi científica, basándose en el hallazgo de una lava vítrea a 500 millas al N. de las Azores, a 3.000 brazas de profundidad. La hipótesis de la desaparición por fraccionamientos sucesivos la sostienen también Bello y Espinosa ("Un jardín canario". En la Historia de las islas Canarias, Anónima. Santa Cruz de Tenerife, 1916) y aun L. Fernández Navarro, que además defiende la Atlantis geológica ("Estado actual del problema de la Atlantis". Conferencia. Madrid 1916. "Nuevas consideraciones sobre el problema de la Atlantis". Revista de la R. A. de Ciencias. Madrid, 1917. Tomo XV. núm. 9), diciendo que su existencia es un hecho plenamente comprobado, así como su persistencia en el Atlántico norte hasta fines de la era terciaria y que, dada la extensión de las tierras que han unido ambos continentes, no ha podido desaparecer repentinamente, sino por un proceso más o menos lento—añadiendo—que la separación por la orilla americana fué anterior a la separación por el lado europeo, quedando aislada algún tiempo una tierra más o menos extensa, la Atlantis geológica, cuyos restos pueden estar representados por la banda axial de altos fondos sobre que se levantan las Azores. Ultimamente (Disc. Acad. Exac. Fis. y Nat. 1925. "El problema de la Atlantis y la teoría de Wegener", Ibérica, núm. 676, 1927) ha pensado que la fragmentación de los bordes de la masa continental solicitada por la deriva, podría dar verosimilitud al hecho de partirse una isla y hasta al descenso en el mar de algún trozo de reborde continental nordafricano, pero este suceso no ha sido contemporáneo del hombre.

F. Botella (obra cit.) y Fernández Navarro ("Prolongación occidental de la Península Ibérica en anteriores épocas geológicas", Asoc. Esp. Progr. Ciencias, de Sevilla, 1917, T. L. cuad. II) han señalado la posibilidad de que en las costas del W. europeo hayan

tenido lugar hundimientos en época relativamente reciente. El segundo de los autores citados indica que:

“El hundimiento del Atlántico Norte no se ha terminado seguramente hasta el pleistoceno, época de la aparición del hombre sobre la Tierra. Es entonces cuando, desaparecidos los últimos restos continentales, se establece en este mar el régimen climático y de corrientes que le caracteriza en la actualidad. Este reciente suceso tiene que haber dejado huellas bien perceptibles en las costas occidentales de la Península.

Encontramos, en efecto, la primera prueba en la observación de las rías gallegas, especialmente de las cuatro principales, que son las de Muros, Arosa, Pontevedra y Vigo. Todas ellas tienen sus ejes orientados de SW. a NE., dirección general de las corrientes acuosas y pliegues de los terrenos antiguos en toda esta parte de la Península. La profundidad va creciendo de manera regular del fondo a la boca y ofrecen ramificaciones numerosas, cada una de las cuales corresponde a un río afluente. En suma, puede reconocerse en ellas una cuenca hidrográfica hundida, cuyo *talweg* se prolonga bastante mar adentro... Parece como si desde Oporto se dirigiera hacia el norte una antigua cadena costera, interrumpida por los valles de las rías. Todo ello muestra la huella clara de una topografía preexistente, conservada fresca merced a un hundimiento moderno y con seguridad bastante rápido.

Son asimismo prueba de hundimientos análogos, los valles del Duero y del Tajo, claramente prolongados mar adentro. Los indicios de movimientos rápidos de depresión en las costas meridionales de Portugal son también numerosos.

Pero nada indica tan claramente estas dislocaciones recientes como la naturaleza y situación de las islas Berlengas. Se encuentran estos islotes al NW. del cabo Carvoeiro, del que distan unos 10 kilómetros. Separadas de los materiales antiguos por la orla mesozoica y terciaria y por el estrecho canal, al ver surgir estos peñascos formados por rocas arcaicas, piénsase en seguida en una prolongación subterránea de la meseta por debajo de los terrenos modernos, dejando emerger solamente las agudas cumbres de una cadena hundida. Paremos un momento la atención en este curioso accidente.

El grupo Farilhoes parece constituido por gneis, mientras que Berlenga es de un granito aplítico. Esta tiene además su suelo cubierto por guijarros rodados de cuarcita, gneis y granito, cuya naturaleza heterogénea viene a probar la existencia de una tierra más extensa. Como los depósitos cuaternarios de la cueva de Furninha en la costa sur de la península de Peniche, contienen cantos de la misma naturaleza, y como esta cueva se abre en terreno liásico, puede sospecharse que dicha tierra occidental existía ya en el secundario, y que ha debido persistir, unida a las costas portuguesas, hasta el cuaternario. Un hecho también significativo es el de que el macizo liásico, que forma la mencionada península de Peniche, se encuentra aislado del resto de la orla mesozoica por una dislocación claramente acusada.

De todas estas consideraciones pudiera deducirse que el primitivo *horst* de la meseta sufrió fracturas y movimientos en su porción occidental y que un segmento de forma alargada en dirección NS., correspondiente al litoral portugués, se encuentra hoy hundido. Este segmento es el que soporta los terrenos mesozoicos y cenozoicos de la orla portuguesa, que se encontrarían así comprimidos entre dos pilares de rocas antiguas: uno emergido, el de la meseta actual; otro hundido, el que señalan con su presencia las Berlengas.

No es aventurado ver en la línea meridiana, que de Rockhall hasta el cabo de San Vicente se manifiesta por una serie de materiales eruptivos, una gran fractura moderna, límite occidental del continente europeo.

En estas regiones, recientemente trastornadas, la estabilidad no puede aún ser muy perfecta. Los segmentos de corteza que necesitan acoplarse, ajustarse entre sí, deben todavía sufrir de cuando en cuando deslizamientos que se traducirán en vibraciones de la corteza inmediata, es decir, en sismos de origen tectónico. Es lo que ocurre en toda región que ha sido teatro de dislocaciones modernas y lo que se comprueba, en efecto, para la banda occidental de la Península.

Los sismos de epicentro submarino que han afectado a Portugal dentro de la época histórica, son numerosos y bien renombrado el de Lisboa de 1755, que alcanzó con carácter destructor a Ma-

rruecos, y por otras direcciones hasta las Antillas y la Península escandinava. Aunque menos conocidos por no haber causado tan grandes desastres, fueron, sin embargo, muy importantes el de Lisboa de 1535 y el de Setubal en 1858. En el Algarve los terremotos son frecuentes e intensos. Portugal, en suma, constituye una de las comarcas europeas de más fuerte sismicidad, en contraposición con la meseta central, el *horst* de antiguo consolidado, que figura entre los segmentos más estables de la corteza terrestre.”

También Macpherson ha señalado en las costas de Cádiz la existencia de conglomerados y otros depósitos cuaternarios que están en la altitud máxima junto al mar, la cual va decreciendo conforme se avanza al interior de las tierras, como si se tratase de depósitos torrenciales procedentes de una zona montañosa que estuviera situada del lado del mar y actualmente abismada en las profundidades oceánicas. (F. Hernández Pacheco: Dis. Acad. Ciencias. 1922).

Ejemplo significativo de hundimiento es el haberse extraído por buzos estatuas hasta de la época romana del templo gaditano que yace bajo las aguas.

El arco de Gibraltar admitido por Suess y negado modernamente por Termier, Staub y Jessen, vuelve a ser aceptado por Kober (“El problema geológico del Rif”, Investigación y Progreso, 1932, p. 161) pudiendo indicar la curvatura de la cadena alpina al chocar con alguna tierra continental al W.

Ha sido en las Canarias donde se ha buscado con preferencia señales del continente hundido. Ya nuestro Viera y Clavijo decía, en el tomo primero de su obra, que en Canarias se dan muy pocos pasos sin encontrarse con claros vestigios de una conflagración poderosa, que obrando activa y tenazmente alteró en gran parte la estructura de su primer estado (1). En nuestros días, Gentil (obra citada) piensa que el Alto Atlas, al llegar al mar, se hunde bajo las olas para reaparecer formando las Canarias.

Aunque Chopard (“Aperçu sur la flore et la faune des Açor-

(1) Me parece que no tiene gran valor probatorio de hundimiento en época histórica el hallazgo en La Orotava de un “gánigo”, debajo de un chorro de lava, a 200 m. de la boca de una mina. (Este descubrimiento en el libro de N. Ascanio “Atlantida cuaternaria”, 1924.)

res”, Bull. Soc. Biog. 15 mayo 1932) piensa que hasta el fin del mioceno debió haber comunicación entre las Azores y Europa a causa de las afinidades de la flora y fauna, existe gran diferencia de pareceres entre los especialistas. Si para L. Germain la fauna malacológica de Canarias es más reciente y mucho más vecina del Africa septentrional que la de los otros archipiélagos, siendo, por tanto, separada Canarias de las Azores y Cabo Verde antes que del continente africano (1), en cambio, Fischer, por el estudio de los moluscos, se inclina a pensar que estas islas formaban grupos independientes desde muy remota edad.

Tampoco en el origen de la flora canaria están todos conformes. Mientras unos se inclinan a una importación por las aves de la flora de tipo mediterránea, Pitard y Proust se inclinan a un origen continental antiguo (“Les îles Canaries. Flore de l’Archipel”. 1908. “La flora des îles Canaries et la theorie de l’Atlantide”. La Geographie T. XX. 1909).

Todos los especialistas coinciden en parte en señalar la posibilidad de una unión continental con la región afroeuropea, pero que en caso de existir corresponde al terciario. Sólo Germain piensa que roto en el plioceno el continente atlántico pudo restar una gran isla fragmentada más tarde en los archipiélagos de Cabo Verde, Madera, Canarias y Azores, siendo este último cataclismo la Atlantis de Platón. Esto realmente no se apoya en ningún hecho definitivo, no siendo más que una opinión de Germain. También Termier duda que este acontecimiento pudiera ser contemplado por el hombre, y por otra parte su opinión de que una lava para ser vítrea tiene que haberse solidificado en contacto de la atmósfera, según C. Schuchert (The Geogr. Review. New-York, T. III. 1917. p. 61-64) y Fernández Navarro (obra cit. Discurso A. C. pág. 20) es gratuita. Por lo que respecta a la opinión de Gentil (obra cit. pág. 121) sobre separación de Canarias del continente durante el cuaternario, siendo posterior a la apertura del estrecho de Gibraltar, hay una observación importante que hacer, pues siendo el estrecho de fecha plai-sanciense según señala bien Jessen (Die Strasse von Gibraltar, 1927) ambos sucesos no son coetáneos, debiendo definitivamente

(1) L’Atlantide. (Rev. scientifique, 9 agosto 1924.)

relegarse como arbitrario el juicio que hace hundirse Atlantis al mismo tiempo de formarse la hoya mediterránea, ya que Jessen señala que con posterioridad a esa época el Estrecho ha estado siempre abierto. Aunque en sentido contrario, también I. Bolívar señala que ambos acontecimientos no han tenido lugar al mismo tiempo, pues hay una mayor diferencia entre la fauna iberomarroquí y las islas atlánticas, que entre las faunas andaluza y rifeña, siendo por esto anterior la separación de las islas del continente a la apertura del Estrecho (1).

En general, los especialistas más serios están conformes en admitir que desde hace tiempo las Canarias están en período de emergencia, no encontrándose señales de hundimientos. Lo más probable es que se trate de islas de origen volcánico. (Véase los estudios citados de S. Calderón y Fernández Navarro.)

Tampoco el abate Th. Moreux cree en la posibilidad de un Atlantis histórica, aunque indica entre Canarias y Azores una zona de probabilidad, indicando que los 9.000 años de que habla Platón son insuficientes para acercarnos a la época en que debió desaparecer esta región.

Queda bien claramente establecida, por lo tanto, la dificultad de admitir en una época en que los hombres pudieran transmitir testimonios la existencia o desaparición de una región terrestre al W. de las columnas de Hércules. Totalmente debe rechazarse un continente "mayor que el Asia y la Libia juntas", ni siquiera durante la época cuaternaria. Únicamente podría aceptarse la ruptura o hundimiento de algún reborde costero en época histórica a causa de algún temblor de tierra, pero sin que conste de manera indudable.

Pero la objeción más fuerte a la idea de una Atlantis oceánica puede ser dada histórica y geográficamente, pensando que 9.000 años antes de Solón—ni aun en 1.500 si los años son lunares, como sospechó Marsilio Ficino—ni egipcios ni griegos tenían conocimiento de esta región, ni era posible que tuvieran guerras o relaciones con pueblos situados en pleno Océano Atlántico.

Tampoco son convincentes los datos de algunos apasionados de

(1) Extensión de la fauna paleártica en Marruecos. 1915.

la bella leyenda buscando en la Historia una demostración de lo que la Geología no ofrece.

Suponemos que Mitchell Hedges no habrá encontrado en el mar Caribe restos de Atlantis durante sus sondeos y que ya no creará que algún producto empleado en las Pirámides de Egipto sólo se encuentra en América del Sur (Jour. Soc. des Amer. 1923. T. XV). Tampoco Jackson puede demostrar emigraciones de pueblos mediterráneos hacia América. La púrpura que utilizaban los mejicanos no hubo necesidad de llevarla del "murex" mediterráneo, porque abunda en el mar de las Antillas; las perlas de aztecas y mayas tampoco hace falta importarlas, pues en América viven en aguas saladas numerosos moluscos que producen perlas. Respecto a la cíprea, que se encuentra en los Mounds, ha sido señalada en diversas especies en los mares del Nuevo Mundo.

El caballo no existía en América cuando llegaron los españoles, y si esta tierra hubiera sido visitada por los Atlantes, en relación con el Viejo Continente, donde ya existía domesticado—según Platón, también en Atlantis—, no hubieran dejado de introducirle.

Con relación al elefante se ha demostrado que las relaciones de Centro América han sido con Asia y no con el Océano Atlántico (1).

Sin negar en absoluto que algún euroafricano haya podido arribar a tierras americanas en la más lejana antigüedad, las comparaciones culturales que se suelen hacer entre ambos continentes no tienen verdadero rigor científico. Es curioso, sin embargo, observar las figuras de Atlas y del dios mejicano, que he reproducido según Lewis Spence, y otras contenidas en los trabajos de Rutot, ya citados.

Los estudios del abate Brasseur de Bourbourg sobre los libros sagrados de mayas y quichés, lo mismo que los de A. Le Plongeon (1), donde se nos habla de la tierra de "Mu" hundida en una catástrofe hace miles de años, no nos merecen confianza.

(1) Röck (Kalender, Stern Glaube und Weltbilder der Tolteken..., Mitt. d. Anthrop. Ges. Wien, T. 52, p. 43.) y Elliot Smith en relación con la controversia sobre los elefantes representados en la América precolombina, en The Illustrated London News, 15 enero 1927.

(1) Sacret Mysteries among the Mayas and the Quinche 11'500 years ago... 1886. Queen Moo and the Egyptian Sphinx, 1896.

**Las fuentes del Timeo y del Critias
y los comentadores de Platón**

No admitida la idea de que el Timeo sea copia del trabajo del filósofo pitagórico Timeo de Locres, y aceptada la total autenticidad del Critias, el primer problema crítico es cerciorarse si existe probabilidad de que el relato de Atlantis se remonte precisamente a la época de Solón.

Algunos autores (Erwin Rohde, Schulten, etc.) creen que la apelación al testimonio soloniano es un alarde retórico, y que Platón forjó completamente la leyenda o mito de Atlantis inspirándose si acaso en cualquier suceso sin relación con el fondo del relato. Para otros sería el mismo Platón el que habría recibido directamente en Egipto el relato de Atlantis.

Este problema es de excepcional interés, por tratarse de una geografía totalmente distinta en la época de Solón y en la de Platón.

No faltan los testimonios sobre el viaje de Solón a Egipto (véase Diodoro: 5. 19 y 20, y Plutarco, en trabajos citados), y el autor de las "Vidas paralelas", al conservarnos los nombres de los sacerdotes egipcios que ilustraron a Solón, aporta un dato que no pudo tomar en Platón y, por tanto, representa un valioso testimonio. Aparte de que en el relato de Platón existen ciertas contradicciones, que no inclinan a la idea de aceptar que representa una cosa directamente recibida, todo el relato ofrece una serie de particularidades geográficas que no son aplicables a los conocimientos del siglo IV, y que Platón, al escucharlas de los egipcios, hubiera solicitado aclararlas. Existen en el diálogo afirmaciones concretas de que el relato se remonta al tiempo de Solón, recuerdos familiares hasta el gran legislador con todos los depositarios del relato, una invocación por la oportunidad de tal relato en la fiesta de la diosa Minerva, que nos hace difícil negar que el relato se remonta a la época de Solón, e incluso nos inclina el ánimo a aceptar la autenticidad del suceso. (La relación de los antepasados de Critias y los poemas de Solón aparecen señalados en el "Charmides" y en textos de Aristóteles.)

Herrmann ha señalado una nueva demostración. Incompatible con la concepción geográfica y física de Platón aparece al final del Critias la indicación de que los dioses se reúnen en su noble mansión, situada en el centro del Cosmos (el Olimpo), correspondiendo

esto a la geografía de Homero, pues quizás desde Hesiodo (siglo VII), y, desde luego, con Anaximandro de Mileto (555 a. de C.) aparece la sagrada Deifos como centro del mundo. Como Solón visitó Egipto hacia 585 a. de J. C. (seguramente su concepción del Cosmos se había formado durante el siglo VII), es lógico que esta indicación corresponda al tiempo más antiguo, es decir, a Homero. De este modo comprendemos que el Critias se interrumpa bruscamente; es que Platón seguía—como él mismo declara—el relato de Solón, que también en este lugar quedó truncado. La indicación que he hecho, al tratar de Solón, respecto que nada escribió sobre Atlántis—pensando en la indicación del Timeo—puede ser modificada aceptando que escribió parte del famoso poema “que le hubiera hecho superior a Homero” o por lo menos un bosquejo del mismo; estas serían las notas conservadas por Critias.

Si el relato de Platón fuera invención suya, no hubiera tenido inconveniente en terminarlo, ya que se prestaba al sentido alegórico que algunos han visto en el asunto. Según Campbell, la descripción de la antigua Atenas corresponde al primer tipo de los tres en que Platón divide los Estados; la descripción de Atlantis en los días en que respetaba la ley, al segundo tipo, y el tercero hubiera correspondido al momento en que se corta el diálogo (cit. de E. Barker: *Greek political theory. Plato and his predecessors*, 1918, pág. 287).

Dos explicaciones, en líneas generales, pueden ofrecerse a la cuestión crítica de las fuentes de los dos diálogos. O Platón tomó todos los detalles fragmentariamente de conocimientos del mundo griego en su época, creando el resto con su fantasía, o más bien incorpora un relato auténtico respecto a un pueblo extraño.

Es innegable que muchos detalles se encuentran en la literatura anterior o pudieron ser adquiridos directamente por él. El relato de sacrificios de toros en el Critias es común con lo que conocemos entre los asirios, y el culto de este animal era frecuente en el Egeo. El nombre de Clito aparece en la Odisea en forma de Clitoneo. Rivaud (*Oeuvres de Platon*, T. X, pág. 235) ha señalado cómo los nombres de los reyes primitivos de Atenas se encuentran en la literatura griega anterior. Algunos nombres de los reyes de Atlantis se encuentran también en Homero (Evenor, Eumelos, Méstor). Pausanias menciona un Eumelos y un Azeus, hijo de Clymenos. Atlas

aparece mencionado por Homero y Hesiodo, aunque todos éstos nombres con significación distinta a la de Platón. Según Schultén, los muros del castillo pintados de colores están inspirados en la descripción de Ecbatana por Herodoto, y los 1.200 navíos proceden del segundo canto de La Iliada. Según Rivaud, el templo de Poseidón es semejante a cualquier templo griego y es apenas mayor que el de Zeus Olímpico, en Atenas; el procedimiento decorativo es el mismo, aunque la materia sea más preciosa entre los Atlantes. Creta también pudo ser un modelo. Era el centro del trabajo del cobre y bronce y ha realizado decoraciones en piedra en diversos colores, como los que embellecen los recintos de la isla de Poseidón. También ha conocido el arte de las canalizaciones y su civilización es marítima como la de Atlantis. La regularidad de las construcciones, verdaderamente geométrica, es característica de todas las ciudades del reino de la Utopia, “es la obra de la razón, indiferente al desorden de la materia o aplicándose a dominarla”. Los rituales del sacrificio y del juramento también pueden proceder del mundo griego. El Pireo y Siracusa han podido ser sus modelos para las fortificaciones y el puerto de Atlantis (Frutiger: *Les mythes de Platon*, 1930, pág. 247). Kluge piensa que se ha inspirado en el sistema de construcción de ciudades de Hippodamos de Mileto (*De Platonis Critia*, 1909, pág. 42). Para Wilanowitz (*Platón*, 1919), el detalle de los canales proviene de Egipto.

Esta disección del texto platoniano tiene su corolario en el argumento de los comentaristas sobre la no existencia de ningún testimonio anterior a Platón sobre Atlantis. El argumento de Gomperz, sobre la fe que le merece un escolio del libro I de la República, admitiendo la existencia de una tradición popular que pretende que durante las Pequeñas Panateneas se ofrecía a la diosa un peplos figurando la victoria de los atenienses sobre los atlantes, ha sido rebatido por Susemihl indicando tratarse de una equivocación del escoliasta que interpreta el texto de Proclo, donde el relato de Atlantis es asimilado al peplos ofrecido a la diosa Atenea durante las Grandes Panateneas, representando la guerra de los Dioses contra los Gigantes.

Un exceso de crítica ha llevado a los comentadores modernos de Platón a indicar que no se halla ni un solo testimonio sobre

Atlantis fuera del autor del Timeo y Critias. Aunque muchos de los textos que hemos citado al principio de este trabajo son meros ecos de Platón, existen varios que indudablemente son independientes. Especialmente interesante es Dionisio Skytobrakion (probablemente hacia el siglo II a. de J. C.) en Diodoro, cuya dependencia respecto a Platón, como afirma el crítico Jacobi, es imposible aceptar. Además, es muy probable que el relato mitológico de la Gigantomaquia encuentre aquí su explicación. Quizás no son ajenas tampoco a la cuestión las luchas entre neptúnidas y pallántidas y la paz de Hormocisión entre Teseo y las amazonas, como consecuencia de la victoria del primero.

Muchas de las analogías con que se pretende disecar el relato de Platón pueden no ser tomadas del mundo griego, sino representar coincidencia. Precisamente indicaciones de los diálogos señalan expresamente comunidad de origen a las divinidades e instituciones de Atenas primitiva y Egipto; y otros muchos detalles expresan relación cultural e incluso parentesco entre Atlantis y el mundo egeo.

La idea de Atenas primitiva significando la ciudad ideal de Platón venciendo la fuerza bárbara de Atlantis regida por reyes, tiene en contra que el mismo Aristóteles, en "La constitución de los atenienses", señala la separación de artesanos y cultivadores en el Atica antes de la reforma de Clístenes.

La dificultad de admitir los 9.000 años de que habla Platón queda solucionada admitiendo que se trata de años lunares, con lo cual se halla la fecha de las invasiones sobre Egipto de los "pueblos del mar". En el templo de la diosa líbica Neith, en Sais, se explica tuvieron conocimiento de un relato que, según Borchardt, era interesante para ellos, por tratarse de un pueblo libio. La aparente ausencia de otros datos en la historia o monumentos egipcios puede explicarse por estar sin excavar el citado templo de Sais, y porque probablemente en las inscripciones está consignado con otro nombre.

Borchardt ha creído encontrar en los nombres de los reyes de Atlantis raíces libias, y Küsters ha aceptado alguna de estas etimologías (Evenor correspondería al patriarca de los bereberes Uennur y Eumelos significa lo mismo que Gadeiros: recinto). El nombre de

Diaprepes, desconocido en la literatura griega anterior a Platón, está aplicado a las Hespérides por el pseudo-Heráclito, y hemos visto en Hesiodo que éstas van unidas al mito de Atlas.

El elefante citado por Platón en Atlantis no es fácil que sea una alusión al *Elephas antiquus*, quizás contemplado en restos por el filósofo. Es más fácil pensar en una indicación cierta. Berger piensa que se trata de elefantes salvajes, y éstos sólo deben referirse al Africa, ya que el relato coincide con este continente en otras indicaciones.

Como Platón señala los frutos de la isla por metáforas, es difícil a veces su explicación.

Al hablar de esencias aromáticas, raíces, retoños o maderas de los árboles y resinas que destilan de flores o frutos, hay que recordar el mirto, la menta y el tomillo, el aceite volátil de las flores, del laurel y del panículo extraído de la palmera.

Los frutos leñosos que nos suministran brebajes, alimentos y perfumes, nos indican los olivos. No se trata seguramente del aceite de palma, por ser ésta de introducción posterior en Africa procedente de América.

El fruto escamoso (o con caparazón) y de conservación difícil que nos instruye y distrae, Borchardt piensa que se trata del fruto del loto, cuyo producto, fácilmente corruptible, servía para extraer un alegre vino.

Todo esto, como lo referente “al que ofrecemos después de la comida de la tarde para disipar la pesadez de estómago y aligerar al convidado fatigado”, es de explicación difícil. Los comentadores señalan para las distintas indicaciones de Platón, manzanas, plátanos, granadas y limón.

Entre los minerales llama la atención el oricalco, “que hoy sólo se conoce por el nombre, pero que entonces se extrajo de las entrañas de la tierra en muchos sitios de la isla”. Algunos creen que se trata de una liga de oro y plata. Muchos lo interpretan como latón, es decir, cobre blanco. (Berthelot: *La chimie au Moyen Age*, T. I. 1893.) Hesiodo y Aristóteles hablan de él, pero sin explicar en qué consiste. No puede admitirse que sea latón, pues tenía reflejos de fuego. Quizás se trate de lo que los filólogos traducen “metal amarillo”, es decir, liga de cobre y zinc. Antes de conocerse la fusión

de cobre y galena, que produce este metal, la única manera de obtenerlo era aprovechar el hallazgo del mineral que la naturaleza ofrece en liga, aunque muy escasamente. Esto podría explicar que en Atlantis fuera estimado casi como el oro.

El problema más importante, una vez aceptada la antigüedad soloniana del relato, es de la determinación geográfica del texto del Timeo.

En el siglo VII y principios del VI a. de J. C. los conocimientos geográficos quizás no llegaban a la parte extrema del Mediterráneo. El problema está siempre abierto a discusión por la dificultad de interpretar los textos. Muchos de éstos debieron escribirse a base de relatos o periplos muy anteriores, que los nuevos compiladores ya no entendían en su sentido original y los interpretaban según los nuevos conocimientos. Este pudo ser el caso de los textos de Herodoto, Skylax, y del mismo Platón. La idea de Heidel ("Plato's Atlantis". *Proce. of the Ameri. Acad. of Arts and Scien.* Volumen 68, p. 189) de que Platón se inspiró en geógrafos jonios, no me parece desacentada, pero los conocimientos más amplios de su época debieron pesar en él, siendo posible distinguir en su texto el valor primitivo.

El mar Atlántico, del cual salieron los Atlantes, no puede ser nuestro actual Océano. En los textos egipcios de la época de Thutmosis I, el Océano es el gran círculo de agua, y entre los griegos hasta Anaximandro, en 550 a. de J. C., sigue siendo el Océano un concepto mítico, que aun después de nombrado Atlántico sigue figurando como río. El mismo concepto aparece entre los judíos, que aun 100 años antes de J. C. nombran al Océano Atlántico Bahr Ma'uk, mar del círculo de agua. El texto de Platón describe el Mediterráneo tal como lo concibe la geografía moderna y en desacuerdo con la visión de los griegos en siglos anteriores. Según P. Bolchert, el concepto geográfico del Mediterráneo como un golfo del Océano se encuentra probablemente por vez primera en Polibio.

La indicación de Herodoto (IV, 9) de que "Geryón vivía fuera del Mediterráneo, en la isla llamada por los griegos Erythia, más allá de las columnas de Herakles, cerca de Gades, en el Océano", es interesante porque parece contradecir esta visión restringida del mundo griego en el siglo V. Mas si aceptamos la idea de Borchardt y

Herrmann que sitúan las columnas de Herakles en horizonte más limitado entre los griegos, el texto tendrá explicación más fácil. El Océano puede ser el Chott el Djerid, llamado también mar Atlántico en el libro de los Jubileos—Bahr-Atal—, mar de los Atlantes. Ahora tiene también explicación el texto, creo no citado aún, de Marciano Heraclea (v. 143), según el cual un paso conduce al mar Atlántico, el cual está rodeado por todas partes de tierra. Una ciudad de Gades es posible admitirla en Africa, pues con el significado de recinto es admisible que se construyeran varias de este nombre, y efectivamente Plinio el Antiguo y Solinus hablan de una ciudad africana Gaddir. La isla Erythia, según Herrmann, debe ser localizada también en la región de los Chotts tunecinos. Las columnas de Herakles hemos visto cómo pueden ser asimiladas a la entrada del lago Tritón, según Euctemon, y Borchardt piensa que pueden señalar el final de una ruta de navegación o de caravanas, estando representadas en este último caso por el macizo de Hoggar (mons Thafae de Ptolomeo) y por el Atlas marroquí. Así se comprendería mejor la indicación de Herodoto de que más allá de las columnas líbicas hay tierra firme.

Dato interesante es el de las medidas consignadas por Platón. Ya T. Dombart ("Grössenausdehnung von Atlantis", *Peterm. Geog. Mittei.*, mayo 1927) llamó la atención sobre el tamaño extraordinario de la capital de Atlantis. La antigua ciudad hitita de Samal tenía 700 m. de diámetro y 2'20 km. de circunferencia, y la acrópolis central rodeada de murallas 27 m. de diámetro y 800 de circunferencia. De los datos que nos ofrece Herodoto respecto a Babilonia, comparados con los deducidos de las excavaciones, vemos que el historiador griego exageró mucho. ¿Podría ser este el caso de Platón?

Herrmann piensa que el traductor del relato egipcio confundió las medidas al hacer los cálculos. La medida de longitud egipcia es el escoinos = a 6'300 m. y para obtener el estadio = 185 m., tendría que multiplicarlo por 30, pero lo hizo con las indicaciones en pies, resultando así cifras extraordinariamente altas. Las indicaciones de 100, 2.000 y 3.000 estadios indica que se ha operado con el factor 100. Son valores 30 veces superiores a lo que indicaba el texto egipcio. Esto se afirma pensando que Platón indica que el

canal que unía la ciudad con el mar tenía 300 pies de ancho, siendo suficiente para que pasaran los buques mayores. Ahora bien, un barco micénico tenía aproximadamente 10 pies de ancho, indicando esto que Platón presenta 30 veces aumentada la anchura.

Según estas medidas, la inmensa ciudad se convierte en un tamaño corriente de unos 800 m. de diámetro.

Aunque esta idea de Herrmann no está libre de objeciones, pues ya no se amolda a estas proporciones de la capital el número asombroso de barcos (1.200), de carros de combate (10.000), de caballos (240.000), de marinos (240.000) y, sobre todo, de combatientes (1.200.000), puede admitirse con buena voluntad que Platón, en vista de las medidas equivocadas que poseía, exageró también el resto de los números, o bien éstos obedecen a otra equivocación del traductor.

Además, el texto de Platón no dice que la anchura del canal fuera la suficiente para el paso de un trireme, sino lo aplica expresamente a la entrada, en el puerto, y a los pasos abiertos en las fajas concéntricas entre los canales. Es absurdo suponer que en una longitud de 50 estadios sólo hubiera podido pasar un barco, si se acepta, como indica Herrmann, sólo diez pies de anchura.

¿Será posible pensar en un primitivo texto fenicio traducido al egipcio y después al griego? El relato de Platón ofrece alguna semejanza en detalles con Sanchionatón, y Netolitzky nos ha señalado en el nombre de Mneseas un origen fenicio, lo mismo que en otros puntos. Sólo así habría llegado el relato a nosotros tan cambiado.

De cualquier manera que sea, es difícil no reconocer que en el relato platónico hay el bosquejo de una civilización ajena a la Hélada, y que muchos nombres y detalles no existen en la literatura griega a pesar del cuidado con que han sido buscados por los adversarios del valor histórico de la bella narración.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCION	5
Textos respecto de Atlantis durante la antigüedad	17
La Edad Media	34
El Renacimiento y los estudios modernos sobre Atlantis	36
Atlantis y los teósofos	51
Atlantis en América	58
Atlantis en Escandinavia... ..	59
Atlantis en Spitzberg	59
Atlantis en Persia	61
Atlantis en Palestina	61
Atlantis en el Mediterráneo occidental	61
Atlantis y la Scitia	61
Atlantis y Lyctonia	61
Atlantis en el Mar Negro	62
Atlantis en Europa	63
Atlantis en Andalucía	64
Atlantis en Creta	66
Atlantis en Africa	67
Atlantis oceánica	90
Las fuentes del Timeo y del Critias	100

ALGUNAS ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
11	25	tomo	toma
12	16	estudios	Estudios
17	5	Oceanida	Oceánida
17	16	marítica	marítima
31	7	sex	rex
33	20	Amniano	Ammiano
47	6	denoparición	desaparición
54	11	Escoteric	Esoteric
64	5	A Schulten	A. Schulten
68	10	La nota se refiere al libro <i>Viajes de Ali-Bey el Abassi por Africa y Asia</i> . Valencia, 1836.	
73	9	La nota que falta se refiere al <i>Boletín de la Academia de la Historia</i> . Tomo XXIX.	
82	1	arenamiento	enarenamiento
90	12 (nota)	Uribel	Urbibel
91	La segunda llamada se refiere a la primera cita de la página 92.		
105	34	IV, 9	IV, 8.
107	16	trireme	trirreme

Substitúyase en todo lugar la palabra chott por rot.

5 PESETAS

BIB
J/7.65

ESTUDIOS SOBRE LA GEOGRAFÍA ANTIGUA DEL MEDITERRANEO